

JUAN BAUTISTA SEJEAN

San Martín y la tercera invasión inglesa



Lectulandia

El abogado porteño Juan Bautista Sejean pone sobre el tapete otro asunto candente.

Pocos recuerdan que en 1986 suscitó fuertes debates cuando introdujo el divorcio vincular en la Argentina a través de una demanda judicial que la Corte Suprema de Justicia de la Nación acogió favorablemente. Ahora, en este libro, nos sorprende al abordar otra cuestión conflictiva, ajena a su profesión, pero no menos espinosa: ¿fue San Martín el jefe de una tercera invasión inglesa, oculta, maquillada? Éste es el tema central de la obra. El autor, aunque no es historiador, contradice todo lo que se ha escrito sobre el prócer acerca de los motivos, las causas, los objetivos que lo movilizaron para incursionar en la guerra contra los españoles en América. También pone al desnudo la política desplegada por Gran Bretaña desde fines del siglo XVIII para obtener la dominación económica de América del Sur.

Con lenguaje ameno y directo, Sejean intenta demostrar que después de las frustradas invasiones de 1806 y 1807 los ingleses cambiaron su estrategia de conquista, poniendo en cabeza de San Martín la responsabilidad de llevar adelante los planes que no pudieron concretar Beresford, primero, y después Whitelocke. Sus argumentos, originales y sólidos, se apoyan en bibliografía argentina de la que extrajo fragmentos tan interesantes y sorprendentes como poco conocidos. Al poner en crisis la figura mitológica del Padre de la Patria —nadie lo hizo hasta hoy— este ensayo abre una polémica que seguramente será apasionante.

Lectulandia

Juan Bautista Sejean

San Martín y la tercera invasión inglesa

ePub r1.0

Titivillus 19.09.15

Título original: *San Martín y la tercera invasión inglesa*
Juan Bautista Sejean, 1997

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO A LA CUARTA EDICIÓN

No es usual recibir una invitación para prolongar la cuarta edición de un libro cuando precisamente ese éxito editorial está señalando a su autor la falta de necesidad de efectuar tal ofrecimiento. He aceptado con gusto porque, además de tratarse de una obra de mérito, es a mi juicio muy trascendente, a pesar de lo cual no obtuvo la debida crítica hasta ahora.

Es explicable —aunque no disculpable— esa falta de comentarios, ese silencio de los círculos relacionados con la historia, debido a las distorsiones que ha sufrido ésta hasta el presente. Ella no consiste sólo en fechas y en batallas, en hacer interpretaciones corrientes, sino también en revelar el trasfondo de los sucesos históricos, invisible a primera vista, tanto más indetectable cuando hay interés en ocultarlo.

Como dice el autor, hay mucho en la vida de José de San Martín que ha quedado en la penumbra, pero aquí me limitaré a referirme a cuanto se ha exagerado en lo que de él se sabe. Su figura, que Sejean se atreve a analizar descarnadamente, había escapado en nuestro país al frío análisis científico, si esa jerarquía asignamos a la rama del conocimiento que se dedica a desentrañar nuestro pasado y procurar descifrar su sentido.

San Martín ha adquirido carácter mitológico en nuestro medio; sus hazañas y personalidad son descriptas con énfasis dogmático. La mayor fuente de esas exageraciones se debió, a mi juicio, a calculadas acciones gubernamentales. Baste recordar, como ejemplo, lo ocurrido en 1950, centenario de su muerte, en que era obligatorio escribir junto a la fecha de todo documento «Año del Libertador General San Martín», caso contrario, éste perdía valor.

Son incuestionables sus méritos militares: reconquistó la libertad de Chile en 1817 (había sido perdida en 1814), y fue el primer jefe de Estado del Perú, país que fue liberado por él. No es objetable por ello que también merezca el título de «libertador», pero de allí a que se justifique que en la Argentina quiera llamárselo «Padre de la Patria»...

Es cierto que su campaña en el exterior benefició al país en cuanto significó la derrota de fuerzas españolas, pero también lo es que parecidos efectos tuvieron las de Simón Bolívar y Antonio Sucre y que recién en 1825 —a más de dos años de su partida de Perú— se dio en Ayacucho la batalla final contra el poder de España en Sudamérica. No obstante, esas acciones del general San Martín (que siempre fueron

presentadas como el camino seguido para liberar nuestras provincias del norte) no lograron cumplir ese objetivo.

En marzo de 1812, cuando por primera vez el teniente coronel San Martín pisa suelo argentino, a los treinta y cuatro años y después de veintiséis de ausencia, desembarcando junto con otros compañeros del navío inglés Canning, habían transcurrido casi dos años desde la Revolución de Mayo, y ésta estaba consolidada. Mayo fue una revolución de independencia, que desde sus primeros días creó un ejército propio para liberar a las provincias interiores de sus opresores. Desde su primera victoria en Suipacha estuvo combatiendo en tres extensos frentes y para entonces, cuando San Martín llegó, el general Manuel Belgrano ya había creado la bandera nacional. Si bien éste aparentemente había fracasado en su campaña al Paraguay, dejó allí también la simiente de la independencia. En mayo de 1811, en la Banda Oriental, se había obtenido el triunfo de las Piedras, que confinó a los realistas al puerto fortificado de Montevideo. Toda la campaña, hasta Misiones, quedaba adicta a la causa de la libertad. Si bien Bartolomé Mitre reconoce que la revolución iniciada en Buenos Aires nunca más fue doblegada, en su afán de enaltecer los logros de San Martín sostiene que los patriotas no tuvieron hasta entonces plan alguno de acción, afirmación con la que discrepo: Moreno ya había escrito de su puño y letra un proyecto de Constitución en 1810 para organizar el nuevo Estado, y en el Plan de operaciones se daban las pautas a seguir para consolidar su libertad e independencia. Por conveniencia se debió usar al principio la llamada «máscara» de Fernando VII, pero, al mismo tiempo, el general Belgrano preparaba su expedición al norte, donde en 1812 y 1813 obtiene —sin la intervención del teniente coronel recién llegado— las dos victorias más decisivas que hayan tenido lugar en territorio de lo que es hoy la República Argentina: las de Tucumán y Salta.

Frente a la importancia de esas batallas, empalidece la librada en San Lorenzo en febrero de 1813. Ella sólo sirvió para demostrar el arrojo personal del teniente coronel San Martín, quien no trepidó en efectuar una carga de caballería, sable en mano, con ciento veinte granaderos contra una columna española desembarcada para obtener provisiones para la sitiada Montevideo. Mientras esta acción ha sido magnificada, otras más trascendentes, como la de Florida (25 de mayo de 1814), no son casi conocidas por nuestros compatriotas, a pesar de recordar su nombre una calle típica de Buenos Aires. En esa ocasión el enemigo dejó en el campo cien prisioneros y otros tantos muertos, entre ellos el coronel que los mandaba, mientras los patriotas sólo sufrieron un muerto, y su jefe, el coronel Arenales, quedó con catorce heridas de sable y bayoneta por haberse batido también gallardamente.

Como bien lo señala el autor, las evidencias históricas apuntan a Gran Bretaña como promotora del viaje de San Martín al Río de la Plata. Pero obviamente, en asuntos de índole tan delicada como lo son los que atañen al proceder político de una nación respecto de su aliada en un conflicto, no esperemos encontrar huellas de todo ello. Su envío, o la facilitación de su traslado para que intervenga en la lucha armada

contra España, significó un doble juego por parte de los ingleses. Ello es así porque mientras con ese y otros manejos afectaban los intereses de los hispanos en ultramar, en Europa luchaban junto a ellos contra Francia. Por esa razón no conoceremos a ciencia cierta las condiciones o las promesas hechas a San Martín por las cuales éste dejó, mediante un subterfugio, el ejército español, fue a Londres por cuatro meses y luego a Buenos Aires en un barco inglés.

También es claro que aquí era esperado, porque de inmediato se reconoció su rango militar y se le dio destino. Lo lógico es concluir —como lo hace Sejean— que el fácil ingreso de San Martín a la escena sudamericana de la mano de la mayor potencia naval de su tiempo nunca pudo provenir de una negociación de igual a igual con ésta, como otros lo insinúan. Cabe pensar que, obrando Inglaterra en tal forma sigilosa respecto de su aliada, con los riesgos que ello implicaba, cuanto menos obtuvo seguridades de él, y es probable también que haya dado directivas sin que sus funcionarios tuvieran necesidad de aparecer en forma directa.

El autor destruye también el mito de la asepsia política de San Martín, con la que se pretendió explicar su abandono del teatro bélico en 1822 y, entre otros actos, su negativa a desembarcar en Buenos Aires en 1829. El golpe de Estado del 8 de octubre de 1812, del que participa San Martín en forma preponderante con su regimiento a los pocos meses de llegado, no tuvo por objeto sino encumbrar a hombres de la Logia Lautaro en el gobierno. Mitre, quien según Alcibíades Lappas (*La masonería argentina a través de los hombres*, Buenos Aires), fue masón, hace un balance de la actuación de esa logia, y llega a la conclusión de que «entre muchos bienes y algunos males que produjo», la balanza se inclinaba a favor de la institución (*Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*). Mitre no deja dudas de que era la logia la que daba entonces las directivas de gobierno, primero en Buenos Aires y luego también en Santiago de Chile. En el cuarto párrafo del capítulo XIX de su ya citado libro sostiene: «La Logia de Lautaro dirigía la política de ambos países para armar no sólo otro ejército sino también una armada, cuyos buques debieron ser adquiridos para la campaña del Perú».

Juan Bautista Alberdi echa en cara a San Martín la pérdida de las provincias argentinas del norte. En su *Crimen de la guerra* (p. 107 de la edición homenaje del Concejo Deliberante de Buenos Aires, 1934) dice: «Toda la misión de San Martín era libertar esta parte del suelo de su país de sus dominadores españoles. Para eso iba al Perú, Chile para él era el camino para las provincias argentinas del Desaguadero, objetivo único de su campaña...». En vez de seguir su campaña militar hasta libertar el suelo argentino, que ocupaban todavía los españoles, San Martín aceptó el gobierno civil y político del Perú, y se puso a gobernar ese país, que no era el suyo. Como el prócer mismo afirmara que se vio compelido a aceptar el gobierno peruano, puede inferirse que existieron intereses que fomentaban la creación de un nuevo Estado con esas ricas provincias mineras.

La pregunta que cabe formularse es si, en las circunstancias que entonces se

vivían, podían los criollos tomar otro camino que aquel de buscar la ayuda de Gran Bretaña. Podemos recordar al respecto que el gran precursor de la independencia sudamericana, el venezolano don Francisco Miranda, llegó hasta fomentar la intervención directa británica, que luego se concretó en el Río de la Plata con las invasiones de 1806 y 1807.

Por otra parte, Mariano Moreno, numen de la Revolución de Mayo, aconsejó en 1810 en su *Plan de operaciones* —que daba las pautas de política interna y externa que debía seguir el nuevo Estado— la necesidad de obtener el apoyo inglés. Sin embargo Moreno no dejó de resaltar el peligro que traía aparejada esa relación, porque consideraba que el provecho comercial era la única meta británica y los tildaba de inescrupulosos. Esa calificación dura era reiteración de la efectuada en agosto de 1806, cuando dio al Cabildo los fundamentos jurídicos para la deposición del virrey Sobremonte.

El objetivo principal de la política de Mariano Moreno, que era mantener como una sola nación de las provincias que formaban el Virreinato del Río de la Plata, estaba reñido con el de Gran Bretaña. Las Provincias Unidas comprendían entonces un vasto territorio de cerca de cinco millones de kilómetros cuadrados que llegaba del Atlántico al Pacífico, abarcando la Banda Oriental, las Misiones, el Paraguay y el Alto Perú (hoy Bolivia). Ese proyecto no concordaba con los intereses británicos puesto que, mediante la creación de diversos Estados, más débiles, obtendrían mayores influencias y facilidades de comercio.

No es de extrañar entonces el diferente trato que Gran Bretaña dispensara a Moreno con respecto al dado a San Martín. Creo haber demostrado en *Crimen de Estado* (Buenos Aires, 1995), que Moreno fue envenenado cuando navegaba bajo la protección del pabellón británico (marzo de 1811). Doce meses después, la misma bandera ondeaba en el barco que llevaba a aquél en un viaje en sentido inverso. Curiosamente, en el caso de Moreno los británicos sí dejaron huellas de su conducta porque no dudaron en comunicar a sus aliados las medidas que tomaron. En el Archivo de Indias de Sevilla obran dos copias de cartas en inglés, con su correspondiente traducción, que prueban lo que digo: en una de ellas el comandante Ramsay de la corbeta inglesa *Mistletoe*, dirigida a su almirante, tilda a Moreno de «Robespierre», que fue el personaje que más odios suscitó en Inglaterra. En la otra, el comandante de la flota británica en el Atlántico Sur, almirante De Courcy, da cuenta a su ministro de que había dado órdenes de «impedir» el desembarco de Moreno en Río de Janeiro. Ambas misivas se relacionan, es obvio, con su fatídico viaje. El hecho de entregar a España el texto de esa correspondencia de carácter reservado demuestra la intención de los ingleses de «quedar bien» con sus aliados españoles al informarles sobre las medidas tomadas contra el revolucionario que había resquebrajado su imperio colonial.

Para terminar este sucinto comentario, frente al análisis que se efectúa en este libro cabe preguntarse si es necesario para una nación poseer un héroe que esté

situado en el campo de la leyenda.

Habr  quienes contesten afirmativamente, sin duda, pero a mi juicio serán principalmente aquellos que confunden dónde están los límites de admisibilidad de los dogmas. La ciencia, en su búsqueda de la verdad, no los tolera. Tampoco puede aceptarse como objetivo político porque ello significaría dar piedra libre a la manipulación de la conciencia popular. Nuestra nacionalidad fue fundada mediante la acción y el sacrificio de muchos próceres, civiles y militares, pero no podemos adjudicarle la paternidad a nadie individualmente. Si ejercemos nuestro derecho de expresarnos con libertad y narrarnos los hechos tal como acontecieron, con ello no ofendemos a nadie, aunque es inevitable tropezar con prejuicios inculcados desde temprano por la enseñanza pública.

EDUARDO D RNH FER
Buenos Aires, enero de 2000

Eduardo D rnhofer es abogado, miembro de la Academia Argentina de la Historia (de la que fue vicepresidente) y presidente del Instituto Moreniano. Autor de numerosas obras, varias de ellas dedicadas a la vida de Mariano Moreno, de quien es, tal vez, su historiador más erudito. Ha publicado *Mariano Moreno inédito* (1972), *Artículos que La Gazeta no llegó a publicar* (1975), *El primer antecedente constitucional argentino* (1979), *Crimen de Estado* (1995), entre otras.

La primera de todas las fuerzas que dirigen el mundo es la mentira.

JEAN-FRANÇOIS REVEL,
El conocimiento inútil

PRÓLOGO

En 1962, a causa de una invitación cursada por la Universidad Católica de Santiago de Chile, integré una delegación de estudiantes de abogacía que participó en una justa deportiva realizada en esa ciudad. Pasamos unos días magníficos con nuestros hermanos chilenos, quienes nos dispensaron un trato más que cordial. Este recuerdo viene a cuento porque fue quizá en ese viaje cuando empezó a germinar este pequeño libro.

En efecto, en esa ocasión pude corroborar que los chilenos y los argentinos tenemos la misma idiosincrasia, las mismas costumbres, y que las diferencias salientes son nada más que matices, igual que las que pueden existir entre un porteño y un cordobés o entre un mendocino y un pampeano. Naturalmente que antes de ese paseo estudiantil yo ya tenía conciencia de la identidad cultura que compartíamos con Chile —no podría ser de otro modo pues somos hijos de la misma madre— pero esa experiencia robusteció aún más mi parecer acerca de la torpeza de la desunión política de América latina y particularmente con Chile. A esa larguísima frontera que nos separa, semillero de pleitos y discordias, siempre la juzgué artificial, sin sentido, absurda. Sólo sirvió —estoy convencido— para generar atraso, pobreza, miseria, para que ambos países gastaran buena parte de sus recursos económicos —que no son muchos— en la compra de elementos bélicos para neutralizar el peligro de esa «hipótesis de conflicto». Aún hoy a pesar de los esfuerzos de integración económica que realizan ambos pueblos, seguimos lidiando por la soberanía sobre los hielos continentales, último tema pendiente de solución.

Movido por esa inquietud que tuve desde mi adolescencia y por la intriga que despertaba en mí la creación del Estado chileno —ya tenía noticias de la injerencia británica en la declaración de la independencia del Uruguay—, empecé a escribir algunos párrafos sobre el asunto. De pronto, también me asaltó la curiosidad por otro hecho que seguramente llama la atención de muchos argentinos: la extraña llegada de José de San Martín a Buenos Aires en 1812, después de veintiséis años de ausencia. Pues bien, así empezó la cosa: seguí informándome, tomando notas, elaborando comentarios, pero sin el propósito, siquiera, de escribir un a monografía. Luego fui poniendo un poco de orden en los apuntes volcados en innumerables papeles, y ese proceso terminó en este libro. Por supuesto, no es un libro de historia. No soy historiador, tampoco revisionista. Se trata, simplemente, de una visión crítica, de un análisis, si se quiere, de la llamada «misión sanmartiniana» en América del

Sur y de la política desplegada por Gran Bretaña desde fines del siglo XVIII para obtener la dominación económica de la zona.

El texto contradice todo lo que se ha escrito sobre San Martín en relación con los motivos, las causas, los objetivos que lo movilizaron para incursionar en la guerra contra los españoles en América. La idea sustancial de mi discurso es demostrar que después de las frustradas invasiones de 1806 y 1807, los ingleses cambiaron su estrategia de conquista, poniendo en cabeza de San Martín la responsabilidad de llevar adelante los planes que no pudieron concretar Guillermo Carr Beresford, primero, y luego Juan Whitelocke.

Con apoyo en fuentes bibliográficas inobjetables (Bartolomé Mitre, José María Rosa, Antonio J. Pérez Amuchástegui, Ricardo Levene, Rodolfo Terragno, etc.) y basándome en la vinculación lógica de una serie de sucesos políticos, bélicos, económicos, he llegado a conclusiones que estimo correctas, aunque amargas.

En general, ésta es la opinión que he recogido en estos años (terminé este trabajo en 1991) de quienes lo han leído (parientes, amigos, allegados). Algunos lo elogiaron con entusiasmo, otros deslizaron alguna crítica formal, muchos señalaron la inconveniencia de publicarlo, pero nadie rechazó de plano la esencia de mis deducciones.

Dada la jerarquía de San Martín entre los próceres argentinos y el mito que se ha construido alrededor de su figura, hasta hoy indiscutida, no tengo dudas de que la edición de esta obra va a provocar una encendida pero saludable polémica.

Como dije antes, algunos me han dado su parecer. Lo que más me sorprendió no fue su acuerdo o discrepancia con mi punto de vista, sino su juicio sobre mi persona, mis propósitos, mis inclinaciones políticas o, inclusive, sobre mis sentimientos religiosos. Aquellos que no me conocen o me conocen poco me han adjudicado creencias, adhesiones o influencias tan dispares como erróneas. Pareciera ser que quien aborda un tema urticante debe estar dispuesto a soportar encasillamientos injustos o inapropiados. No sé si se trata de un defecto propio de los argentinos o de un vicio universal, pero de todos modos me parece mal descalificar al autor con el que se discrepa buscando en su obra segundas intenciones, o poniendo en tela de juicio su honestidad intelectual, o bien enrolándolo en alguna ideología extraña.

Para que el lector que no me conoce tenga una idea sobre mi forma de pensar, de sentir, paso a dar cuenta de mis convicciones más firmes: 1) soy argentino hasta la médula, pero ello no implica que reniegue de la cultura universal; me siento identificado con los principios cristianos y con la escala de valores de Occidente; 2) nací católico pero perdí la fe tempranamente; 3) entre los próceres argentinos me emocionan, entre otros, Manuel Belgrano, Domingo F. Sarmiento, Mariano Moreno; 4) no estoy afiliado a ningún partido político porque soy liberal y en la Argentina esa corriente de pensamiento no estuvo ni está representada orgánicamente; 5) merece mi condena toda forma de violencia, de intolerancia, de fanatismo: cuando esas lacras contaminan la vida política de algún pueblo, aparecen dirigentes nefastos

como Stalin. Hitler, Mussolini. Franco, Castro, Pinochet, Videla, y tantos otros. Tanto la izquierda como la derecha han gestado por igual violadores de los derechos humanos más elementales; 6) considero tan condenable el apartheid que existía en Sudáfrica como el sistema de castas aún vigente en la India; 7) no considero nada plausible, históricamente, la política exterior de Estados Unidos, por su permanente intromisión en los asuntos internos de otros países (centro y sur de América, guerra de Malvinas, Vietnam, Medio Oriente, etc.), pero no por ello dejo de reconocer la vitalidad y el empuje de su pueblo, sus calidades culturales, el equilibrio de sus instituciones, la constante lucha por la vigencia de los derechos civiles dentro de su complejo país: 8) también, aunque no lo parezca, de los ingleses respeto profundamente sus tradiciones, su vida democrática, su cultura, su coraje e inteligencia para enfrentar situaciones límite como la agresión nazi en la Segunda Guerra Mundial o el derrumbe de su imperio. Sin embargo, su política colonial, su vocación de dominio, nunca gozaron de mi simpatía; 9) por último, volviendo a nuestro país, aspiro (como tantos otros argentinos) a ser gobernado, alguna vez, por funcionarios honestos y capaces. En mis cincuenta y ocho años ese milagro lo vi en muy pocas ocasiones.

J. B. S.
marzo de 1997

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

Corría 1981 cuando comenzó la picazón. En momentos de ocio desfilaban por mi mente ideas diversas, episodios históricos y económicos determinados, algunos conceptos filosóficos, psicológicos y políticos que, enlazados entre sí, me llevaban una y otra vez a una conclusión con apariencia de diabólico sofisma.

Tan disparatada parecía mi ocurrencia que en un principio la deseché por fantasiosa. Sin embargo, la idea volvía con terquedad a instalarse en mi entendimiento. El repaso mental de algunos aspectos del asunto me permitió concluir que mi deducción no era fantástica ni mucho menos.

No estaba seguro de la exactitud de mi razonamiento, pero la lógica me indicaba que entraba holgadamente en el campo de lo posible.

El trabajo, las ocupaciones y mi natural pereza se aliaron para mantener la idea en estado de hibernación; de cuando en cuando mis neuronas se encargaban de refrescármela, mostrando el pasar coordinado de trozos de la historia, que como las piezas de un gran rompecabezas buscaban su lugar para finalmente ubicarse en el sitio adecuado y completar el cuadro.

En todo este tiempo la curiosidad me indujo a leer, sin sistema, algunos libros sobre la guerra de la independencia de la América hispana, otros acerca de la vida y acción de San Martín, de historia universal, etc., para confirmar o desechar mi tesis.

Este trabajo es un breve compendio de extractos de esos libros. De su análisis e interpretación deriva lo que la tapa de la obra propone.

El título de este ensayo es, sin duda, sugerente. El lector se preguntará, con razón, a qué tercera invasión inglesa se refiere si los libros de historia sólo hablan de dos, y naturalmente también se preguntará qué habrá tenido que ver San Martín con ella.

En efecto; no hay libro alguno que hable de una tercera invasión inglesa y menos aún de la participación de San Martín en ella. Los historiadores se ocupan de las ocurridas en 1806 y 1807 y en esos años el prócer no estaba por aquí. Todo eso es cierto, pero no menos cierto es lo que voy a contar.

Todos los argentinos aprendimos en la escuela hasta los más mínimos detalles de esos heroicos sucesos vividos por el pueblo de Buenos Aires. Lo que no nos enseñaron —y por ello la gran mayoría de los argentinos no lo sabe— es que hubo una tercera invasión inglesa, y que triunfó. Y que triunfó de la mano de San Martín. No se apresure, no es ciencia ficción es, en esencia, estrictamente como quedó expresado.

Lo dramático es que no nos dimos cuenta de ello porque los libros oficiales —por llamarlos de alguna manera— no registran ese acontecimiento trágico, en buena medida causa eficiente, casi determinante, de la actual situación política, social y económica de América latina.

Pretender atribuir a San Martín alguna responsabilidad —mediata, por cierto— en el estado de cosas que impera hoy en día en Sudamérica parece, en principio, un despropósito. Sin embargo, a poco que usted me acompañe en el análisis de algunos hechos históricos que todos conocemos y en el examen e interpretación de textos de autores argentinos, estudiosos y apologistas de la vida y acción de San Martín, verá que tal pretensión no está en absoluto desprovista de sentido. Por el contrario, nos conducirá, inevitablemente, a la comprobación de la tesis que sostengo.

Obsérvese que esta apreciación cobra mucho significado a partir de un razonamiento muy simple: Chile y la Argentina integraban el mapa colonial español y, como ya veremos, no había ni hay razón alguna para la formación de dos países independientes. Sin embargo, San Martín, contradiciendo las instrucciones enviadas a Chile por el director supremo Juan Martín de Pueyrredón por las que le ordenaba enviar un «diputado al Congreso General de las Provincias Unidas, a fin de que se constituya una forma de gobierno general, *que de toda América unida en identidad de causas, intereses y objeto, constituya una sola nación...*»^[1], se apartó inexplicablemente de esa directiva y declaró formalmente la independencia de Chile siguiendo las órdenes de sus superiores británicos.

De esa manera, con el pretexto de dar libertad al pueblo chileno, San Martín permitió —seguramente sin darse cuenta de ello porque muy ilustrado no era— que Inglaterra consiguiera un objetivo político de suma importancia para sus intereses marítimos: abortar la constitución de un Estado bioceánico que estratégicamente hubiera representado para ella un riesgo, un peligro potencial que debía evitar a toda costa. El control del Atlántico y del Pacífico sur no debía quedar en manos de un solo país cuyas características geográficas podían convertirlo en poderoso vigía de la zona. No olvidemos que en aquellos tiempos era el paso obligado de todo el tráfico naval y, aún hoy, a pesar del Canal de Panamá, sigue siendo una vía de navegación de gran importancia.

Pero esa magistral jugada británica de partir en dos el cono sur de la América meridional y de propiciar la desmembración y desarticulación de todos los territorios que componían las colonias españolas promoviendo declaraciones de independencia por doquier traería a los ingleses otros beneficios adicionales de magnitud. Sobre ello volveré más adelante.

Retomemos, ahora, el objeto de este capítulo. No hubiera emprendido esta difícil empresa de contradecir a todos los historiadores si no estuviera completamente convencido de mis argumentos que, curiosamente, están básicamente respaldados por elementos de opinión que me han proporcionado los propios panegiristas de la obra sanmartiniana.

Como lo anticipé en el prólogo, no soy historiador: apenas un lector apasionado por estos temas. A pesar de ello, no me ha costado mucho corroborar mi idea primigenia, más hija de la intuición que del conocimiento, porque 110 hace falta extenderse demasiado en el estudio de los acontecimientos para llegar a una conclusión inequívoca y cristalina, pero triste y decepcionante, de la «misión sanmartiniana» en América del Sur.

Vi facilitado mi trabajo porque la que llamo *historia oficial*, aquella que nos fue contada y enseñada, dista de ser creíble en muchos aspectos. Me parece inadmisibles que nuestros historiadores, conocedores profundos de los sucesos que describen, analizan, comentan e interpretan, dejaran de ver lo que está a flor de piel.

Obviamente, no voy a poner en tela de juicio las dotes militares de San Martín, ni sus cualidades de organizador, de estratega, de táctico, de planificador militar, incluso de político: menos aún su coraje, su temple, sus agallas. Todo ello, meritorio y extraordinario por cierto, no es tema de este trabajo. Nadie en sus cabales podría empañar el juicio histórico sobre San Martín criticando su campaña militar. Fue soberbia, formidable, y no hay que ser un experto para comprender la jerarquía de su hazaña, solamente comparable con las más grandes de todos los tiempos. Por ello, insisto, no será objeto de análisis su tarea guerrera —que me llena de admiración— porque sólo un hombre grandemente dotado podría haber realizado la proeza andina.

Tampoco aspiro en este ensayo a pasar revista a toda la historia de San Martín, sino solamente a algunas de sus facetas, en particular a aquellas que a veces revelan su conexión con los planes británicos de penetración en la América española.

A partir de ciertas dudas e interrogantes que tenía sobre su extraña inserción en la lucha por la libertad de estos territorios, realicé una limitada, breve, pero meditada investigación que permite cuestionar seriamente la real dimensión política de la acción por él emprendida, principalmente por su clara vinculación con la dirigencia inglesa que, en mi opinión, habida cuenta lo sucedido en el país o en toda América latina desde 1800 hasta nuestros días, desnuda un plan brillantemente elaborado por Gran Bretaña a fines del siglo XVIII y ejecutado por mandatarios inteligentemente seleccionados por la masonería. Uno de ellos fue, sin duda, San Martín, y su elección no fue casual ni mucho menos.

Justamente, sus virtudes guerreras, su gran aptitud táctica y estratégica, sus condiciones de organizador, en fin, sus cualidades sobresalientes demostradas en las filas del ejército español, fueron observadas atentamente por los ingleses —a cuyo lado combatió contra Napoleón—, y, ni lerdos ni perezosos, astutos como siempre, pergeñaron un plan genial para la consecución de un objetivo largamente soñado por ellos: la conquista y dominación de América del Sur.

Un análisis global de la situación política existente a principios del siglo XIX y de los acontecimientos posteriores permite afirmar que San Martín fue un protagonista clave en la ejecución de los planes estratégicos que Inglaterra tenía preparados para esta zona.

La independencia de Estados Unidos significó para Gran Bretaña la pérdida de un mercado muy importante que resintió su actividad productiva y comercial; a ello se sumó el bloqueo napoleónico. Esos acontecimientos la obligaron a la búsqueda de nuevas conquistas (India, por ejemplo, Sudáfrica —que obtuvo después del Congreso de Viena en 1815—, etc.) para dar paso a la colocación de su creciente producción industrial y de proveerse de materias primas.

Las incursiones militares realizadas por Inglaterra en el Río de la Plata en los años 1806 y 1807 son una clara muestra del gran interés que tenía en conseguir el dominio de este rico territorio. Es obvio que esas frustradas intentonas estaban enderezadas a conseguir el control político del lugar para penetrar luego económicamente.

Esos sucesivos traspies militares sufridos en Buenos Aires y la alianza con España en 1809 para derrocar a Napoleón decidieron la modificación de la estrategia británica para dominar Iberoamérica.

Debemos recordar que Gran Bretaña, además de comprometer su ayuda a España contra Bonaparte, aseguró que no reconocería a «ningún otro rey de España y sus Indias, sino S. M. C. Fernando o los legítimos sucesores que la nación española reconozca»^[2].

Los ingleses, siempre formalmente respetuosos del juego limpio, no podían, por la razón apuntada, actuar frontalmente contra las colonias de su aliada España. Todos sabemos que para los ingleses jugar limpio es una regla de oro, salvo que haya oro de por medio...

Pero dejemos las ironías y volvamos a su estrategia. Tampoco les convenía insistir en tomar el Río de la Plata con tropas propias, no solamente por el aludido tratado con España, sino también porque ya habían sufrido en carne propia dos derrotas militares y su entusiasmo había declinado mucho ante la posibilidad de que sus hombres rindieran sus armas y sus banderas por tercera vez.

Además del deterioro de su prestigio guerrero, otro fracaso significaría una pérdida sensible de hombres y de material bélico que debían administrar con suma prudencia, dada la vastedad de las campañas que emprendían por todo el mundo.

A estas dos importantes razones se sumó otra esencial, que debidamente sopesada decidió la modificación de los planes londinenses.

Ella, como se verá, muestra la gran capacidad de análisis de los ingleses para extraer ideas brillantes aun de experiencias no precisamente favorables, como lo fueron las rendiciones de Beresford y de Whitelocke.

¿Qué sentido tenía utilizar fuerzas militares propias para desalojar a los españoles de sus colonias? ¿Acaso los criollos no habían demostrado una gran capacidad combativa en las contiendas suscitadas con ellos en 1806 y 1807?

Motivados por una causa justa —rechazar al agresor inglés—, los argentinos tuvieron un comportamiento heroico inolvidable: en su acción no faltó tampoco inteligencia, audacia, valor.

Todo esto fue advertido rápidamente por la dirigencia inglesa, así como también que los rioplatenses no conformaban un pueblo sumiso y dócil. Fácil era percibir que aquí se respiraba un aire que presagiaba una liberación política a corto plazo.

Los británicos, siempre lúcidos y tenaces cuando huelen buenos negocios, vieron claramente que el reemplazo de España como potencia colonial podía operarse utilizando a los criollos que, convenientemente motivados y dirigidos, conseguirían, a no dudar, la victoria militar que aquéllos necesitaban como prólogo imprescindible para su establecimiento económico en condiciones de rendimiento óptimo.

Me imagino la complacencia de los hombres de negocios de la *city* londinense al ver la viabilidad de este plan, que no solamente significaba suprimir costos sino que también abría las puertas al comercio de armas y equipos militares. Ellos se encargarían de hacer la provisión necesaria a precios razonables. Razonables para ellos, naturalmente.

En realidad, no puedo menos que admirarlos por su extraordinaria astucia y criterio para diseñar planes y estrategias para vender, vender y vender.

No es una novedad decir que los ingleses son profundos conocedores de muchas cosas, ignorantes de pocas. Las distintas formas de colocar un mostrador de ventas y una caja registradora en el momento y en el lugar apropiados, sea por las buenas o por las malas, no constituyen, exactamente, un capítulo de las cosas que ignoran. Seguramente ese tópico llena bibliotecas enteras de Gran Bretaña.

La guerra de conquista fue para ella la herramienta o el instrumento más eficaz para el logro de su objetivo, que no era otro que la constitución de un gran imperio económico, ora recurriendo a la colonización manifiesta y ostensible (el caso de la India, por ejemplo), o bien, cuando ello no era posible, por medio de la penetración política latente u oculta, con agentes o representantes nativos leales a sus intereses, como fue nuestro continente.

Por ello, los políticos del imperio decidieron encarar el asunto por la senda de la intriga política para infiltrar a los hombres necesarios y, luego, desarrollar el plan militar continental que tenían elaborado desde principios del siglo XIX.

Dos aspectos fundamentales se contemplaron:

1. *La victoria militar sobre los españoles.* La guerra emancipadora iniciada por los hombres de mayo debía ser respaldada y encauzada debidamente, esgrimiendo principios e ideales sublimes que prenderían fácilmente en la población y captarían su adhesión a la causa.

Palabras mágicas como *libertad* e *independencia*, acompañadas del disciplinado sonar de los clarines y el severo repiqueteo de los tambores, despertarían las conciencias más adormecidas e iban a permitir reclutar rápidamente tanto a los sensibilizados criollos convencidos de la legitimidad de la lucha como a los indecisos, éstos que para entrar en acción necesitan que su espíritu sea seducido por el discurso inflamado o por la marcha o la canción patriótica.

2. *La atomización política de Iberoamérica.* Profundos conocedores de la ciencia política, los británicos no podían ignorar las sabias enseñanzas del ilustre Nicolás Maquiavelo. Haciendo estricta aplicación de uno de sus juicios más acertados y realistas —«divide y reinarás»—, programaron la desmembración del vasto mapa colonial español, apurando la formación de Estados independientes de modo tal de facilitar la penetración económica en cada uno de esos nuevos países, cuya pobreza institucional producto de todo proceso de cambio, unido al raquitismo cultural y crematístico, los convertiría en presa fácil del experimentado y poderoso imperio británico.

Para semejante emprendimiento no podían elegir a cualquiera. El candidato debía tener cualidades poco comunes: gran experiencia militar, coraje, juventud, disciplina, clara conciencia de lo que es la subordinación, capacidad organizativa, carácter firme; en fin, era preciso que reuniera las virtudes propias de una personalidad de excepción y, además, debía ser, ineludiblemente, argentino de nacimiento.

El ojo inglés puso la mira sobre la persona indicada porque los hechos producidos en la década siguiente demostraron que la elección del teniente coronel don José de San Martín fue genial, inmejorable, puesto que cumplió estrictamente, sin errores, el plan militar y político elaborado por Inglaterra para esta parte del mundo.

Debo apresurarme a señalar que esta aseveración no es el resultado de una interpretación subjetiva de la historia. Como dije antes, en un principio fue tan sólo una idea, una hipótesis, casi una conjetura. En los capítulos siguientes voy a proporcionar las pruebas, por así decir, que dan sustento a las afirmaciones precedentes.

CAPÍTULO II

EL PRIMER ESLABÓN

Para juzgar hechos, conductas, actitudes, conflictos, etc., es preciso informarse sobre ellos a fondo, empaparse de las circunstancias que los rodearon para, de esa manera, formar opinión sobre bases objetivas y prescindir en la medida de lo posible del subjetivismo que todos llevamos naturalmente encima.

Debo admitir que en un principio esa regla instrumental no fue rigurosamente observada en la concepción de la tesis que anticipé en el capítulo anterior, dado que ella no nació de la investigación sistemática y profunda de trabajos y documentos que me ilustraran acabadamente acerca de los acontecimientos referidos, sino que partió principalmente de una idea madre, producto de un esbozo intuitivo del asunto, casi huérfano de apoyo documental o bibliográfico.

Fue la fuerza de esa idea —unida a otros datos de la historia de esos tiempos— lo que me llevó a la búsqueda de elementos de juicio que probaran su verdad o falsedad.

Por la consulta bibliográfica que hice durante años llegué a comprobar, además de la exactitud de mi punto de vista, la falta de rigor científico que exhiben sobre el tema las obras que leí, porque todas, invariablemente, o bien recurren a fórmulas simplistas o inconvincentes para explicar los puntos oscuros de la vida de San Martín —que no son pocos—, o de lo contrario eluden su tratamiento como si careciera de importancia hacerlo.

Si la historia del hombre ha llevado a constituir una ciencia es porque su sustancia, su objeto, no se limita a la simple comprobación de los hechos, o a la formulación de una crónica detallada de ellos, sino a indagar, estudiar y dar razón de las causas que les dieron origen. Esto último es la esencia de la historia política.

En ese orden de ideas creo no equivocarme si digo que la historia de San Martín aún no ha sido escrita, o por lo menos está en pañales. Y afirmo esto porque muchos pasajes de la vida del general no han sido explicados y conforman una suerte de cadena de interrogantes que debidamente dilucidados nos conducen a la opinión volcada en la primera parte.

El eslabón inicial de esa cadena es de raíz psicológica. Un razonamiento elemental me sugería una pregunta sin respuesta apropiada y fue ello lo que me movió a ahondar el estudio de la cuestión.

Todas las acciones de los hombres tienen una motivación, un interés que las sustenta, que las impulsa. En el caso de San Martín me resultaba difícil hallar la causa motora de su incorporación a la lucha contra el colonialismo español en América. En

síntesis, me preguntaba por qué y para qué vino San Martín a Buenos Aires en marzo de 1812; la respuesta comúnmente aceptada y declamada —su patriotismo— no me convencía en absoluto. Veamos por qué.

Es cosa sabida que el interés es la medida de las acciones. Como dije, todos actuamos motivados por alguna razón y la psicología nos enseña que esa razón o ese interés puede responder a sentimientos diferentes, sean éstos sublimes o perversos, espirituales o materiales y son ellos los que ponen en movimiento la voluntad del hombre y dirigen su acción hacia un fin determinado.

¿Qué razones, intereses o motivos impulsaron a San Martín a incursionar en la guerra contra la dominación hispana en tierra americana?

Es un dato por todos conocido que dejó su lugar natal, Yapeyú, Corrientes, en 1786, cuando era un niño de siete u ocho años. Ello obliga a descartar como motivación el afecto al terruño, pues el amor a la patria no puede desarrollarse tan profundamente en esa etapa de la vida y en tan breve tiempo. Es una verdad inconcusa que los sentimientos patrióticos nacen del arraigo, del contacto con la tierra, de la relación con la gente; nadie podría afirmar seriamente que esas circunstancias se dieron en el caso de San Martín.

Además, debemos tener en cuenta que durante su breve niñez correntina el país realmente no existía como tal y tanto sus padres como su educación y el medio cultural donde nutrió su alma, su personalidad, fueron españoles.

Desechado el patriotismo como causa que suscitó el formidable accionar de San Martín, traté de indagar cuál otra podría haber sido.

Es posible, pensé, que la independencia de Estados Unidos de América, la Revolución Francesa, las enseñanzas de los filósofos de la época —que constituyeron las semillas liberales que germinaron el espíritu americano de autodeterminación— hayan influido sensiblemente en su persona, en sus convicciones, pero llegué a la conclusión de que eso solo no pudo haber determinado su decisión de abandonar definitivamente su carrera militar en España —veintidós años de dura lucha en innumerables campos de batalla—, para embarcarse en una aventura incierta en tierras prácticamente desconocidas para él y que, en apariencia, no le ofrecían ni podían ofrecerle un futuro venturoso.

Para desentrañar la incógnita y encontrar un explicación racional resolví desempolvar la obra de Bartolomé Mitre. *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, regalo de mi padre, que dormía en mi biblioteca el sueño de los justos.

Con el respeto que inspira toda obra de autor prestigiado, acometí su lectura con cierta ansiedad, convencido de que allí encontraría la respuesta lógica, razonada. Nada de eso. Dice Mitre:

Veintidós años hacía que San Martín acompañaba a la Madre Patria en sus triunfos y reveses, sin desampararla un solo día. En ese lapso había combatido bajo sus banderas contra moros, franceses, ingleses y portugueses por mar y por tierra, a pie y a caballo, en campo abierto y dentro de murallas.

Conocía prácticamente la estrategia de los grandes generales, el modo de combatir de todas las naciones de Europa, la táctica de todas las armas, la fuerza irresistible de las guerras nacionales y los elementos de que podía disponer España en una insurrección en sus colonias: el discípulo era un maestro en estado de dar lecciones. Entonces volvió los ojos hacia la América del Sur, cuya independencia había presagiado y cuya revolución seguía con interés y, comprendiendo que aún tendría muchos esfuerzos que hacer para triunfar definitivamente, se decidió a regresar a la lejana patria a la que siempre amó como a lo verdadera madre para ofrecerle su espada y consagrarle la vida^[3].

Esta explicación no tenía ni una palabra que pudiera satisfacer mi inquietud porque, como dije antes, San Martín no podía estar animado por un sentir patriótico dada la brevedad de su estancia en Yapeyú. El propio Mitre se encarga de apuntarlo cuando señala que «el niño criollo nacido a la sombra de palmas indígenas borró tal vez de su memoria estos espectáculos de la primera edad...»^[4].

Por otra parte, que yo sepa, San Martín nunca volvió por los pagos de su infancia.

El desencanto que me produjo la versión de Mitre sobre la misteriosa aparición de San Martín en Buenos Aires me indujo a leer más detenidamente la voluminosa obra de aquél al tiempo que con bastante desorden y sin método hacía lo propio con otros autores.

Así en la *Historia argentina*, de José María Rosa, busqué otra opinión sobre el punto y comprobé que el pensamiento de este autor no dista mucho del de Mitre, aunque advertí pronunciadas diferencias en el tratamiento de otros acontecimientos de la época, particularmente sobre la influencia de la masonería y de los ingleses en la guerra de la independencia de América del Sur. Pero veamos qué nos dice Rosa:

San Martín, como casi todos los oficiales del ejército español en la guerra de la independencia, se había iniciado en la masonería de los cuarteles. Debe descartarse que ignoraba las conexiones del Rito Azul y suponía de buena fe que la luz vendría de Oriente y no del norte.

¿Qué le indujo a dejar en 1811 su carrera en las armas españolas, e irse a Londres a ponerse a las órdenes de la Gran Reunión Americana, fundada por Miranda? Y continúa:

Hijo de españoles, nacido por accidente en tierra americana, militar español y veterano de veinte años de guerras por su rey y su bandera, resulta curioso que se dejase llevar por un apego a la tierra nativa dejada a los ocho años, y que apenas sería un recuerdo borroso de su infancia. Pero es indudable que este recuerdo infantil constituyó un culto que se sobrepuso a veintiséis años de residencia en la península y guerras por la bandera española.

A renglón seguido, prosigue:

El hecho resulta notable porque, hijo de españoles y educado en España, nada dejaba traslucir de su tierra natal en su acento o en su tipo físico. Entre sus compañeros de colegio y de armas había muchos nacidos como él en América de padres militares o funcionarios, y aun de viejo origen indiano, que se sintieron completamente peninsulares. La masonería fue el instrumento que le permitió evadirse. Había hecho amistad en las logias de Andalucía con un noble escocés, lord Mac Duff [conocido también como Duff o Macduff], masón y aventurero enrolado en los ejércitos españoles. Mac Duff le dio o prestó el dinero necesario para viajar a Londres y ponerse en contacto con la Gran Reunión Americana; debe descartarse que no lo haría el escocés por patriotismo argentino sino por propósitos masónicos. Pero en

San Martín vinieron a coincidir la masonería y el patriotismo, a lo menos en su manera de entender a los Hijos de Hiram en los grados inferiores de iniciación.

Y luego, añade:

Cualquiera fuese el motivo que trajo a San Martín a su tierra nativa, lo cierto es que aquí encontró su verdadera patria: se identificó con ella en un grado que no tendrían los criollos con muchos ascendientes indios, y la amó por encima de todo. La iniciación en la masonería de San Martín aclara muchos de los actos inexplicables de su vida. Creyó sinceramente que las logias eran instrumentos de liberación y contribuyó a establecerlas. No pasaría mucho tiempo sin comprender que el instrumento se le escapaba de las manos y se iba por rumbos sospechosos cuando la Asamblea establecida por la revolución de octubre de 1812 y controlada por la Lautaro no quiso declarar la independencia. Se alejó entonces de la política prefiriendo la carrera militar, de la que también debió alejarse en 1814 para esconderse en el exilio de la gobernación de Cuyo^[5]...

Como podemos ver, tanto Mitre como Rosa, en fin, todos los historiadores, sostienen que San Martín volvió a América atraído o llamado por el amor a la tierra que lo vio nacer, argumento que me parece inaceptable.

Es más atinado pensar, creo, que vino influido por la reunión de varios factores. Aunque huérfano de pasión patriótica por las razones que adujo antes, es posible que su espíritu liberal haya inclinado sus simpatías por la causa americana. También pudieron haber incidido motivaciones de orden personal, la necesidad de ver otros horizontes, de tener nuevas experiencias o, en definitiva, la legítima ambición de colocarse entre los militares más sobresalientes de todos los tiempos si llevaba a buen puerto el plan que debía ejecutar: el cruce de los Andes para derrotar a los españoles instalados en Chile y luego hacer otro tanto en Perú.

Se trataba, sin duda, de un desafío grandioso y difícil, digno de un hombre de las condiciones excepcionales de San Martín —por algo lo eligieron los ingleses—, cuya concreción lo colmaría de gloria guerrera, aspiración natural de todo hombre de armas.

Y digo esto porque cuando San Martín desembarcó en Buenos Aires en marzo de 1812, ya traía perfectamente delineado el programa que debía cumplir. Rosa se equivoca de cabo a rabo, no solamente cuando afirma que los recuerdos de la infancia prevalecieron sobre los veintiséis años que San Martín pasó en España —razonamiento que roza lo pueril—, sino fundamentalmente cuando dice que «se alejó de la política prefiriendo la vida militar», o que «debió [...] esconderse en el exilio de la gobernación de Cuyo».

En los capítulos que siguen veremos que todos los pasos de San Martín fueron estudiados, calculados, meditados mucho tiempo antes de que viniera al Río de la Plata, y que no fue él precisamente quien lo hizo, sino los ingleses (el general Maitland lord Castlereagh, entre otros), de los que me ocuparé más adelante.

También descubriremos que la llamada revolución del 8 de octubre de 1812 no fue una lucha entre facciones locales en pugna por el poder, sino un golpe de Estado, o, hablando con más propiedad, un golpe de mano ideado por los británicos y

ejecutado por San Martín, Alvear y otros, para alimentar desde Buenos Aires la campaña andina.

Con no poca sorpresa comprobaremos que su radicación en Cuyo tampoco fue una decisión tomada por él y mucho menos aún un exilio, como dice Rosa. Fue, ciertamente, otra etapa del Plan Continental o «Plan Maitland», trazado en Londres, sobre el que volveré en otro capítulo. En síntesis. San Martín nunca se «durmió» en términos masónicos, como lo sostiene el mencionado historiador, pues siempre, desde que llegó al Río de la Plata hasta su partida a Londres en 1824 —y seguramente también después— estuvo al servicio de esa organización secreta, la Gran Reunión Americana, dirigida por lord Duff y los suyos.

Pero vayamos por partes y volvamos al primer eslabón. Averiguar los motivos íntimos que tuvo San Martín para regresar en 1812 no es tarea sencilla; sin embargo, el buen sentido indica que su reaparición en Buenos Aires fue extraña, abrupta y reñida con el normal comportamiento de un hombre en sus circunstancias.

No debemos ni podemos olvidar que San Martín era un ser humano y como tal tenía virtudes y defectos, apetitos e inclinaciones, ilusiones y esperanzas, ambiciones y temores. Si bien esto parece una perogrullada no lo es tanto porque nuestros historiadores hablan de él como de un superhombre o de un semidiós. En su torrente laudatorio es difícil descubrir la mención de algún vicio, pecado o debilidad, dado que por sistema, cuando advierten en su comportamiento algún desliz que no se compadece con la personalidad ideal por ellos diseñada, lo minimizan hasta llegar a justificar lo injustificable.

Por ello, aceptada su condición humana, es dable suponer que alguna previsión sobre su futuro económico tuvo que haber hecho, porque convengamos que el retiro del ejército español significó para él la pérdida de la paga que de alguna manera tenía que reemplazar. También en aquellos tiempos se necesitaba dinero para comer, vestir, viajar, etc., y por tanto cabe preguntarse de qué medios se valió para sobrevivir y también, naturalmente, quién pagó sus viajes a Londres y luego a Buenos Aires.

¿De su propio bolsillo? ¿Era acaso San Martín un hombre de fortuna? Por boca de nuestros historiadores sabemos que no; más aún, según ellos San Martín vivió y murió apremiado económicamente. Veremos más adelante que no fue así ni mucho menos, pero por el momento baste con puntualizar que, según la versión oficial o más conocida, al tiempo de su desertión del ejército español San Martín carecía de bienes. Así Mitre, por ejemplo, nos dice:

... al regresar a su patria, era un hombre oscuro y desvalido, que no tenía más fortuna que su espada^[6]

...

Poco se sabe sobre los recursos que utilizó San Martín para salir de España hacia Inglaterra y de allí al Río de la Plata. Ya vimos lo que dice Rosa al respecto en coincidencia con Mitre. Sobre el particular éste comenta brevemente que «por intermedio del noble escocés, lord Mac Duff, y por interposición de *sir* Charles

Stuart, agente diplomático en España, pudo obtener un pasaporte para pasar subrepticamente a Londres, recibiendo de sus amigos cartas de recomendación y letras de cambio a su favor, *de las que no hizo uso*»^[7].

Esta última frase merece un comentario: creo que si las aceptó fue para usarlas y si no lo hizo fue porque no las necesitó, pero de ahí a sugerir que mediaron razones éticas para no hacerlo —según se desprende del párrafo— me parece una ingenuidad.

Pero ese tono se advierte en toda la obra de Mitre donde el desinterés, el patriotismo, el desprendimiento, la inspiración, la genialidad, etc., indefectiblemente aparecen presidiendo todas las acciones y decisiones de San Martín.

Sin embargo, el propio Mitre se encarga de mostrarnos un «punto negro» —así lo llama— de la vida del prócer. Nos dice:

En Santiago, lo mismo que en Buenos Aires, el general continuó sus silenciosos trabajos en medio del bullicio de las fiestas; pero esta vez parece que la *liga de oro se alió al bronce del Libertador*. El mismo día de la ovación despachaba a Londres a su ingeniero y ayudante de campo Álvarez Condarco, con algunos fondos y el encargo de proporcionarse mayores recursos, a fin de adquirir otro buque y elementos bélicos para la expedición proyectada. Álvarez Condarco, que era también su compadre, llevaba otra misión, a la que está ligado un misterio, que se ha señalado como un *punto negro en la vida de San Martín y O'Higgins*, y que, sin disminuir la grandeza americana del primero como guerrero y libertador, deprimiría su elevación moral como hombre. Tratábase de la remisión de una suma para ser colocada en aquella ocasión en Londres por cuenta de O'Higgins y San Martín, que según referencia, sería de veinticinco mil pesos, y según interpretación a que se presta, podría alcanzar a cien mil pesos los documentos que con este punto se relacionan, escritos en cifra, han permanecido secretos durante más de sesenta años. Sólo tres personas los han conocido, de las cuales dos han muerto, siendo el último el autor de esta historia, que los descifró personalmente... Pero antes de ser conocido el hecho [...] el destino se encargó de verificar el balance final haciendo desaparecer los fondos en cuestión sin que San Martín los utilizase en ningún tiempo.

Y luego agrega:

Sea cual fuere el monto de la cantidad de que por cuenta pública o privada fuese portador Álvarez Condarco —que en resumidas cuentas parece no pasó de 29.500 pesos— San Martín la cubrió con usura, no sólo por sus grandes servicios, sino también con dineros que legítimamente le pertenecían^[8]...

Aunque no me parece plausible lo que resulta de ese párrafo, no es mi intención poner en tela de juicio la honestidad de San Martín, ya que mi información al respecto se limita a lo que surge del texto de Mitre.

Pero el relato de ese episodio sirve para demostrar que no era ajeno a la personalidad de San Martín el apetito por las cosas materiales, como tantas veces he leído y oído.

Pone de manifiesto, además, la benignidad con que juzga uno de los historiadores más importantes del prócer —como lo fue Mitre— la conducta deshonesto del general. El autor sella con una frase elocuente este expediente oscuro:

... y se dirigió silenciosamente al destierro (fines de 1823). Allí se encontró frente a frente a la miseria. Los fondos con que contaba en Europa para subsistir, confiados a la fidelidad de un amigo, habían sido jugados por éste en la Bolsa de Londres. De este modo, *sus manos quedaron puras del oro que había*

aliado al bronce heroico del Libertador^[9].

Ya veremos que San Martín nunca estuvo en la miseria y que tenía alguna inclinación por los bienes que proporciona el dinero. Pero dejemos esto, que es anecdótico, y volvamos al primer eslabón.

En mi opinión, San Martín no vino ni pudo venir incentivado por una motivación patriótica, vuelvo a insistir, y según se desprende de la bibliografía que he consultado no hay duda alguna de que detrás de sus pasos existió siempre una organización poderosa que lo respaldó —la Gran Reunión Americana— controlada por los ingleses.

Esa asociación secreta se encargaba de reclutar hombres útiles a sus fines, y, por más que nuestros historiadores pretendan invertir los términos de la relación, está a la vista que fueron los británicos los que gestaron y financiaron la incorporación de San Martín a la lucha que se libraba en América del Sur. Cabe citar aquí un párrafo de Rosa:

La Logia Lautaro no era una logia masónica; era una «logia controlada por masones». Atraídos por los propósitos de liberalismo y fraternidad y las ventajas de una protección en la carrera militar o política, podían iniciarse quienes libremente lo quisieran, y fuesen, desde luego, admitidos por el Consejo Supremo. Pero la dirección la tuvieron exclusivamente los masones^[10].

Debo aclarar que San Martín no fue un simple «neófito» de la logia, puesto que según Rosa fue admitido en la Gran Reunión Americana con el grado superior^[11], lo mismo sostiene Pérez Amuchástegui^[12].

Seguramente, gracias a esa «protección» a que hace alusión Rosa, pudo San Martín tener un retiro llevadero, como ya lo veremos.

Como el gran rompecabezas compuesto de trozos de historia —al que me refería en el capítulo anterior— estaba conformado por otros tantos interrogantes que merecían ser estudiados, elaboré a modo de guía una lista de temas cuyo análisis era menester hacer para obtener conclusiones más precisas.

Entre otros, mi memoria registraba otro puní o oscuro en la vida de San Martín: su partida intempestiva del escenario peruano en 1822.

Consulté la obra de Mitre y leí lo siguiente:

Uno de los más graves cargos que los contemporáneos hicieron a San Martín por su retirada de Perú, y que la historia ha repetido, es la manera precipitada en que la efectuó, al dejar huérfano su ejército al mando de un general sin prestigio, y confiados los destinos del país que abandonaba a un congreso sin autoridad moral, ni más base de poder que el ejército mismo, odiado como todo ejército libertador en tierra extraña que pesa sobre ella, sin proveer nada para la organización de un gobierno eficiente. Es probable que si el Protector hubiese postergado su retirada hasta arreglar todo esto a fin de coordinar voluntades dispersas, no lo habría ejecutado jamás; pero el hecho es que dejó todo en verdadera acefalía, ejército y gobierno, sin rumbo y sin coherencia; mientras él daba un gran salto en las tinieblas. Fue, mas que una abdicación, un abandono del mando^[13].

Y en otra parte dice:

La retirada de San Martín de Perú en medio de la plenitud de su gloria, con elementos bastantes para mantenerse en el poder y luchar contra el enemigo, fue un misterio para los contemporáneos, excepto para Bolívar, y a última hora, para su amigo Guido^[14].

Luego Mitre, haciendo gala de una gran imaginación, formula un discurso de dos páginas para dar su punto de vista sobre la actitud insólita del general y a fin de explicar lo inexplicable suma palabras y frases grandilocuentes cuya lectura es recomendable solamente para insomnes. Para evitar que el lector caiga en un sueño profundo omito la transcripción íntegra y rescato los conceptos más sustanciales.

En una primera parte parece atribuir la abdicación a la mano del destino para inmediatamente admitir como causa decisiva de su alejamiento la imposibilidad de compartir con Simón Bolívar el estrecho espacio político y militar de Perú, según manifestaciones que San Martín habría hecho a su amigo Guéelo momentos antes de abandonar Lima y emprender viaje a Chile el 20 de setiembre de 1822. Y agrega:

Tal es el significado histórico y el sentido político y moral de lo que se ha llamado abdicación de San Martín. No fue un acto espontáneo como el de Washington, al poner prudente término a su carrera cívica. No tuvo su origen ni en un arranque generoso del corazón, ni en una idea abstracta. Fue una resolución aconsejada por el instinto sano y un acto impuesto por la necesidad, ejecutado con previsión y conciencia [...]

Si San Martín hubiese abdicado por los motivos consignados en su proclama de despedida, sería indigno de su fama, y merecería, después de la injusticia de sus contemporáneos, el desprecio de los venideros [...] La proclama de despedida que lleva su nombre, y que ha contribuido a extraviar el juicio de la posteridad, o fue un *disfraz* de circunstancias para cubrir su retirada, *fiel a la ley del silencio* que se impuso, o un manto de oropel que se dejó echar con indiferencia sobre sus hombros. Lo único que hay de él en ese documento es su espíritu de desinterés y su apelación al fallo de la posteridad^[15].

Lo que no dice Mitre es que la partida de Peni fue dispuesta por la Logia O-O, Cadena de la Amistad, como lo señala Enrique de Gandía^[16], en la nota titulada «Enrique Martínez y el Acta de Rancagua».

En ese artículo De Gandía afirma algunas cosas muy interesantes sobre las cuales volveré más adelante (véase el capítulo VIII), pero lo que importa precisar aquí es que los superiores de San Martín —léase la logia londinense, porque el general «*no obedecía a ningún país, salvo a la logia secreta*»— ya habían arreglado que gobernaría Perú un año para luego entregar el poder a un congreso de peruanos.

Esas aseveraciones del mencionado historiador explican no solamente la misteriosa e intempestiva partida de San Martín sino que además ponen de relieve la falta de sinceridad de su proclama de despedida de Perú, como también de la conversación que habría tenido con su íntimo amigo y confidente Tomás Guido. Mitre la relata así:

Todo lo he meditado detenidamente —replicó con emoción—. No desconozco ni los intereses de la América ni mis deberes. Abandono con pesar a camaradas que quiero como hijos, y que tan generosamente me han ayudado; pero no puedo demorar un solo día: ¡me marchó! Nadie me apeará de la convicción en que estoy, de que mi presencia en Perú le traería más desgracias que mi separación. Por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto sino bajo condiciones contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones. Voy a decirlo: para sostener la disciplina del ejército, tendría necesidad

de fusilar algunos jefes; y me falta valor para hacerlo con compañeros que me han acompañado en los días felices y desgraciados^[17].

Todas estas palabras y los restantes argumentos que en esas mismas páginas Mitre pone en boca de San Martín para dar sentido a su ida de Lima —omito su transcripción en homenaje a la brevedad— conforman una farsa colosal porque ella —su partida— había sido planeada y establecida desde antes de su entrada victoriosa en tierra peruana, según resulta de lo expuesto por De Gandía en el trabajo citado.

No debe sorprendernos, entonces, que los contemporáneos de San Martín condenaran su actitud. Lo suyo fue una desertión más que censurable porque, además de dejar Perú en condiciones propicias para caer en la anarquía —Mitre las puntualiza en el párrafo transcrito antes—, abandonó a su suerte en extrañas y lejanas comarcas a miles de soldados que integraban su ejército.

Yo me pregunto qué habrá pasado con ese grupo enorme de hombres, héroes anónimos usados como carne de cañón en una lucha que seguramente creían patriótica —las arengas y el marco así lo indicaban—, sin saber que eran instrumentos de una organización extranjera a la que solamente le interesaba preparar el terreno para hacer de esta parte del mundo una próspera factoría.

Eran miles de almas argentinas y chilenas, muchas de ellas reclutadas a punta de fusil, magramente alimentadas, mal pagas, cuyo destino no preocupó demasiado al llamado «santo de la espada». Los quería como a hijos y los dejó solos: muy pocos de ellos pudieron volver a reencontrarse con los suyos.

Los biógrafos de San Martín destacan su personalidad severa porque exigía a su tropa y a sus oficiales un comportamiento valiente, disciplinado. Al parecer les pedía mucho más que eso, les demandaba un coraje extraordinario, casi sobrenatural, a punto tal que ¡les estaba prohibido tener miedo a la bala o al arma enemiga so pena de ser sableados por sus propios compañeros!

Y esto no es producto de mi imaginación: lo leí en *La Nación*^[18], donde se exalta esa orden como si se tratara de una directiva loable. Vale la pena transcribirla textualmente: dada en vísperas de la batalla de Maipú, decía:

Los señores jefes deben estar persuadidos de que esta batalla va a decidir la suerte de toda la América y que es preferible una muerte honrosa en el campo del honor, a sufrirla por mano de nuestros verdugos. Recomiendo a los jefes de caballería llevar a retaguardia un pelotón de veinticinco o treinta hombres para *sablear a los hombres que vuelvan la cara*, así como para perseguir al enemigo.

¿Quién requirió tamaña heroicidad, quien dio a sus subordinados órdenes que más que severas eran inhumanas, podía abandonarlos y dejarlos a la buena de Dios?

En fin, no creo que valga la pena cargar las tintas sobre aspectos llamémosle sentimentales —en las guerras poco cuentan—, porque la finalidad de este trabajo es, en definitiva, analizar la gestión global de San Martín en América y no las circunstancias particulares que la rodearon. De todos modos, éstas sirven para ir apuntalando, por así decir, el juicio que en realidad merece su acción.

Pero, retomando el tema que veníamos tratando, es indiscutible que tanto la llegada de San Martín a Buenos Aires en 1812 como su partida de Lima en 1822 impregnadas tan lo la una como la otra de misterio, de sigilo, no explicadas racionalmente por ningún historiador, constituyen eslabones importantes de una larga cadena de hechos altamente sugerentes y sospechosos que se dan cita para cuestionar seriamente la encumbrada y privilegiada posición que ocupa entre nuestros próceres.

Creo que a la luz de todos los antecedentes que he recogido y que expondré en el curso de este ensayo, es lícito preguntarse si el accionar de San Martín tuvo en mira el interés americano o el inglés; si su discurso patriótico lúe sincero o solamente una pantalla para encubrir el encargo británico.

En mi opinión, no deberíamos ser nosotros los satisfechos, los gratificados, los orgullosos por la campaña de San Martín en Sudamérica, sino los ingleses. No es casual que, al regresar a Londres en 1824, lord Duff lo haya homenajeado como a un compatriota que vuelve victorioso a casa; y de eso se trataba porque su labor militar y política sirvió al engrandecimiento del imperio, mejor dicho, del emporio de Su Majestad.

CAPÍTULO III

EL OSTRACISMO DE SAN MARTÍN

De la mano de estos dos hechos que nuestros historiadores explican deficientemente —llegada a Buenos Aires en 1812 y partida de Lima en 1822— voy a pasar revista a otra etapa de la vida de San Martín que constituía una nueva incógnita que los textos escolares no me develaban y, naturalmente, también incitaban mi curiosidad y acentuaba mis sospechas.

Me estoy refiriendo al quehacer del general después de su campaña americana, al ostracismo voluntario al que se habría sometido, según la expresión acuñada por Mitre.

Dos razones llamaban mi atención: de orden cronológico la una, de tinte crematístico la otra. Veamos la primera. El prócer más importante del país, el Padre de la Patria, había pasado casi toda su vida en el extranjero. En efecto, veintiséis años en España y veintisiete en Francia, Inglaterra, Bélgica, etc. Su tránsito por el país fue tan fugaz como brevísimo el periodo de su infancia correntina. Lo cierto, lo real es que el tiempo que pasó por aquí se limitó casi exclusivamente al cumplimiento del plan que le habían encomendado los masones de Inglaterra. Vino, realizó maravillosamente su cometido, y se fue...

La otra se refería a la conmovedora situación de precariedad económica que habría sufrido en el exilio —versión recogida por los textos más comunes o más difundidos y la única de la que yo tenía noticia—: ella contrastaba con la imagen de la casa de Gran Bourg donde San Martín vivió sus últimos años. Las características nada modestas de la residencia quedaron grabadas en mi memoria desde la visita que hice de la réplica construida en Buenos Aires, en el barrio de Palermo, cuando cursaba el quinto grado de la escuela primaria.

Naturalmente, en aquel momento nada pasó por mi cabeza: solamente había quedado el recuerdo simple, desnudo de opinión. Cuando comencé a pensar sobre este asunto, mi mente se encargó de desarchivarlo para formularse una pregunta obvia, lógica: si durante su ostracismo estuvo apremiado económicamente, ¿cómo se las arregló para vivir en semejante lugar? Y a este interrogante se sumó el anterior: ¿por qué San Martín se fue a vivir a Europa y nunca volvió?

Como sobre este pasaje de la existencia del prócer estaba en ayunas, como la mayor parte de los argentinos, consulté a Mitre para averiguar algo, pero poco fue lo que pude obtener pues este autor sólo describe breve pero patéticamente esos años del general. Tras calificar ese lapso como un ostracismo estoico, agrega:

San Martín, después de ver cerrado por siempre el libro de su destino... pasó desde Mendoza a Buenos Aires, donde fue recibido por el menosprecio y la indiferencia pública. No tenía patria, esposa ni hogar, y el capitán ilustre de tres repúblicas no tenía donde pasar revista en el ejército argentino. Tomó en sus brazos a su hija huérfana de madre, y se dirigió silenciosamente al destierro (fines de 1823). Allí se encontró frente a la miseria. Los fondos con que contaba en Europa para subsistir, confiados a la fidelidad de un amigo, habían sido jugados por éste en la Bolsa de Londres. De este modo, sus manos quedaron puras del oro que se había aliado al bronce heroico del Libertador^[19].

En cambio, Pérez Amuchástegui, sin referirse a lo que dice Mitre, lo contradice totalmente porque según sus indagaciones el tren de vida de San Martín en Europa no fue tan miserable como lo pinta aquél.

Este autor nos cuenta que «en esa época —1825— no padecía San Martín de aflicción económica. Cuando se embarcó en Buenos Aires —conforme declaró a O'Higgins— llevaba San Martín en sus arcas seis mil pesos en dinero y quince mil en billetes del empréstito sobre Inglaterra (?), cuyo valor efectivo equivalía a 12.319 pesos... según liquidación realizada en Lima el 18 de diciembre de 1823. El capital, más de cuatro mil libras esterlinas, no era abundante, pero bien administrado producía una renta que, a la sazón, permitía vivir decentemente. Otero ha señalado que sólo entre 1828 y 1832 se presentaron a San Martín dificultades económicas, que tuvieron carácter accidental y transitorio: además, la observación de los pasaportes de San Martín demuestra que hay decenas de visaciones entre 1824 y 1830 y es obvio que quien se movía tanto no estaba en la miseria. En Londres, San Martín residía en el número 12 de New Road. Park Place, Regent Park, y el dinero le alcanzaba hasta para darse el lujo de posar ante el retratista John Jackson a fin de que inmortalizara su vera efigie en la tela. En general, los hispanoamericanos residentes en Londres vivían bastante bien: en tanto que García del Río y Paroissien homenajearon al Fundador de la Libertad de Perú con una cena que costó ciento cincuenta libras...»^[20]

Con respecto a la casa de Grand Bourg, Pérez Amuchástegui nos dice que «gracias a las facilidades financieras promovidas por Alejandro Aguado —antiguo compañero de armas en los días de la guerra contra Napoleón y luego pomposo banquero español... marqués de las Marismas del Guadalquivir— pudo San Martín adquirir primero su casa de París y la hermosa residencia suburbana de Grand Bourg...»^[21].

Sobre este punto cabe señalar que, aun cuando haya obtenido «facilidades crediticias», lo cierto es que San Martín habría estado en condiciones de pagar los préstamos que le fueron concedidos y ello revela una solvencia económica importante pues la casa de Grand Bourg —pequeño palacio— era una propiedad muy valiosa. Y si San Martín era un simple «pensionista» —así lo dice el autor—, no veo cómo pudo hacer frente a semejante erogación; salvo que su amigo banquero se haya hecho cargo de la deuda y ello tornaría la cuestión aún menos transparente porque todos sabemos que en este mundo no es cosa frecuente tamaña generosidad.

Pero dejemos por el momento los gastos y recursos de San Martín en Europa y centremos nuestra atención en su actividad en ese continente, porque ella pone de

manifiesto que no tenía ni tuvo ningún interés en radicarse en nuestro país, o lo que también es probable, que no pudo hacerlo porque sus quehaceres masónicos tenían otros escenarios, otros objetivos, o bien porque le resultaba más atractivo vivir en la civilizada Europa que en la convulsionada y pobrísima América.

Empero, antes de hablar de ello quiero hacer hincapié en un dato de la realidad que nos muestra que San Martín encaró su radicación europea con bastante anticipación. En efecto, en abril de 1822 ya «había pedido al gobierno peruano que le concediera licencia para marchar a Europa y se le giraran a Inglaterra sus haberes»^[22]. Debemos recordar que San Martín abandonó Perú en setiembre de ese año y después de una breve estadía en Chile se trasladó a Mendoza, donde estuvo aproximadamente un año, para luego partir hacia Europa tras pasar rápidamente por Buenos Aires.

No quiero volver sobre los aspectos afectivos del asunto, pero si por amor a la patria regresó para pelear por ella —según lo sostienen sus apologistas— no veía ni veo que haya habido alguna razón valedera que adormeciera ese sentimiento —si lo hubiera tenido— y le impidiera quedarse en el país para bregar por el establecimiento, la consolidación y vigencia plena de los principios liberales que constituyeron su bandera durante la campaña militar y política.

Creo que el hecho de que San Martín nunca haya retornado a la Argentina es por demás elocuente y demostrativo del nulo interés que tuvo de radicarse en nuestra tierra, puesto que lo que cuenta Mitre sobre su frustrada intención de hacerlo en 1829^[23] —ni siquiera llegó a desembarcar— no representa gran cosa como manifestación de su voluntad en ese sentido.

Por lo demás, en esa ocasión Lavalle le ofreció el gobierno de Buenos Aires a través de dos enviados especiales que lo visitaron en Montevideo, pero San Martín lo rechazó invocando que «jamás se mezclaría en las guerras civiles que enlutaban a sus compatriotas»^[24].

Esa respuesta de San Martín es plausible y se corresponde con otras expresiones del mismo tenor que hiciera en ocasiones anteriores. Pero esa postura permanente del prócer, aparentemente ponderable, es también sospechosa porque no tuvo ningún recato en apartarse de ella cuando tuvo que intrigar y actuar en litigios domésticos cuyo desenlace y consecuencias eran vitales para llevar adelante el plan elaborado y encomendado por los ingleses.

Así fue en octubre de 1812 cuando encabezó el golpe de Estado que desalojó del poder al primer triunvirato, para colocar en su lugar a hombres que respondieran a los dictados de la logia cuya matriz estaba en Londres —primera etapa del Plan Continental— (véase capítulo V); también cuando inteligentemente movió las piezas del tablero político de Mendoza para mantenerse al frente de la gobernación de Cuyo en 1815 porque, como en el caso anterior, constituía otro hito ineludible de ese plan (véase el capítulo VIII), y, por último, cuando en 1819 desobedeció al gobierno de Buenos Aires que reiteradamente le ordenó volver al Río de la Plata con sus tropas

para hacer frente a la amenaza montonera y a una eventual invasión española. Más adelante veremos que San Martín no obedeció al Directorio no ya «porque sentía invencible repugnancia a tomar parte en la cuestión intestina», como lo afirma Mitre^[25], sino porque debía acatar las órdenes de quienes realmente eran sus superiores —los ingleses— que le indicaban embarcarse con lord Cochrane para tomar Perú (véase el capítulo VIII).

Tampoco puede quedar al margen de este comentario el hecho conocido como el «Acta de Rancagua», trama urdida por San Martín y la logia chilena en 1820 para mantenerlo con aparente legitimidad al frente del Ejército de los Andes, ante la caída del Directorio y la consecuente anarquía imperante en Buenos Aires. Este punto, como está relacionado con la famosa «desobediencia de San Martín», lo abordaremos nuevamente al tratar ese tema en el capítulo VIII.

Pero retomemos el asunto que nos ocupaba y veamos qué fue lo que habría motivado a San Martín a radicarse en Europa. Utilizo el modo potencial porque nuevamente debemos transitar la senda de las conjeturas pues el general mostró en todo momento una personalidad hermética, misteriosa, y su acción siempre estuvo en consonancia con esas características. El sigilo, el secreto, permanentemente impregnaron su vida, y esta etapa de su existencia no escapó a esas particularidades.

Si observamos detenidamente las visaciones de los pasaportes de San Martín^[26], veremos que buena parte de sus traslados se efectuaban hacia y dentro de Bélgica y ello no habría respondido, precisamente, a la «necesidad de completar la educación de Mercedes cuanto por lo barato del país y libertad que se disfruta»^[27]. Parece ser que en esos tiempos la vida en Bélgica era cara y la libertad no constituía un bien que abundara demasiado allí.

Si unimos lo apuntado a las alternativas políticas que por ese entonces se sucedía en Europa, veremos que San Martín no habría estado desvinculado de las actividades que la Logia La Parfait Amitié realizaba en Bélgica, porque «los liberales del mundo —como dijo alguna vez San Martín— son hermanos en todas partes»^[28].

Pérez Amuchástegui señala que la mencionada logia entregó en 1825 a San Martín «una constancia de su admiración». El general, «como es sabido», agrega, «actuó en las logias de Cádiz, Londres, Buenos Aires, Mendoza, Santiago de Chile y Lima. La época de constitución de la logia belga coincide con la de las gaditanas, y es muy probable que, como éstas, derive del Gran Oriente Escocés que se expandió para atacar a Napoleón. Ahora, la logia belga honraba a San Martín, es obvio que [...] tenía que estar vinculado a esa hermandad para que le honrase [...] Y esto mismo es índice de que San Martín *hizo en Bruselas algo más que turismo*, y de que sus amables charlas de “mesa redonda” en el café a que estaba abonado según testimonio de Miller, giraban en torno de temas más positivos que el de la educación de Mercedes Tomasa»^[29].

El mismo autor apunta que «Inglaterra fue, a su hora, la gestora del reino de los

Países Bajos, porque se lo aconsejaban diversos intereses y sobre todo su seguridad. Pero en la década de 1820-1830 invirtió Inglaterra grandes capitales en Bélgica para el establecimiento de la industria de máquinas y la explotación de yacimientos carboníferos. De allí que se acentuaron considerablemente los intereses británicos en Bélgica. Suplantada la influencia económica de Francia, Inglaterra miraba ahora con buenos ojos la independencia belga, cuya alianza le brindaría el control de un punto neurálgico y le posibilitaría el eventual desembarco en el continente...»^[30].

Es sabido que Bélgica se independizó en 1830 y ello, como quedó dicho, interesaba sobremanera a Inglaterra. Curiosamente, San Martín no solamente estuvo radicado en ese país durante los años que precedieron a la independencia belga, sino que también estuvo vinculado a una logia, La Parfait Amitié con asiento en ese país, hermanada aparentemente con el Gran Oliente Escocés matriz de la Lautaro. ¿No es ello sugerente? ¿No habrá trabajado en ese periodo en pos de la independencia de Bélgica, por la cual estaba interesada Inglaterra?^[31]

No parece una hipótesis trasnochada dadas las circunstancias reseñadas, aunque, naturalmente, sobre la base de estos pocos datos no sería serio sacar conclusiones asertivas acerca de ello. Sirve, sin embargo, para exhibir otro punto oscuro o poco transparente, si se quiere, de la vida de San Martín.

Lo cierto es que el prócer no tuvo un exilio miserable ni mucho menos, y que tampoco hizo «una vida retirada y chata» como él contaba a sus amigos Guido, Chilavert, García del Río, Molina, etcétera^[32].

Aun cuando todo lo hecho por San Martín se halla inmerso en la oscuridad, en el misterio, Julio César Chávez afirma que en Europa San Martín «trabajó primero en favor del reconocimiento de la independencia sudamericana por Inglaterra —y los consiguientes tratados comerciales— y luego en procura de la destrucción de la Santa Alianza»^[33].

De esa frase entre guiones, dicha como al pasar, se desprende que San Martín habría sido uno de los que gestaron el tratado de «amistad, comercio y navegación» suscripto el 2 de febrero de 1825 con Inglaterra, que lo exigió como condición del reconocimiento de nuestra calidad de nación soberana.

Ello, en realidad, no debería sorprender a nadie porque si San Martín fue uno de «los grandes dirigentes» de las logias hispanoamericanas «relacionadas estrechamente con los intereses económicos de Gran Bretaña», y en esos tiempos estaba en íntimo contacto con las altas esferas del gobierno inglés^[34], no es antojadizo pensar que para conseguir que Gran Bretaña nos considerara como país independiente haya propiciado la firma de ese tratado.

Ahora bien, en ese caso, si aceptamos como un hecho posible o verdadero esa gestión de San Martín, no sé hasta qué punto debemos estarle agradecidos porque, si bien es cierto que el reconocimiento de Inglaterra era importante para nosotros, no es menos cierto que ese tratado no fue un ejemplo de equidad, de ecuanimidad, de reciproca conveniencia, sino justamente todo lo contrario.

Sus antecedentes datan de principios de ese siglo porque la expansión comercial de Gran Bretaña en Sudamérica había tomado cuerpo desde ese tiempo a raíz de la pérdida de Estados Unidos y del bloqueo que a sus productos impuso Napoleón en 1804. Ello tornó imperiosa la búsqueda de otros horizontes.

Ya antes de las invasiones a Buenos Aires de 1806 y 1807 algunos ingleses intentaron fortuna en estos lugares y después de esos acontecimientos bélicos, a pesar de su fracaso militar, se amplió mucho más el tráfico de mercaderías procedentes de Inglaterra, en especial a partir de la alianza con España de 1809 para combatir a Napoleón.

Sin embargo, para consolidar y ampliar ese flujo mercantil de ida y vuelta, los británicos precisaban establecer las bases formales del caso. El mejor camino para ello era la firma de un tratado que estuviese presidido por dos principios muy caros a los comerciantes londinenses: el de libertad de comercio y el de libertad de navegación.

En rigor de verdad, la suscripción de ese instrumento con nuestro país fue la culminación de una larga, paciente pero tenaz política de infiltración que practicaron los ingleses por la vía pacífica tras las derrotas sufridas en Buenos Aires. La renuncia a la acción directa se remonta al 1 de mayo de 1807, fecha del «memorial» elaborado por el entonces ministro de Guerra británico, Castlereagh, más tarde canciller, en el que daba su opinión acerca de la manera de conseguir los objetivos que le interesaban a Inglaterra, que no eran otros que los de ampliar sus fronteras comerciales. Pero este tema, el de los medios o la forma de lograr el fin buscado, será objeto del próximo capítulo.

Sobre el carácter inicuo del convenio de 1825 nada es más ilustrativo que un trabajo del famoso dibujante y humorista Oscar Conti, más conocido como Oski; con su fino intelecto lo condena sutil y sarcásticamente con un breve comentario puesto al pie de las caricaturas de los firmantes del documento. Lo publicó *La Nación* el 27 de abril de 1986 y vale la pena transcribirlo:

En 1825, la Argentina e Inglaterra firman un tratado por el cual los barcos de ambos países tienen libre acceso a los puertos del otro para fines comerciales. El único inconveniente para la Argentina es no tener barcos.

La lucidez que exhibe el párrafo me exime de ahondar la crítica de ese hecho político internacional que dio base jurídica a la incipiente dominación comercial inglesa que se iba a consolidar y prolongar hasta nuestros días.

No creo, por ello, que haya sido una casualidad que las corporaciones mercantiles de Banff, Escocia, obviamente interesadas en hacer negocios jugosos, designaran a San Martín, en 1824, «ciudadano libre y miembro de las guildas del Real Burgo de esa ciudad» (véase el capítulo VI).

Curiosamente, esa misma distinción la recibió en 1812 George Canning, «fervoroso partidario de la independencia de Hispanoamérica»^[35] promotor de estos

tratados, que también suscribieron otras excolonias españolas (México, Colombia). Fue este hombre el que designó a Woodbine Parish cónsul general de Buenos Aires en julio de 1823, quien en definitiva firmó por Inglaterra el tratado con nuestro país en febrero de 1825.

Otra coincidencia —y son tantas— es la del parentesco entre ese Woodbine Parish con Juan y Guillermo Parish Robertson, otros dos ingleses que estuvieron mezclados en negocios nada claros. Por ejemplo, el escandaloso empréstito con la casa bancaria Baring Brothers & Co., que Rosa califica de «estafa a Buenos Aires»^[36].

Añade Rosa que la familia Parish era una de las «especializadas» en asuntos hispanoamericanos^[37]. Y San Martín, como veremos en el capítulo VI, a los hermanitos Parish Robertson los contaba entre sus amigos.

En fin, pienso que no vale la pena seguir indagando sobre las actividades de San Martín en el exilio porque lo reseñado en este capítulo, unido a lo expuesto en los anteriores con respecto a su llegada al Río de la Plata y a su partida en Lima, sirve como muestra de algunos flancos poco transparentes o de difícil explicación de pasajes importantes de su vida.

Y digo que no vale la pena porque si bien esas apreciaciones fueron hechas sobre bases fácticas inatacables y con fuentes bibliográficas insospechables, son esencialmente conjeturales y por ende, equívocas. Por ello no bastan ni para empezar a cuestionar la labor del general en tierra americana. Sirvieron, eso sí, como génesis de mis sospechas, de mis dudas.

Es preciso, entonces, que —basándonos en esos antecedentes, dándoles nada más que un mero valor indiciario— incursionemos en otros sucesos, aquéllos que categóricamente desnudan la trama británica y que prueban sin discusión que la campaña político-militar ejecutada por San Martín fue en cumplimiento de un proyecto elaborado en Londres por la masonería.

Vayamos al análisis de esos acontecimientos.

CAPÍTULO IV

EL APETITO INGLÉS.

LOS PRINCIPIOS Y LA INTRIGA POLÍTICA

Un punto de partida interesante para el examen crítico de los hechos y acciones que tuvieron como protagonista principal a San Martín es establecer si la Corona británica, a causa de las derrotas infligidas por los porteños en 1806 y 1807, excluyó a América del Sur del inventario de eventuales posesiones coloniales, o si, por el contrario, agudizó su entendimiento para potenciar las posibilidades de conquista y actuó en consecuencia.

Ninguno de los libros de historia más conocidos trata el asunto desde esa perspectiva, al menos los que han pasado por mis manos. Nadie, que yo sepa, ha planteado en estos términos el estudio de la campaña militar de San Martín y la acción política por él desplegada.

En mi opinión, no es posible desvincular aquellos episodios bélicos de los acontecimientos que tuvieron lugar después del 9 de marzo de 1812 —fecha de la llegada de San Martín a Buenos Aires procedente de Londres—, porque no puede sostenerse con seriedad que por los reveses de 1806 y 1807 los ingleses desistieron de su objetivo y archivaron sus planes de incorporar al patrimonio imperial territorios tan ricos y apetecibles.

Quien así piense desconoce profundamente la historia de Inglaterra y particularmente el espíritu británico.

Se trata, sin duda, de un pueblo guerrero, aventurero, tozudo, amante de empresas difíciles y grandiosas; gracias a ello, a su inteligencia, a su tenacidad y a sus muy escasos escrúpulos, fueron capaces de dominar buena parte del mundo durante años.

Cualquier libro de historia nos informa sobre las campañas e incursiones que hicieron por todos lados en procura de nuevas conquistas. En esos tiempos sus innumerables barcos de guerra, corsarios y mercantes navegaban cada uno de los mares buscando presas por doquier. Y Sudamérica no era para ellos una presa cualquiera. Estos lejanos lugares se habían convertido en una suerte de obsesión para los más empinados personajes de la *city* londinense. Para muestra basta un botón; sin embargo, tenemos dos como prueba de su extraordinario apetito por estas tierras.

En 1806, cuando tuvo lugar la primera expedición al Río de la Plata, los ingleses emplearon seis naves de guerra y unos mil seiscientos hombres. La derrota de Guillermo Carr Beresford hizo que al año siguiente viniera una poderosa escuadra al mando del general Juan Whitelocke, con once mil hombres, para apoderarse de

Buenos Aires; pocos meses antes el general Samuel Auchmuty, al frente de otra importante guarnición, había tomado Montevideo.

Como puede verse, no fue mezquino el esfuerzo que hicieron para lograr su propósito de ocupación. Por ello me parece absurdo pensar que los ingleses desistieran de sus proyectos. Dos fracasos militares no fueron suficientes para amilanarlos, pero sí para cambiar su estrategia, porque no pasaba por sus cabezas que quedara fuera de sus dominios un continente como el nuestro que podía proporcionarles por mucho tiempo todo lo que ellos precisaban: materias primas, frutos y productos de toda clase para llevarse y manufacturas industriales de sus fábricas para traer.

Pero no solamente la envergadura de las operaciones militares llevadas a cabo en 1806 y 1807 refleja la magnitud de sus apetencias. Al respecto viene bien transcribir aquí el elocuente discurso pronunciado en 1822 por el marques de Landsdowne al tratarse en el Parlamento británico el reconocimiento de la independencia de los nuevos Estados sudamericanos. Dijo en esa oportunidad:

La grandeza e importancia del asunto de que voy a ocuparme es tal que rara vez se habrá presentado mayor ni igual a la consideración de un cuerpo político. Los resultados se extienden a un territorio cuya magnitud y capacidad de progreso casi abisma la imaginación que trata de abarcarlos: extiéndese a regiones que llegan hasta los 37 grados de latitud norte a los 41 grados de latitud meridional, es decir, una línea no menor que la de toda África, en la misma dirección, y mayor anchura que todos los dominios rusos de Europa y Asia. Estas regiones están cruzadas por ríos majestuosos, con tal variedad de climas y con tan templados efectos de los calores ecuatoriales, gracias a las cadenas de montañas que las atraviesan, que la naturaleza se ve allí dispuesta a producir, como en compendio, *cuanto hay demás apetecible en el mundo*^[38]...

Ya recordamos en el capítulo anterior que el reconocimiento de nuestra independencia política por parte de Gran Bretaña estuvo sujeto a condición, que no fue otra que la firma del tratado de «amistad, comercio y navegación» suscripto en 1825. No voy a insistir sobre sus términos leoninos e inconvenientes para nuestra economía, pero es obvio que el aludido marqués no propiciaba el reconocimiento de los nuevos países por simpatía hacia nosotros sino por el rédito incalculable que tendría Inglaterra con la firma de tratados como el mencionado.

Estos escasos pero significativos datos de la realidad, incuestionables, por cierto, sirven para tener por probado que el apetito inglés no desapareció ni podía desaparecer con la rendición de Whitelocke de 1807. Creo, por el contrario, que fue aumentando con el correr del tiempo y nunca decreció. Sólo que para satisfacerlo decidieron comerse el banquete sudamericano utilizando buenos modales, sin hacer ruido, muy discretamente. Lo hicieron tan bien, con tanto sigilo, que ni nosotros, dueños de casa, nos pudimos enterar.

Es por todos sabido que hay muchas formas de apoderarse de la riqueza existente en otros países. Una de ellas es la guerra frontal, otra es la intriga política. Esto no es novedoso ni mucho menos.

El medio directo no sirvió en el Río de la Plata, y por ello los ingleses

abandonaron los «fierros» y la pólvora para echar mano a otros expedientes menos espectaculares y estrepitosos pero más eficaces y ventajosos.

Y optaron por la intriga, es decir, según reza el diccionario, por el manejo secreto de la cosa para conseguir el fin buscado.

Los ingleses sabían y saben muy bien que la política, mejor dicho, su política, aquélla que persigue la formación de imperios para sojuzgar pueblos y exprimirlos, necesita de dirigentes que sean capaces, pero fundamentalmente capaces de conjugar los verbos más deleznable: matar, sobornar, corromper, torturar y, naturalmente, intrigar. Además, sabían y saben mejor que para conjugarlos óptimamente, esos dirigentes, sean hombres o mujeres —Margaret Thatcher es un buen ejemplo—, deben estar inyectados con dosis suficientes de cinismo, de hipocresía y de astucia, de modo tal que sus acciones y actitudes aparezcan sublimes a la vista de todo el mundo y, eso sí, realizadas por principios, como todo lo que hacen los ingleses.

Bernard Shaw, ese extraordinario escritor irlandés, describió magistral mente la idea: «Nunca encontrarás un inglés que no tenga razón: todo lo hace por principios; te guerrea por principios patrióticos; te esclaviza por principios imperialistas; te oprime por principios de fuerza; te roba por principios de comercio; sostiene a su rey por principios de lealtad y lo decapita por principios democráticos».

¡Y cómo iban a apartarse de esa regla principista para conquistar Sudamérica! ¡Hubiera sido una herejía inaceptable!

Pero ¿a qué principios recurrir? Ésa era la cuestión, hubiera dicho Shakespeare.

Los principios imperialistas y los de fuerza fueron desechados porque la experiencia así lo aconsejaba. Mas no era tarea fácil consumir designios espurios cual si fueran excelsos y, además, no ser descubiertos. Como era patente que no podían dar la cara, resolvieron poner en la escena política y militar porteña a los americanos más capaces.

Pero ¿cómo obtener su concurso y adhesión sin despertar sospechas y recelos? Es aquí, entonces, cuando aparecen los dichosos principios: libertad, independencia, república, constitución, etc., palabras mágicas que no podían sino seducir a quienes ya luchaban por tales ideas.

Por definición todo intrigante es un simulador y actúa en secreto, enmascarado, modalidad esencial para el éxito del intento que emprende.

Con vestuario y maquillaje adecuados, los británicos se disfrazaron de vieja bondadosa para tejer con suma paciencia la trama estrecha que nos envolvería suave e imperceptiblemente^[39].

Como los principios no caminan solos, era preciso proporcionarles el andamiaje del caso y fue así como entraron en acción las conocidas logias secretas, valga la paradoja.

Voy a dejar por un momento mi propio discurso para ceder el paso a la historia oficial. En *Historia argentina*, de Julio Aramburu, libro con el cual estudié en el secundario, leemos: «Fuera de la parte militar. San Martín tenía el propósito de

fundar una logia política en Buenos Aires con el fin de trabajar por la libertad de América, *cuya sede central estaba en Londres, de donde partían las comunicaciones*, y otro centro como filial en Cádiz. La Logia Lautaro, cuyo nombre fue dado en homenaje al jefe araucano muerto en 1557, era una *sociedad secreta* del mismo carácter que las logias masónicas, siendo sus miembros iniciados por el ritual de esas asociaciones secretas. La logia tenía una acción autónoma *debiendo ser americano* para formar parte en la misma y haberse distinguido por la liberalidad de las ideas y por el fervor de su celo patriótico». Y continúa: «Su programa estaba en la “Independencia” y la “Constitución republicana” y su juramento se identificaba con el del sistema de las logias revolucionarias de Francia y de los carbonarios de la vieja Italia. El primer presidente de la Logia Lautaro fue *Alvear*, vice, *San Martín*, y secretario, *Zapiola*. El objeto de la logia estaba definido en trabajar por la independencia y a sus principios se plegaron *Castelli, Monteagudo, Anchoris, Agrelo* y otros patriotas del partido morenista»^[40].

El subrayado es mío y sirve para poner de resalto los nombres de los más importantes de sus integrantes y también los aspectos esenciales que caracterizaban la asociación, a saber:

1. su cabeza o centro neurálgico estaba en Londres;
2. los ejecutores de la misión debían ser *americanos*;
3. era secreta;
4. sus objetivos se basaban en *principios inobjetables*.

¡Cómo los ingleses se iban a olvidar de ellos!

Me pregunto cuál era la razón del secreto de la logia. Si sus principios eran inatacables, sus ideas enaltecidas y sus acciones tendían exclusivamente a forjar la libertad de América y la felicidad de sus habitantes, ¿por qué tanto sigilo?, ¿qué era lo que tenían que ocultar?

Y también me pregunto ¿por qué sus integrantes *debían ser americanos*?

La respuesta en este caso es muy clara y pone luz, también, al interrogante anterior: se trataba del disfraz, de la máscara tras la cual se ocultaba el rostro de la genial Albión que, sonriente, movía las piezas del tablero sudamericano frotándose las manos después de cada jugada. La cara, el pecho y la sangre debían ser americanos. El cerebro, las armas y equipos militares que nos vendían y los préstamos de dinero que necesitáramos para pagarlos corrían por cuenta de los británicos.

Como podemos ver, ¡fieles a sus sagrados principios, se jugaron enteros por nosotros!

Al igual que el veneno mezclado en un manjar, la intriga, insidiosa, penetra honda e inadvertidamente en las entrañas escudándose en su apariencia inofensiva.

En el caso de la Logia Lautaro, que gobernó secretamente la política de la

Argentina, Chile^[41] y también Perú, su nombre, su sigilo y su barniz americano —por la nacionalidad de sus integrantes—, y americanista —por sus fines— proporcionaban a sus miembros pasaporte visado de inocuidad pues no dejaba ver la excelente falsificación inglesa.

A los logistas residentes en el Río de la Plata se incorporaron los que provenían de Londres debidamente adoctrinados e instruidos sobre los pasos que debían seguir tanto en lo inmediato como tiempo después.

Pocos meses bastaron para que los ingleses a través de la Lautaro tomaran las riendas de la dirección política y militar con la eficacia digna de un relato minucioso.

Ya veremos más adelante que esa organización no solamente ejerció influencia decisiva en la vida política criolla en todos los lugares donde era preciso imponer determinados cursos de acción (Buenos Aires, Mendoza, Chile, Perú), sino que dirigió todos los movimientos de San Martín según el programa trazado en Inglaterra.

Pero no apuremos tanto el paso y veamos cómo describen nuestros historiadores estos episodios.

CAPÍTULO V

LA LOGIA TOMA EL PODER. PRIMER GOLPE DE ESTADO EN EL PAÍS

Como anticipé en el capítulo anterior, voy a recrear los acontecimientos políticos vividos en Buenos Aires en 1812 a través de los párrafos más interesantes de los textos que representan, sin duda, la expresión oficial de nuestra historia.

Sin mayor esfuerzo intelectual advertiremos que ellos reflejan la total coherencia de los movimientos logistas en orden al cumplimiento del plan estructurado por la masonería londinense, cuya primera etapa preveía, lógica y necesariamente, la toma del poder político en el Río de la Plata para luego, con el control y apoyo incondicional del gobierno por ellos establecido, dirigir y desarrollar sin escollos el plan militar inglés que tenía como mira desalojar a los españoles como potencia colonial y entronizar su dominio económico, fin último y único de sus desvelos.

El antecedente inmediato de la toma del poder por la Logia Lautaro está dado por la llegada de San Martín a Buenos Aires, procedente de Londres, donde habría sido ascendido al *quinto grado masónico* por la Gran Reunión Americana, organización madre de varias logias de América y España, «en las que se formaba neófitos con alma de apóstoles para llevar adelante la maravillosa obra de regeneración de los pueblos»^[42].

Así nos cuenta el autor de *Ideología y acción de San Martín*, Pérez Amuchástegui, la llegada de quien sería «uno de los *grandes dirigentes* de las logias hispanoamericanas [...] relacionadas estrechamente con los *intereses económicos de Gran Bretaña*»^[43]. Veamos.

El 9 de marzo de 1812 llegó a balizas del puerto de Buenos Aires un núcleo de iniciados en la logia de Londres, entre los cuales se destacaba la esbelta figura de ese teniente coronel retirado con fuero militar que había pedido pasar a Lima para cuidar sus intereses. Es posible que la *organización madre* [léase Londres] haya resuelto modificar los proyectos de la filial gaditana, confiando a San Martín y a sus acompañantes la difícil tarea de dominar el movimiento rioplatense para encauzarlos hacia el plan hispanoamericano. [...]

Con San Martín arribaron a Buenos Aires otros logistas, de los cuales se ocupó *La Gaceta* del 13 de marzo, indicando que llegaban a prestar sus servicios a la patria y que, por ello, merecían consideración. El 16, ya los jefes del estado mayor habían informado favorablemente sobre las condiciones castrenses del recién llegado San Martín, y el triunvirato le confería el grado de teniente coronel por sus relevantes conocimientos militares, *encomendándole la creación de un cuerpo de caballería modelo...*^[44]

Inadvertidamente, con esa decisión, el primer triunvirato labraba de hecho su propia acta de defunción. De ello nos ocuparemos más adelante; sigamos, ahora, con

la narración de Pérez Amuchástegui.

... para asegurar el buen suceso de sus gestiones, necesitaba San Martín algo que lo jerarquizara socialmente en esta chata Buenos Aires que, sin aristocracia genuina, procuraba cerrar las puertas en las narices a todo aquel que no fuera decente: su matrimonio con la empicada niña María de los Remedios Escalada y de la Quintana, realizado el 12 de setiembre de 1812 dio a San Martín la ubicación social que no podrían brindarle ni el grado de militar ni la eventual fama de sus hechos. Con esto no se afirma ni se niega nada en cuanto al amor de los flamantes cónyuges; simplemente, se apunta que este romance relámpago con la quinceañera porteña fue beneficioso para alcanzar la posición espectable que San Martín necesitaba, sobre todo en los comienzos de su actividad en América. Mientras organizaba el cuerpo de granaderos y rondaba la casa de Escalada, tenía San Martín otra ocupación importantísima: la organización de una filial básica de la Gran Reunión Americana, cristalizada en la Logia Lautaro. Un curioso apunte manuscrito de O'Higgins reproduce la constitución de la logia chilena, adaptando el texto de la matriz ele Buenos Aires. Según esa fuente, la logia se constituyó por la falta de sistema y combinación entre los dirigentes del movimiento emancipador, quienes hasta entonces actuaban «casi sin otro designio que el que indicaban las circunstancias, los sucesos y los accidentes».

Y continúa el autor:

La organización era férrea, hasta el extremo de que cada uno de los *diecinueve miembros* respondería *con su vida por el sostenimiento de las determinaciones de la logia*, y muy especialmente el «hermano» que fuera elegido para el supremo gobierno, quien no podría deliberar cosa alguna de grave importancia sin haber consultado el parecer de la 0-0 (logia). Naturalmente, los hermanos tenían por objeto trabajar «con sistema y plan en la independencia de la América y su felicidad». [...]

Un interesantísimo aspecto, que concurre a entender mejor la ideología de los lautarianos, se apunta en el artículo 13 de las constituciones: «Partiendo del principio que la 0-0, para consultar los primeros empleos, ha de pesar y estimar la *opinión pública*, los H-H [hermanos], como que están próximos a ocuparlos, *deberán trabajar en adquirirla*».

En cuanto a la presunta irreligiosidad o religiosidad de sus miembros, es interesante la limitación del artículo 5° , según la cual no podría ser admitido más eclesiástico que *uno solo*, aquel que se considere de más importancia por su *in flujo y relaciones*. [...] A la Logia Lautaro pertenecieron todos los personajes relevantes que dominaron la situación en 1812. Y como era preciso asumir el poder para llevar adelante, sin pérdida de tiempo, *los planes hispanoamericanos de independencia y unidad*, se apuraron las acciones y se aprovechó hábilmente la falta de visión estratégica y el fraude electoral del primer triunvirato, para destruir a los miembros *no logistas*, con Rivadavia a la cabeza, e imponer un nuevo gobierno que respondiera a la logia.

Seguidamente, Pérez Amuchástegui hace referencia a la revolución del 8 de octubre de 1812, a partir de la cual, sostiene, «comenzó a perfilarse la adhesión del Río de la Plata a los planes de la Gran Reunión Americana, a través de la ideología y la acción de los hermanos de la Logia Lautaro»^[45]

Antes de abordar el episodio del 8 de octubre, mal llamado «revolución» porque simplemente se trató de un golpe de mano o golpe de Estado —el primero ocurrido en el país—, me parece oportuno formular algunas reflexiones sobre la Logia Lautaro y su madre, la Gran Reunión Americana, aun cuando el relato de Pérez Amuchástegui hable por sí mismo sobre lo que interesa establecer.

En primer lugar, debo manifestar mi asombro por la curiosa conclusión a que arriba el citado historiador sobre los fines —«ideas rectoras», dice— de la acción de los cofrades de la Gran Reunión Americana: «*Asegurar la unidad política de las antiguas colonias hispanas para constituir un país poderoso, rico y prometedor, cuyas*

relaciones comerciales interesaran positivamente a la Gran Bretaña...»^[46].

Esto de asegurar la *unidad política* se aproxima mucho a una tomadura de pelo, porque todos sabemos que el mapa político de la América española fue rápidamente dividido, atomizado, gracias a la eficaz acción de San Martín y sus cofrades.

Las logias, las sociedades patrióticas infiltradas por los hermanos, propiciaron y forzaron la creación de Estados pequeños. Estos países nuevos nacieron pobres, débiles y sin mayor futuro, porque el caos y la anarquía iban a hacer presa de ellos.

Paralizados por su propia impotencia, por el desconcierto inevitable que provocaría la transición de un régimen de sometimiento, de esclavitud, de servidumbre, monárquico, a otro de libertad, de igualdad, republicano, iba a ser aprovechado hábilmente por los ingleses para tender sus redes por todo el continente sudamericano y cosechar durante muchos años los mejores frutos.

Pero dejemos, por ahora, este aspecto que será analizado más adelante, y prosigamos con la Logia Lautaro, sus características, sus fines —los declarados y los ocultos—, su estructura, su manera de operar, etcétera.

Es evidente que se trató de una organización sumamente poderosa, vertical, jerárquica, que desde Londres dirigía la acción de todos sus miembros —San Martín entre ellos, por supuesto—, sobre la base de una rigurosa disciplina.

El no acatamiento de las reglas de ordenamiento interno por parte de alguno de los hermanos podía, en determinadas circunstancias, conllevar la muerte. Primero estaba la logia y sus fines. Ello nos da la pauta de la severidad y rigidez de la asociación a la cual se podía ingresar después de pasar un fino tamiz, tamiz que —dadas las modalidades del estatuto de la institución— se convertía en un muro o barrera imposible o difícil de franquear en caso de querer salirse de ella.

Era una hermandad de por vida y por su gradación, por su orden vertical, las decisiones adoptadas por la autoridad superior debían ser acatadas sin discusión por los miembros inferiores.

José María Rosa, en su *Historia argentina*, dice, entre otras cosas, que los «hermanos elegidos para una función militar, administrativa o de gobierno deberían asesorarse por el Consejo Supremo en las resoluciones de gravedad y no designar jefes militares, gobernadores de provincia, diplomáticos, jueces, dignidades eclesiásticas, ni firmar ascensos en el ejército y marina *sin previa anuencia de los “venerables” del último grado*, que serían así el *verdadero gobierno del país*. Tanto más fuerte y temible cuanto era oculto».

Y continúa Rosa:

Era la ley primera «ayudarse mutuamente, sostener la Logia aun a riesgo de la vida, dar cuenta a los “venerables” de todo lo importante, y *acatar sumisamente las órdenes* impartidas. [...] La revelación de los secretos, aun de los nimios, estaba custodiada por tremendos castigos que llegaban a la “*pena de muerte*” por cualquier medio que se pudiera disponer».

El iniciado estaba sujeto [como a su pesar lo estaría San Martín el resto de su vida) a una palabra que obligaba a su honor, más valiosa para él que la vida misma. En caso de contrariar a la logia, la persecución y el desprecio de los hermanos lo seguirían en los menores actos de su vida en absoluto e inexorable

boicot. Si quería librarse de esa persecución y al mismo tiempo alejarse de la logia, el solo remedio era «dormirse» —en términos masónicos— quedando desligado del voto de *obediencia* pero 110 de los de *silencio y fraternidad* (obligación de no perseguir a los integrantes de la entidad)^[47].

Y ya que hablamos del significado masónico de «dormirse», debo señalar que Rosa se equivoca gruesamente cuando sostiene que San Martín adoptó esa actitud al tiempo que «la Asamblea establecida por la revolución de octubre de 1812, y controlada por la Lautaro, no quiso declarar la independencia», alejándose de la política «prefiriendo la carrera militar, de la que también debió alejarse en 1814 para esconderse en el exilio de la gobernación de Cuyo»^[48].

Ya veremos que todos esos movimientos los hizo bien «despierto», lo mismo que su famosa «desobediencia» de 1819, a la que también alude Rosa, porque se trataba del camino trazado por los «venerables» de Londres desde mucho tiempo antes.

Sobre la *manera de obrar* de la Logia Lautaro, es bueno que citemos a Mitre; que al respecto dice: «Un núcleo poderoso de voluntades, una organización metódica de todas las fuerzas políticas, que obedeciese a un mecanismo y una dirección inteligente y superior que *dominase colectivamente las evoluciones populares y las grandes medidas de los gobiernos, preparando sucesivamente entre pocos lo que debía aparecer en público como el resultado de la voluntad de todos*, tal fue el plan que San Martín concibió y llevó a cabo por medio de la organización de una institución *secreta*, ayudado eficazmente por su compañero Alvear...»^[49].

Y a renglón seguido, continúa:

De esa concepción sencilla deducida de la táctica y de la disciplina, y calcada sobre el plan de las sociedades secretas de Cádiz y de Londres (...) nació la organización de la célebre asociación [...] que tan misteriosa influencia ha ejercido en los destinos de la revolución.

La Logia Lautaro se estableció en Buenos Aires a mediados de 1812, sobre la base ostensible de las logias masónicas reorganizadas, reclutándose en todos los partidos políticos, y principalmente en el que dominaba la situación.

La asociación tenía varios *grados de iniciación*... En el primero, los neófitos eran iniciados bajo el ritual de las logias masónicas que desde antes de la revolución se habían introducido en Buenos Aires y que existían desorganizadas a la llegada de San Martín y Alvear. Los grados siguientes eran de iniciación política en los propósitos generales.

Concluye el párrafo diciendo:

Detrás de esa *decoración* que velaba *el gran motor oculto*, estaba la *Logia Matriz*, desconocida aún para los iniciados en los primeros grados y en la cual *residía la potestad suprema*^[50]

Acerca de esta faceta de la logia y sobre la ubicación jerárquica de San Martín en ella, es más explícito Rosa, quien escribe lo siguiente: «Poco se sabe de la Logia Lautaro, cuyo funcionamiento quedó oculto por juramentos que obligaron, por lo menos, al honor de sus componentes. Salvo aquello filtrado en la correspondencia de sus componentes, las listas de una parte de sus integrantes y la aclaración sobre sus finalidades que haría —bastante tiempo después— el general Zapiola a pedido de

Mitre. Se sabe positivamente que [...] había *cinco grados* en sus componentes; en los primeros, los neófitos eran iniciados en los principios de fraternidad y mutua cooperación; en los superiores se los advertía de las finalidades políticas — independencia y constitución— a cumplirse; *en el último, de obedecer a sus matrices extranjeras*»^[51].

El subrayado es mío y sirve para poner de manifiesto la obligada e indiscutible subordinación de San Martín a las directivas inglesas, porque, como ya vimos, la Gran Reunión Americana lo había admitido en su seno con el grado superior, *el quinto*^[52], o había sido ascendido a ese grado «en una reunión de la logia londinense»^[53].

Lo expuesto nos indica con total transparencia y absoluta certeza que San Martín no solamente no desconocía el «motor oculto» al que alude Mitre, sino que, además, le debía y le guardaba estricta obediencia.

He aquí la explicación de algunas actitudes suyas que con estupor descubrí leyendo a Gustavo Gabriel Levene (*Breve historia de la independencia argentina*) y a Pérez Amuchástegui, cuya obra cité anteriormente. Me estoy refiriendo a la correspondencia epistolar que San Martín mantuvo con el primer ministro inglés, lord Castlereagh, durante la campaña chilena (véase el capítulo VI).

Integra también el listado de hechos sorprendentes, sólo explicables a la luz de su condición de sumiso hermano de la logia inglesa, su famosa «desobediencia», cuando en 1819 no acató las órdenes del Directorio de volver a Buenos Aires.

Ya veremos en el capítulo VIII que San Martín no desobedeció a las autoridades porteñas —a las que teóricamente les debía acatamiento porque su mandato emanaba de ese gobierno—, sino que sólo se limitó a cumplir las órdenes enviadas por quienes verdaderamente eran sus superiores jerárquicos: no hace falta ser muy sagaz para sacar conclusiones sobre quiénes dirigían sus pasos, tanto en lo militar como en lo político.

Dice Mitre:

El objeto *declarado* de la logia era «trabajar con sistema y plan en la *independencia de América* y su felicidad, obrando con honor y procediendo con justicia»^[54].

Llama la atención que Mitre aclare que ése era el objeto «declarado» porque de haber estado convencido de ello se habría referido a los fines, a secas, sin adjetivación alguna.

Esa fachada, aparentemente inocente, pura, muy eficaz y conveniente para captar adhesiones juveniles llenas de vigor, de fuerza, pero también plenas de ingenuidad, escondía objetivos no tan transparentes.

Ya dije que la finalidad era otra: se trataba de reemplazar a España como potencia colonial, pero como ello no fue posible por el camino de las armas, se recurrió a este sutil expediente que resultó por demás efectivo.

Nuestros historiadores no ahondan en este tema tan importante y tratan de explicar la manifiesta infiltración inglesa en la lucha emprendida por los criollos recurriendo a argumentos pueriles.

Hay muchos elementos de juicio que permiten afirmar con total y acabada certidumbre que la presencia británica en tierra sudamericana tuvo una causa motora, de extrema importancia para ellos, que no era sino recomponer su imperio económico sensiblemente disminuido por la pérdida de las colonias estadounidenses y por el bloqueo napoleónico.

Es por ello que su intervención no se limitó a un apoyo moral o principista; tampoco fue simplemente logístico. No cabe ninguna duda de que la *dirección estratégica* de la guerra provenía de Londres y, naturalmente, también venían del mismo lugar las directivas sobre el camino a seguir *políticamente* a medida que la campaña militar fuera ganando territorio.

Triunfar en esta guerra era para los ingleses imperativo y asimismo lo era imponer la división territorial del continente para impedir la formación de un Estado poderoso que pudiera entorpecer su expansión económica, su comercio, su dominio marítimo, y, eventualmente, con el correr del tiempo, competir y confrontar con posibilidades de éxito por la hegemonía mundial que por ese entonces pasaba por Londres.

Por ello no me explico por qué Pérez Amuchástegui, después de afirmar que «las logias tenían [...] intenciones y finalidades estrictamente políticas, y estaban estrechamente relacionadas con los intereses económicos de Gran Bretaña», lo que es indudablemente cierto, a renglón seguido sostiene que «... Inglaterra necesitaba imponer su hegemonía comercial allende los mares» —lo que también es verdad—, pero luego continúa diciendo —y aquí lo incomprensible— que «los hispanoamericanos, *aprovechándose de ello*, le ofrecían esa hegemonía a cambio de su apoyo a sus aspiraciones independentistas»^[55].

Pretender explicar la injerencia inglesa en la lucha contra el colonialismo español a partir de una supuesta *comunidad de intereses* anglo-hispanoamericanos y sostener, además, que los patriotas se valieron de esa circunstancia para obtener el apoyo británico, como si se hubiera tratado de conversaciones, negociaciones o acuerdos entre representantes de Estados constituidos, organizados, de igual o similar poderío y gravitación, que se hacen concesiones recíprocas para la satisfacción de los fines perseguidos por cada uno de ellos, no responde a un criterio racional y objetivo sino a una construcción sofista, fantasiosa, porque si bien es sabido que a los ingleses les interesaba mucho ampliar sus mercados por las razones que apuntamos antes, y a los criollos les era necesario conseguir ayuda militar y financiera para liberarse, también es claro y evidente que fue Gran Bretaña la que venía programando y luchando por conquistar América del Sur. desplegando sus recursos financieros, militares, diplomáticos, etc., para conseguirlo, explotando todas y cada una de las oportunidades y circunstancias que se le presentaban para la consecución de ese

objetivo.

Y esto está holgadamente probado. Las invasiones consumadas en 1806 y 1807 lo acreditan cabalmente, ¿o fueron acaso juegos soldadescos!

En esos tiempos Inglaterra contaba no solamente con la poderosa flota que incursionaba todos los mares y ríos del mundo, sino también con una diplomacia experta, muy preparada, con dirigentes políticos que no le iban a la zaga.

¿Podían esos hombres tener alguna dificultad para ponerse en el bolsillo a los juveniles revolucionarios criollos que no tenían una clara noción de lo que querían o de lo que era mejor para su patria?

Por otra parte, la efervescencia revolucionaria que desordenadamente imperaba en toda América del Sur proporcionó a los británicos un terreno más que propicio para infiltrarse en el teatro de operaciones, actuando en forma solapada u ostensible, según las circunstancias, y alcanzar la meta que se habían propuesto: la desarticulación del territorio colonial español y la formación de pequeños Estados en donde sus agentes crearían las condiciones necesarias para que los negocios y las inversiones inglesas se desarrollaran óptimamente.

Ante ese estado de cosas y por el conocimiento que hoy tenemos de todo lo acontecido en Sudamérica desde esos tiempos hasta hoy en materia de comercio, desarrollo industrial, económico, etc., me parece infantil hablar de un ofrecimiento de hegemonía comercial a cambio de apoyo para lograr la independencia, o de un aprovechamiento criollo de las necesidades inglesas. No hubo ni podía haber negociación sino simplemente imposiciones dictadas por la todopoderosa Inglaterra y una aceptación, seguramente resignada, de los criollos patriotas que en el mejor de los casos creyeron optar por un mal menor sin prever las desgracias que tal ayuda iba a acarrear.

La Gran Reunión Americana y su filial, la Logia Lautaro, fueron los vehículos o los instrumentos que los británicos utilizaron para llevar adelante sus proyectos. El hábil camuflaje hacía difícil, casi imposible, identificar a los mandantes, a los «venerables» residentes en Inglaterra. Quienes daban la cara eran los «hermanos» adiestrados y adoctrinados en Londres que debían ser, como ya dije, americanos.

No quiero decir con esto que todos los miembros de estas sociedades secretas estaban al leal servicio de Inglaterra. No hay duda de que muchos de ellos fueron patriotas que se incorporaron a ellas creyendo de buena fe que era el mejor camino — quizá el único— para concretar su deseo ferviente de ver a su tierra libre de la opresión española.

A esos hombres podrá imputárseles cierta miopía, ingenuidad, o poca sagacidad para descubrir o advertir las intenciones del lobo inglés que, como en el cuento de Caperucita, se vistió de abuela bonachona.

Sin embargo, a pesar de sus errores —hoy resulta fácil detectarlos y señalarlos—, debemos rendirles homenaje por haber luchado con convicción y coraje por una causa justa.

Por otro lado, para la mayoría de los logistas, en especial para los de grados inferiores, por la prolija división funcional de la organización, su hermetismo, sus reglas rígidas y muy severas, resultaba quimérico descubrir los reales fines de la asociación.

Pero sería demasiado inocente pensar que los británicos se valieron solamente de su hipócrita discurso principista para reclutar hombres. Ellos sabían y saben muy bien que para algunos los principios no cuentan y que únicamente los seduce el oro, la ambición de poder, o alguna otra motivación poco honorable.

En ese orden de ideas cabe pensar, sin temor a equivocarse, que los ingleses no podían dejar de recurrir a la venalidad de los hombres o a cualquier otro procedimiento condenable para conseguir la adhesión de americanos útiles a su causa.

Lo difícil es establecer las diferencias, distinguir entre los que fueron realmente patriotas y aquellos que, simulando serlo, trabajaban para Inglaterra.

Y aquí cabe preguntarse: ¿fue San Martín un patriota o tan sólo lo aparentó para poder llevar a cabo la tarea que los ingleses le encomendaron?

Perdóneseme este comentario que me ha apartado del objeto de este capítulo. Volvamos a él.

Con la transcripción que hice de algunos párrafos de las obras de Mitre, Pérez Amuchástegui y Rosa, contamos con un breve pero sustancioso resumen de las facetas fundamentales de la organización que condujo los hilos de la guerra contra la dominación española en América del Sur.

Pasemos ahora al análisis de la primera etapa del plan elaborado en Londres que establecía la toma del poder político por los agentes de la Logia Lautaro, pues, de ese modo, la organización matriz adquiriría el control de los resortes esenciales.

No olvidemos que, de acuerdo con las reglas del estatuto al que debían ajustar su conducta los «hermanos», cualquiera de ellos que fuera «elegido para el supremo gobierno del Estado, no podría tomar por sí resoluciones graves *sin consulta de la logia*».

Ergo, los «venerables» que presidían la organización, una vez que sus agentes disciplinados y obedientes tomaran el poder, iban a tener el manejo discrecional de la cosa pública: recaudación de impuestos, reclutamiento de tropas, dirección de la guerra, etcétera.

Pero para ello, para apoderarse del gobierno, como el procedimiento justo y honorable que dictaba su documento constitucional podía convertirse en un escollo insalvable para lograr ese paso decisivo, optaron por el camino más corto y seguro que no era otro que derribar al primer Triunvirato mediante el uso de la fuerza.

No puedo dejar de remarcar y de admirar la rapidez y la eficacia de los movimientos de San Martín y de sus hombres para concretar esa primera etapa, porque aun cuando no cabe duda de que todo estaba establecido de antemano y que contaron con la ayuda e influencia de los logistas neófitos que residían y operaban en

Buenos Aires desde antes, en escasos siete meses hicieron todo lo necesario —que no fue poco— para tomar las riendas del gobierno.

Dice Mitre al respecto: «La Logia de Lautaro, que era en aquellos momentos el verdadero gobierno y árbitro de la situación, no hizo sino dar forma y dirección al movimiento. Contando con el apoyo de la opinión y con el concurso de la fuerza armada, en su seno se tomaron todas las resoluciones que debían preceder a la acción. El alma de estos trabajos preparatorios era Monteagudo —activo agente de la logia —; San Martín con sus granaderos a caballo el punto de apoyo; Alvear era el intermediario entre los hombres de pensamientos y los hombres de acción»^[56].

Y más adelante, agrega: «... nada debía dejarse al acaso y [...] todo debía subordinarse a una vigorosa disciplina, trazaron un *plan de operaciones*, se distribuyeron los *papeles* que debían representar el *pueblo*, las *corporaciones* y las *tropas*, se designaron las *personas que compondrían el nuevo gobierno*, y hasta se bosquejó con precisión el programa de la futura política, así como las peticiones y manifiestos...»^[57].

A modo de explicación, en otra parte de ese capítulo dice Mitre que «*los logistas no consiguieron desde luego refundir en su seno el personal del gobierno que era una de las condiciones indispensables para extender su influencia y establecer su predominio...*»^[58]. Reviviremos ahora el episodio del 8 de octubre de 1812 —primer golpe de Estado ocurrido en el país— a través de la pluma de Julio Aramburu, porque realmente su versión no tiene desperdicio. Dice el historiador:

... el día 8 de octubre de 1812 se presentaba en la plaza de la Victoria el cuerpo de Granaderos a Caballo bajo las órdenes de San Martín y Alvear, el regimiento de artillería al mando del comandante Manuel Pinto y el regimiento de Infantería del coronel Ortiz de Ocampo. Las campanas del Cabildo se habían echado a vuelo y el pueblo llenaba la plaza, pidiendo a gritos el Cabildo Abierto.

Monteagudo que agitaba la multitud con sus palabras fue el encargado de llevar el petitorio a los cabildantes, pidiendo «bajo la protección de las legiones armadas, la parte más sana del pueblo, que en el acto suspenda la asamblea y cese el gobierno en sus *funciones*, *reasumiendo la autoridad que le delegó el pueblo congregado el 22 de mayo de 1810 y creándose desde luego un Poder Ejecutivo compuesto de las personas más dignas del sufragio público*».

La contestación tenía un plazo de veinte minutos, haciendo responsable de la menor demora y jurando delante del Eterno no abandonar el lugar hasta ver cumplidos sus votos. Entonces los miembros del Cabildo invitaron a comparecer a la Sala de los Jefes Militares para esclarecer el propósito de la reunión popular.

Inmediatamente, subieron al recinto San Martín. Alvear y Ocampo y ante la consulta del presidente del Cabildo sobre el nombramiento de las nuevas autoridades, los jefes respondieron: «Que sin embargo de tener por ciertos los datos de la representación y por justas las quejas del pueblo, ellos y las tropas a su mando no podían intervenir en su formación y el hecho de presentarse en la plaza respondía solamente a *proteger la libertad del pueblo*, para que así pudieran *libremente* expresar sus votos y sentimientos, dándose a conocer de este modo que 110 siempre están las tropas para sostener gobiernos tiránicos; que sabían respetar los derechos sagrados de los pueblos y proteger la justicia de éstos; que con éste y no otro objeto habíanse reunido en la plaza poniéndose a las órdenes del Excmo. Cabildo y que si éste les ordenaba retirarse lo ejecutarían en el acto, suplicando solamente se trabajase por el bien y la felicidad de la patria, sofocándose esas facciones y partidos que fueron siempre la ruina de los Estados».

La actitud de San Martín demostraba la conducta de los jefes de las fuerzas armadas para garantizar con su presencia el libre ejercicio de los derechos del pueblo para elegir sus representantes^[59].

El lector coincidirá conmigo en que el lenguaje de los protagonistas de la asonada exhibe una dosis de hipocresía poco común, y los historiadores, en vez de señalarlo y condenar el hecho por el notorio trasfondo oscuro que destila, se limitan a hacer la crónica del suceso —como José María Rosa^[60], o a exaltarlo —como el autor de mi texto escolar del que extraje los párrafos transcritos—, o como Mitre, que después de describir los acontecimientos los comenta y dice: «Esta revolución, municipal en su forma, fue como la del 25 de Mayo esencialmente nacional y *democrática* en su tendencia. En ella se formuló prácticamente el *principio de la soberanía del pueblo* en la exigencia de la convocatoria de un Congreso general; se rompió con la tradiciones del viejo derecho municipal que daba supremacía a la capital, estableciendo así la perfecta igualdad de representación y derechos, y se dio el primer paso atrevido en el sentido de preparar la independencia y de formular la Constitución de las Provincias Unidas». Los resultados correspondieron en gran parte a las esperanzas. Ésta fue, concluye Mitre, «la primera vez que se vio a San Martín tomar parte directa en un movimiento revolucionario, y sólo por accidente otra vez más tomó parte indirecta en la caída de un gobierno. Encaminada la revolución y establecida la disciplina de la logia creada por él, se alejó para siempre de los partidos militantes en la política doméstica, consagrándose exclusivamente a la realización de sus planes militares contra el enemigo común»^[61].

Ya comprobaremos en un próximo capítulo que ningún paso de San Martín fue «accidental», y menos aún «cuando tomó parte indirecta en la caída de un gobierno». (Mitre alude en este caso a lo ocurrido en Mendoza en febrero de 1815)^[62].

Pero, retomando los conceptos de Mitre sobre el sentido político de lo ocurrido el 8 de octubre, corresponde decir que resulta difícil, casi imposible, conciliarlos con sus propias aseveraciones antes transcritas, porque si todo había sido establecido de antemano, si «nada debía dejarse al acaso», si se había previsto hasta el papel que debía representar el pueblo (léase adictos a la Logia), si en las reuniones previas al «movimiento» ya habían sido designadas las personas que compondrían el nuevo gobierno, ¿cómo puede hablar de democracia, de soberanía popular, etcétera?

Juzgar la presencia de San Martín y sus hombres armados como una simple garantía de una elección libre, como lo sostiene Aramburu, o asignarle una tendencia democrática a ese hecho faccioso, o erigirlo en embrión del principio de soberanía popular, como lo pretende Mitre, conforman expresiones claramente fantasiosas porque están dissociadas, ambas, de la realidad objetiva relatada por ellos mismos.

Obsérvese que a partir de ese golpe de Estado los logistas se las ingeniaron para colocar a sus hombres en los puestos claves del gobierno. Así, el nuevo triunvirato fue integrado con dos de ellos (Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte) y la Asamblea General Constituyente, convocada por las nuevas autoridades, «componíase en su mayor parte de miembros de la Logia de Lautaro», pero eso sí, aclara Mitre, fueron elegidos «libremente»^[63].

Muy amena y sustanciosa es la narración de José María Rosa sobre la elección de

los triunviros^[64], pero dada su extensión voy a extraer un único párrafo que muestra por si solo el fingimiento, la doblez de San Martín, Alvear, Ocampo y demás, durante el desarrollo de los acontecimientos que precedieron a la designación del segundo triunvirato.

Al relatar las diversas alternativas sucedidas dentro del Cabildo para ponerse de acuerdo sobre las personas que iban a formar el gobierno, en un momento —expresa— son electos San Martín, Alvear y otros por los distintos cabildantes y acto seguido «llama a los comandantes a preguntarles si las cosas habían sido bien hechas, y éstos protestan “que ninguno de ellos debía aparecer entre los electos, *sin tenerla menor intervención en este asunto que la de proteger la libertad del pueblo*, y que debería someterse a los elegidos a ratificación de éste”».

Renglones más adelante Rosa pregunta:

¿Por qué esos tres nombres? Debieron resultar de un acuerdo de la logia: Rodríguez Peña representaría al morenismo. Álvarez Jonte a los masones y Paso volvía como técnico en administración...

Independencia y Constitución fue el lema triunfante en octubre. Independencia a lo Venezuela y Constitución a lo Cádiz. No habría ni la una ni la otra porque *Inglaterra se opuso*.

La versión más ajustada a la verdad histórica sobre lo sucedido el 8 de octubre de 1812 nos la proporciona Rodolfo Terragno^[65], aunque no profundiza en el asunto. «En 1812», dice, «San Martín inició su histórica campaña, que por coincidencia o no, *siguió los pasos sugeridos doce años antes por Maitland*».

Sobre ese general inglés volveré más adelante porque el interesantísimo trabajo de Terragno es una prueba cabal de todo lo que vengo diciendo. Ahora sigo con el hecho de octubre de 1812, según el nombrado.

... San Martín [...] estaba calificado para establecer un regimiento. El gobierno aceptó que constituyera un cuerpo de granaderos a caballo.

El cuerpo se convirtió en fuente de poder político. El 8 de octubre de 1812 fue usado para imponer un cambio de gobierno y establecer uno afín a la Logia Lautaro, un partido seudomasónico que el propio San Martín y Carlos María de Alvear establecieron en Buenos Aires como filial de la Gran Reunión Americana, de Londres. Luego, San Martín presionó por una declaración formal de independencia y la designación del hermano Juan Martín de Pueyrredón como director supremo.

Para terminar, voy a proporcionar al lector una reciente opinión periodística sobre el tema que nos ocupa, volcada en la revista *La Nación* del 6 de setiembre de 1987 bajo el título «Elecciones ayer y hoy». El autor de la nota comenta allí el suceso del 8 de octubre de 1812 y lo denomina «novedad revolucionaria» porque —afirma— fue la primera vez que en el país se «depuso un gobierno por la vía rápida, con omisión de las normas legales».

Después de hacer referencia a la presencia de algo más de quinientos soldados y unos doscientos vecinos en la Plaza de la Victoria —hoy de Mayo—, escribe: «Y aquí ya comenzaron los cambios. Por lo pronto, respecto de quienes debían proponer a los futuros gobernantes y cómo debía elegírseles. Los jefes militares —entre ellos

San Martín— dieron tres nombres para integrar el Poder Ejecutivo y los ratificaron los civiles reunidos en la plaza... nadie se preocupó por averiguar qué opinaba el resto del pueblo porteño y así se formó el Segundo Triunvirato».

Como podemos ver, el articulista contradice al fundador del diario, Bartolomé Mitre, sobre la ilegitimidad de ese acontecimiento y también acerca de su significación, pero sin llegar a advertir que detrás de esa aparente asonada se escondía algo mucho más importante que el derrocamiento de un gobierno por la fuerza.

Lo cierto es que ese 8 de octubre fue la culminación de una primera jugada maestra de Gran Bretaña, pues con ella obtuvo el control político de Buenos Aires y del territorio del país, con todo lo que esto significaba, sin que sus habitantes — criollos y españoles— y también, seguramente, la casi totalidad de los civiles y militares que participaron de esa parodia eleccionaria tuvieran conocimiento o conciencia de ello.

San Martín, con tan sólo un puñado de hombres, consiguió lo que no pudieron Beresford y Whitelocke con decenas de barcos de guerra y miles de soldados de primera línea.

Sus mandantes, los mercaderes de Albión, dieron jaque mate sobre Buenos Aires en pocas jugadas. Mientras brindaban por este primer triunfo preparaban con su acostumbrado sigilo los movimientos de la próxima partida.

CAPÍTULO VI

MISCELÁNEAS

Antes de continuar con los pasos que dio San Martín después de tomar el poder político junto con sus hermanos logistas, me parece oportuno comentar algunos hechos que lo tienen por protagonista, anecdóticos unos, decididamente importantes otros, inconexos entre sí, en principio, de ahí el nombre del capítulo. En cada uno de ellos la presencia inglesa es una constante. Ese denominador común permite que sean sumados sin dificultad y así, vinculándolos a través de ese hilo conductor, asociando ideas y nombres, veremos que la tesis propuesta en el capítulo inicial irá adquiriendo solidez y verosimilitud.

Comenzaré con un episodio que en la pluma de Mitre^[66] aparece como algo intrascendente, casi trivial, pero que mirado con ojo crítico y ánimo inquisidor se verá que, aun cuando no pueda ser considerado como un elemento decisivo, reviste por lo menos la calidad de indicio.

Me estoy refiriendo a la presencia en San Lorenzo del «conocido viajero británico». —Guillermo Parish Robertson— en los momentos previos a la primera batalla librada por San Martín en tierra americana.

Mitre relata con detalles la conversación mantenida por el «caballero inglés que va al Paraguay» con San Martín, y de sus términos se infiere que ambos se conocían y que ese «caprichoso encuentro en medio de las tinieblas» no respondía sino a una casualidad.

Ya que estaba allí, el extraño pasajero fue invitado a ver el combate que iba a tener lugar horas más tarde frente al monasterio; de San Lorenzo. Previamente, ambos celebraron un brindis con una copa de vino «en honor del futuro triunfo».

Si este hecho lo aislamos de todo lo que vengo señalando como sospechoso o llamativo en la vida de San Martín, a la vista del lector desprevenido es probable que aparezca como algo simpático y hasta romántico.

Pero yo no lo veo así, porque creo que nadie puede negar que es sumamente curioso que «un caballero inglés» amigo de San Martín se encontrara *casualmente* en el campo de batalla donde iba a hacer su primera experiencia el escuadrón de granaderos creado y preparado por el coronel recientemente venido de Londres en la fragata inglesa *George Canning*.

Parecería demasiado temerario afirmar que ese buen hombre estaba inspeccionando la labor de San Martín para informar al Foreign Office, pero pienso que es una hipótesis que no puede desecharse si —como dice José María Rosa en su

Historia argentina— Juan y Guillermo Parish Robertson eran agentes ingleses^[67]. Sobre la presencia del inglés en San Lorenzo, dice Rosa:

La noche anterior al combate, San Martín encontró un viajero que dormitaba en su coche junto al convento: era un joven comerciante inglés, Juan Parish Robertson, que llevaba unas petacas de mercaderías a Santa Fe, según dijo. San Martín, que lo conocía desde Buenos Aires, le permitió presenciar el combate, y en la euforia del triunfo hizo revelaciones a este joven que por extranjero y comerciante le pareció alejado de la lucha y digno de confianza. No sabía que era un agente del Foreign Office y anotaría cuidadosamente sus palabras. Lo encontrará en oírás ocasiones, sin sospechar jamás que su presencia se debiera a otra cosa que a negocios mercantiles: hasta en Perú lo verá en negocios mineros. Robertson no recogería solamente informaciones de San Martín sino de todos quienes actuaban en el plano militar o político, porque era hábil para estar en el lugar y tiempo oportunos. Además de su obra como espía, escribirá con su hermano Guillermo unas notables Cartas de Sudamérica que publicaría en Londres.

Pero estos inglesitos, además de contar lindas historias y de oficiar de agentes de Su Majestad, hacían negocios a diestra y siniestra: no solamente se ocupaban de comerciar «petacas de mercaderías» en Santa Fe —1813—, sino que también vendían barcos al Perú y se cobraban con dinero prestado por otros connacionales —1824—, o bien gestaban empréstitos como el de la Baring Brothers & Co., según ya lo recordamos en el capítulo III.

Es Pérez Amuchástegui^[68] quien vincula a John Parish Robertson —los autores no coinciden si fue Guillermo o Juan el que estuvo en San Lorenzo— a «un plan urdido por entonces —1824— entre [...] *García del Río, San Martín...* Thomas Kinder (contratista para el empréstito peruano), Manuel Hurtado (enviado de Colombia) y *Paroissien*, para comprar con fondos del empréstito peruano emitido en Londres dos barcos de guerra para ser enviados en ayuda de los patriotas peruanos».

Ante estos antecedentes, pensar que Parish Robertson fue un simple testigo ocasional de la batalla de San Lorenzo aparece como francamente insostenible, y también me parece bastante ingenuo sostener que San Martín ignoraba que aquél era un agente británico. Pero ello no tiene mayor importancia determinarlo, y digo esto porque hay otros elementos de juicio que demuestran prístinamente y sin discusión posible la estrechísima relación que mantuvo el general con la dirigencia inglesa.

Veamos, por ejemplo, lo que nos manifiesta en su *Breve historia de la independencia argentina* Gustavo Gabriel Levene: «Maipú repercutió en el Viejo Mundo... lord Castlereagh, ministro de Relaciones en Inglaterra, recibió (setiembre de 1818) al embajador ruso en Londres, el príncipe de Lieve, y le habló “de los éxitos de los revolucionarios americanos”, aludiendo, impresionado, a una carta que dicho ministro había recibido de San Martín, en la cual el general argentino le presentaba la emancipación “como asentada sobre bases sólidas y con las libertades aseguradas”»^[69].

Llamativa coincidencia es que doce años antes, el 16 de julio de 1806, William Carr Beresford, jefe de la primera invasión inglesa a Buenos Aires, escribía a Castlereagh, entonces ministro de Guerra de Su Majestad, informándole sobre la situación en la ciudad y que «la satisfacción del pueblo va creciendo día a día»^[70].

Por su parte, Pérez Amuchástegui hace consideraciones sobre bases objetivas que revelan un trato fluido de San Martín con el gobierno inglés^[71].

El nombrado nos cuenta que el vencedor de Chacabuco, después de esa batalla se vio precisado «a modificar parcialmente su primitivo programa, pergeñando *nuevos planes que esperaba serían apoyados por Inglaterra*». Y continúa: «Y en la primera oportunidad propicia, Chile *se separaría* formalmente de las Provincias Unidas, *declarando su independencia* con toda solemnidad bajo el amparo de San Martín y su ejército».

Aun cuando no tiene directa relación con los temas que venimos tratando, cabe acotar aquí que la independencia de Chile fue declarada en abierta contradicción con las instrucciones reservadas que el 21 de diciembre de 1817 había recibido San Martín, cuyo artículo 14 transcribe Pérez Amuchástegui; decía así: «Aunque, como va prevenido, el general no haya de entrometerse por los medios de la coacción o el terror, en el establecimiento del gobierno supremo permanente del país, procurando hacer valer su influjo y persuasión, para que *envíe Chile su diputado al congreso general de las Provincias Unidas* a fin de que *se constituya una forma de gobierno general* que de toda la América unida en identidad de causas, intereses y objeto, *constituya una sola nación...*».

Ésta es una prueba documental importantísima que acredita otra «desobediencia» de San Martín al gobierno de Buenos Aires, tanto o más trascendente y grave que la que iba a tener lugar en 1820. Pero lo más patente de esta actitud, además de revelar la estricta subordinación de San Martín a las órdenes que provenían de Londres, es la dirección política de los planes británicos que, como ya lo sostuve anteriormente, era la atomización territorial de las colonias españolas y la formación de pequeños Estados fácilmente vulnerables, dóciles, susceptibles de ser dominados económicamente sin mayores obstáculos.

Pero sigamos con la correspondencia mantenida por San Martín con los ingleses.

Pérez Amuchástegui, después de referirse a una nota personal que San Martín habría enviado a Castlereagh el 20 de noviembre de 1817, cita declaraciones del prócer al comodoro Bowles, publicadas por Piccirilli; ellas textualmente dicen:

Es por esta razón por lo que seriamente solicita San Martín alguna comunicación del gobierno de Su Majestad que pueda guiar su conducta si los eventos de la guerra ponen al Perú del todo en su poder, para estar en condiciones de adoptar de una vez los pasos apropiados y no hallarse en la necesidad de volver sobre los erróneos^[72].

No son éstos los únicos pasajes de los libros que consulté donde aparece la huella indeleble de la conexión de San Martín con el gobierno inglés; los hay más pero, antes de seguir con algunas otras citas jugosas, quisiera formular algunas consideraciones acerca de la importancia y significación de la relación epistolar de San Martín con lord Castlereagh.

En primer lugar es preciso que refresquemos quién fue este noble británico.

Rodolfo Terragno nos proporciona una excelente «radiografía» de él^[73].

Dice lo siguiente: «Expresidente de la Junta de Contralor (1802-1806) y secretario de Estado de Guerra y Colonias (1807-1809)... *compartía con Dundas* [ya hablaremos de éste más adelante] *algunas ideas sobre el modo de llevar a cabo un ataque sobre Sudamérica*. En una carta al propio Dundas [...] Castlereagh confesó en 1808: "... la cuestión, de separar a las Provincias Hispanoamericanas de España, que por tanto tiempo ha ocupado vuestra mente... *nunca ha cesado de ser objeto de mi más ferviente atención*». Y prosigue Terragno: «En otra ocasión Castlereagh escribió: "La liberación de Hispanoamérica debe ser alcanzada a través del deseo y los esfuerzos de sus habitantes, pero el cambio sólo podrá operarse bajo la protección y con el apoyo de una fuerza auxiliar británica"».

Aquí Terragno se está refiriendo al memorial del 1 de mayo de 1807 que Castlereagh presentó al gabinete y que en sus partes más salientes citáramos en el capítulo IV.

Pero ¿no es tremendamente revelador todo esto?; y mucho más aún es el trabajo íntegro de Rodolfo Terragno. Es tan esclarecedor y completo que su detenida lectura se torna imprescindible. En el capítulo IX volveremos sobre él porque, insisto, es ineludible hacerlo.

Continuemos ahora con lord Castlereagh. Como se desprende de la investigación de Terragno, este señor tenía las ideas muy claras sobre lo que había que hacer en Sudamérica y el modo de llevarlo a cabo.

Según vimos antes, cuando San Martín después de Maipú le presentó la emancipación como «asentada sobre bases sólidas y con las libertades aseguradas» — 1818—, o cuando avaló la nota de O'Higgins —1817—, *¿Castlereagh era nada menos que el ministro de relaciones exteriores de Su Majestad británica!*

Yo pregunto: ¿no es más que sospechoso que San Martín informara al gobierno inglés sobre los acontecimientos en Chile y pidiera instrucciones que guiaran su conducta ante un eventual triunfo en Perú?

¿Puede juzgarse, acaso, natural o lógico que, sin tener una relación jerárquica o de subordinación, San Martín diera cuenta de sus actos a los británicos?

Si San Martín era un jefe militar argentino a las órdenes del gobierno de Buenos Aires, ¿por qué y bajo qué título mantuvo correspondencia con el gabinete inglés?

Creo que estos interrogantes no tienen respuesta en nuestros libros de historia porque al parecer todos los autores los eluden. Bueno sería bucear en los archivos ingleses para establecer con más precisión la medida, los detalles, la profundidad de esa relación de San Martín con Gran Bretaña.

Estos hechos, tan demostrativos por sí mismos, aparecen acompañados por otros de menor importancia pero que apuntan siempre en la misma dirección. Así, por ejemplo, si examinamos manifestaciones de protagonistas o testigos de esos tiempos, tales como las realizadas por Canning, ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, las de un hermano de San Martín, Justo Rufino —que revistaba en el

ejército español—, veremos con toda claridad y no poca sorpresa que ellos daban como cosa por todos sabida que Gran Bretaña participaba indisimuladamente en la guerra sudamericana para desalojar a los españoles y que San Martín había sido enviado por ese país para acelerar tal proceso.

Veamos las palabras de Canning en un interesante párrafo de Mitre^[74]:

La reunión del Congreso de soberanos en Verona (1823), y su decisión de intervenir en la península para sofocar el liberalismo español, apoyando al rey absoluto, unida al proyecto de monarquizar la América del Sur, según las incipientes ideas reaccionarias de Chateaubriand, determinaron la actitud de la Inglaterra bajo el ministerio de Canning, que uniformó su política con la de Estados Unidos. Partiendo de la base de que «la independencia de las colonias españolas pobladas por la raza latina era un hecho consumado y un nuevo elemento político de la época que en adelante debía dominar las relaciones entre ambos mundos», el gran ministro se decidió a reconocer ese hecho, y pronunció en tal ocasión las memorables palabras que resonaron en los dos hemisferios: «La batalla ha sido recia, pero está ganada. El clavo queda remachado. La América española es libre: *Novus seculorum nascitur ordo*».

Estas expresiones de Canning tuvieron lugar a pocos días de ganada la batalla de Ayacucho (1825) y su contenido, su tono, ¿no denuncian, acaso, la euforia de un contendor victorioso?

A la vista está que sus palabras son propias de un protagonista y no de un testigo, de un muy interesado protagonista, gestor oculto, junto con otros ingleses, de la derrota española en América. En definitiva, la frase que transcribe Mitre es inequívocamente la de un vencedor.

Sin embargo, el historiador le da un sentido distinto, como si Inglaterra hubiera sido una mera espectadora que simpatizaba con una de las partes del conflicto por su identificación con los principios de libertad, justicia, independencia, etcétera.

Más elocuentes, todavía, son las manifestaciones de Justo Rufino de San Martín, hermano de José, en oportunidad de conversar con el encargado de negocios de España en Londres, José María del Castillo, en agosto de 1824.

De ellas nos da cuenta Pérez Amuchástegui^[75], y de su reseña surge que a raíz de la caída de Lima en manos españolas —1824—, Inglaterra había presionado a San Martín para que volviera a la lucha y a instancias de Justo Rufino desistió de hacerlo.

Al abordar este tema en la referida conversación. «Justo Rufino presentó al gobierno inglés como “el más interesado en la independencia de América”, hasta el extremo de afirmar que, *ante la negativa de su hermano, no sería extraño que Inglaterra “buscara el primer Diabolo que le presente para con mover de nuevo sí es preciso la América”*».

Me parece que estas palabras no pueden comentarse o interpretarse porque son a tal punto diáfanas que huelga hacerlo.

No quiero abrumar al lector con transcripciones y citas de nuestros historiadores de las que brotan en forma directa o implícita la mano traviesa de los ingleses en todo el desarrollo de la guerra sudamericana y la constante e inquebrantable conducta de San Martín de acatar disciplinadamente las directivas impartidas desde Londres.

Por el momento estimo que las hechas son suficientemente ilustrativas, no

solamente por su contenido y significado, sino también por la naturaleza objetiva de los antecedentes y lo insospechable de las fuentes de donde provienen.

Para concluir este capítulo y por estar dentro del marco elegido, no quiero dejar en el tintero un suceso que por su frivolidad podría integrar el anecdotario de cosas y hechos sin importancia pero, como podrá comprobarse, debe también catalogarse entre los significativos.

Se trata de la distinción de la que fue objeto San Martín en Inglaterra, a poco de arribar procedente de Buenos Aires una vez concluida su misión en tierra americana.

Pérez Amuchástegui^[76] nos relata que en 1824 se le brindó a San Martín una «fastuosa hospitalidad» en el castillo de Banff, donde lo recibió su amigo el lord James Macduff, conde de Fife, y que las corporaciones mercantiles del lugar (*guilds*) lo designaron «según consta en un diploma escrito en latín, refrendado por el notario y sellado convenientemente [...] ciudadano libre (*burguess*) y miembro de las guildas del Real Burgo de Banff», el 19 de agosto de 1824.

Extraña casualidad es que uno de los firmantes de ese diploma se llamaba «Guglielmo Robertson», o «William Robertson»; si bien no me consta que se tratase del «conocido» viajero británico amigo de San Martín que presenció el combate de San Lorenzo —espía inglés informante del Foreign Office y activo agente de negocios oscuros (empréstimo de la Baring Brothers & Co., por ejemplo), según Rosa —, resulta sugerente la homonimia, tanto más cuando aquél también era escocés y comerciante.

Pero hagamos abstracción de este detalle y tratemos de encontrar alguna explicación al recibimiento dado a San Martín por el conde de Fife y por las corporaciones mercantiles.

Con respecto al primero, no debe sorprendernos semejante recepción porque este escocés era muy amigo de San Martín, pues pelearon juntos contra Napoleón y fue quien lo ayudó a salir de España y viajar a Inglaterra para incorporarse a la lucha sudamericana.

Pero no era un amigo cualquiera este lord Duff. Según Terragno^[77] estaba relacionado con el príncipe regente, el futuro rey Jorge IV, y contaba con numerosas amistades en el gobierno británico. También tenía estrechas vinculaciones con oficiales ingleses que habían participado activamente en planes para separar a Hispanoamérica de España: su propio hermano, el general *sir* Alexander Duff, había comandado el 88° Regimiento, Connaught Rangers, durante la ocupación de Buenos Aires en 1806, y *sir* Samuel Ford Whittingham, un amigo de toda la vida de Duff, había tomado parte en el segundo intento de tomar Buenos Aires en 1807.

Podrá decirse —y lo admito— que es natural que un amigo reciba a otro amigo, más aún cuando San Martín estimaba mucho a Duff, a quien consideraba «sereno, frío y valiente, simpático, osado y romántico»^[78].

Pero también es lógico pensar que no se trató simplemente de la acogida calurosa de un amigo sino de algo más que eso. La jerarquía social y política de Duff —

apuntada antes— y las circunstancias particulares que rodeaban la ocasión permiten suponer que San Martín fue homenajeado y recibido como un militar victorioso —y lo era— que había conseguido lo que otros ingleses habían intentado reiterada e inútilmente, como Beresford, Whitelocke, su propio hermano, Alexander Duff, y muchos otros.

Se trataba de la culminación de un largo proceso que les llevó más de veinte años de desvelos, de frustraciones, de marchas y contramarchas pero que, finalmente, llegaba a su fin.

Gran Bretaña estaba muy próxima a ampliar significativamente sus fronteras comerciales porque el principal escollo había sido removido y San Martín ya había dado los primeros pero más importantes pasos —quizá sin tener mayor conciencia de ello— para facilitar el dominio económico de los territorios liberados.

Los españoles ya habían sido virtualmente desalojados del poder y el parcelamiento territorial se consolidaba rápidamente: la Argentina, Chile y Perú se iban a convertir prontamente en factorías, al igual que las otras repúblicas de Sudamérica, acompañando la historia de la India, Sudáfrica, etcétera.

Yo creo que los ingleses tenían mucho que festejar, en el momento que San Martín llegó a Gran Bretaña en 1824.

Y las corporaciones mercantiles, agradecidas, celebraban de antemano los futuros negocios que iban a concretar.

CAPÍTULO VII

EL PORQUÉ DE CUYO

El lector que se despoje de todo subjetivismo convendrá conmigo en que lo expuesto en las páginas precedentes tiene peso bastante como para sospechar fundadamente que la «misión sanmartiniana» en América no fue el resultado de una decisión personal de San Martín influida por motivos patrióticos, o ideada y planificada por él, inducido o iluminado por la providencia en orden a la independencia de estas tierras del dominio hispánico, sin otra finalidad que la libertad y felicidad de sus habitantes.

Creo también que estará de acuerdo en que los antecedentes ya comentados sirven para desechar la tesis según la cual San Martín se habría servido de los ingleses para la consecución de esos fines, ofreciendo ventajas económicas como contraprestación por su ayuda o apoyo.

Todo indica —así lo anticipé en el capítulo inicial— que los británicos lo reclutaron porque vieron en él al hombre ideal para la ejecución del programa que habían pergeñado para esta parte del mundo.

Empero, para quien aún guarde ciertos resquemores y se niegue a aceptar que San Martín fue el sucesor de Beresford y de Whitelocke, lo invito a seguir leyendo con especial atención éste y los próximos capítulos, y doy fe que todos sus recelos desaparecerán.

Como sabemos, cada uno de los movimientos de San Martín fue en sustancia uniformemente interpretado por los autores. No solamente ponen el acento sobre sus notables dotes militares, su desinterés, su patriotismo, sino, también, sobre la soledad que rodeó la planificación de su campaña continental.

Por vía de la conjetura o del absurdo encuentran respuestas indefectiblemente satisfactorias para todo lo que hizo, inclusive para ciertos acontecimientos cuyo examen adecuado nos lleva al terreno de la duda, de la suspicacia, de la incredibilidad.

De alguno de esos sucesos ya me he ocupado: la llegada al Río de la Plata, la partida de Perú, el golpe de Estado del 8 de octubre de 1812, por ejemplo.

Pero entre los hechos trascendentes producidos por San Martín hay uno que sobresale por su importancia y por su significación. Me estoy refiriendo, obviamente, al establecimiento de aquél en Cuyo y a la formación del Ejército de los Andes.

Ningún historiador ha señalado segundas intenciones en la acción desplegada por él en América y menos aún que sus planes, sus desplazamientos y sus resoluciones militares y políticas hayan sido elaboradas y tomadas en Londres.

Veremos con asombro mayúsculo que todo, hasta el detalle mínimo, fue pensado, meditado y decidido en Inglaterra.

La idea de establecerse en Mendoza es explicada por los historiadores siguiendo, como en otros aspectos, el sendero de las suposiciones, porque al igual que las demás etapas de su vida ésta aparece signada por el misterio y la oscuridad.

Sin embargo, a pesar de la falta de claridad denunciada se puede ver con transparencia todo, especialmente a partir del trabajo de Rodolfo Terragno que pone luz definitivamente sobre esta cuestión.

Como se verá, todo lo que se ha escrito sobre la idea de liberar Chile y Perú desde Cuyo podrá sobrevivir o perdurar como simple expresión literaria, sea como cuento o novela de ficción, ya que la labor exploratoria realizada por Terragno en Inglaterra destruye sin misericordia toda la bibliografía que existe sobre el tema.

La investigación que por mi parte había emprendido a raíz de mis sospechas, basada en el examen de las obras de Mitre, Pérez Amuchástegui, Rosa, Levene, Aramburu, aunque me permitía avanzar lo suficiente como para sostener sólidamente mi punto de vista, no tenía el respaldo documental indispensable para destruir la inmensa historiografía existente sobre San Martín.

En lo que atañe al tema de este capítulo, si bien había encontrado buenos argumentos para cuestionar la paternidad de la idea, o por lo menos para poner en tela de juicio su exclusiva autoría, ellos por sí solos no bastaban para sostener con acabada certeza que los británicos habían participado en su confección y, menos aún, por cierto, para adjudicarles su gestación total.

El hallazgo del número 231 de la revista *Todo es Historia* (agosto de 1986) me decidió a dar forma a mis apuntes y a encarar la publicación de este ensayo, porque todas mis deducciones aparecían corroboradas por el excelente trabajo de investigación que encontré allí bajo el título «Las fuentes secretas del plan libertador de San Martín».

Aun cuando Terragno afirma que San Martín «no fue un agente inglés» y que el plan seguido por el prócer no se ajusta estrictamente al elaborado por el general Maitland —así se llamaba el militar escocés autor del proyecto—, es claro, muy claro, que la instalación de aquél en Mendoza y todos los pasos anteriores y posteriores fueron cumplidos siguiendo fielmente el programa diseñado en Inglaterra sobre la base de las ideas de Maitland.

Este estratega maduró y elaboró su plan entre 1800 y 1803, es decir, antes de la primera invasión inglesa al Río de la Plata, y tenía previsto la toma de la ciudad de Buenos Aires como conquista preliminar para emprender luego, a través de los Andes, la de Chile y Perú.

Pero antes de extenderme sobre la publicación de Terragno —lo haré en el capítulo IX—, voy a exponer algunas reflexiones que había escrito antes de leer ese extraordinario y poco conocido artículo. Me parece importante hacerlo porque, aun prescindiendo de esa investigación profunda y esencial, creo que mis indagaciones

permiten mostrar y demostrar la falta de rigor científico de nuestros historiadores en el estudio de esos acontecimientos, y además, que la estructuración o formulación del llamado «Plan Continental» era una utopía que orillaba el disparate desde todo punto de vista, salvo que se contara con la segura obtención de elementos logísticos imprescindibles para su concreción, que al tiempo de su presunta confección brillaban por su ausencia.

En ese sentido es interesante que comencemos citando a Mitre, que sobre el particular nos dice: «Esta concepción concreta, que en 1814 era un secreto, y *habría acreditado a su autor de loco de haberse difundido*, es lo que ha asignado a San Martín su puesto en la historia del mundo, y que en definitiva cambió los destinos de la revolución de la América del Sur»^[79] (el subrayado es mío).

Naturalmente, San Martín no estaba loco ni mucho menos: lo que pasaba es que estaba tranquilo pues tenía la certeza de obtenerlos recursos materiales y humanos para llevarlo a cabo: no olvidemos que Londres a través de sus agentes logistas velaba permanentemente por él.

Pero veamos cómo es posible llegar a descubrir que la elección de Cuyo como base de operaciones para pasar a Chile y de allí al Perú por mar no podía haber sido ideada, planeada y decidida solitariamente por San Martín, como lo afirman los autores.

Baste con examinar la historia por todos conocida y una mínima dosis de sentido común.

En primer lugar, debemos recordar el estado y la situación del ejército que al mando de Belgrano luchaba duramente en el norte para desalojar a los godos. Es sabido que el creador de la bandera nacional no era militar y los hombres que conformaban la fuerza tampoco: que las armas escaseaban, que la desertión hacía estragos en las filas patriotas; que el dinero no abundaba; que, en fin, la improvisación era el signo que distinguía al ejército que peleaba por la libertad; sólo el coraje, la audacia de los criollos y su amor a la tierra superaba ese estado de cosas.

Y no podía ser de otra manera, el país era pobre y pacífico, la formación de cuadros militares integrados por nativos era cosa reciente pues su reclutamiento, organización e instrucción comenzó después de las invasiones inglesas. De más está decir que la disciplina y la preparación de esas milicias no era óptima; en esos aspectos dejaba mucho que desear, de ahí la debilidad de las enviadas al norte, que suplieron sus carencias con fervor, valentía y pasión patriótica.

Ése fue el ejército que San Martín encontró en enero de 1814 cuando en Yatasto se hizo cargo de su comando. Es obvio que esas fuerzas no reunían las condiciones mínimas para afrontar la campaña que tenía en mente.

Así como todo ello es historia sabida, también lo es que la estrategia seguida hasta ese momento para batir al enemigo no era otra que enfrentarlo y empujarlo hacia el Alto Perú por la ruta del Desaguadero; a nadie se le había ocurrido tomar por otro camino para lograr ese objetivo dado que cruzar los Andes para caer sobre los

realistas instalados en Chile y luego, por mar, llegar a Perú era, como dijo Mitre, una locura.

Porque debemos convenir que para semejante empresa era menester, además de un ejército formidable, una flota no menos importante, y el país carecía tanto de lo uno como de la otra, con el agravante de estar sumergido en una pésima situación económica que tornaba imposible sufragar tales emprendimientos.

Dato suficientemente ilustrativo de la precariedad de medios que imperaba en ese entonces es que San Martín, cuando se puso al frente del Ejército del Norte (30 de enero de 1814), para poner al día los pagos del personal tuvo que valerse de una necesaria malversación, según lo relata José M. Rosa^[80].

Por otra parte, debemos tener en cuenta que San Martín no conocía el territorio; nunca había estado en la zona cuyana ni en Chile; tampoco en los Andes y en esa época todo era escaso en el país: no había mayor información sobre recursos disponibles, tanto humanos como materiales, caminos, transportes, fábricas de armas, hombres preparados en diversas disciplinas, etc.; todo ello o bien no existía o era difícil hallarlo. Para colmo de males, como dije, las arcas públicas estaban exhaustas.

Con todas estas limitaciones y dificultades cabe pensar que la factibilidad del plan era prácticamente imposible. Pero aceptemos por vía de hipótesis que con esfuerzo, imaginación, con aporte y sacrificio de la población del país, San Martín lograra la formación de un ejército disciplinado y equipado como para pasar a Chile en definitiva así ocurrió —y eso es mérito indiscutible de San Martín—, pero si la meta final era Perú: ¿de dónde iban a obtenerse los barcos y los marinos necesarios si tanto nosotros como los chilenos estábamos en pañales en esa materia?

Entonces debemos preguntarnos: ¿cómo iba a concluir San Martín su faena?

¿Acaso ya tenía en sus planes a lord Cochrane y a toda la marinería inglesa que lo condujo finalmente a tierras peruanas?

Estos interrogantes permiten concluir que San Martín no pudo ni podía haber planeado llegar al Perú sin contar anticipadamente con el aporte cierto de Inglaterra, tal cual aconteció, porque, insisto, los criollos por sí mismos no tenían absolutamente ninguna posibilidad de cumplir el trayecto marítimo desde Chile hasta las costas peruanas.

Quien pretenda sostener lo contrario, es decir, que San Martín no tenía prevista y garantizada la segura participación británica para el cumplimiento del programa marítimo, tendría que admitir que actuó improvisadamente, confiando en que la Providencia proveyera de barcos y de marinos diestros, y esto es inaceptable porque todos sabemos que un militar de su jerarquía no deja nada librado al azar.

Debemos recordar que San Martín hizo saber su planes a su amigo y cofrade Nicolás Rodríguez Peña en una carta que le escribió en abril de 1814 desde el cuartel de Ciudadela, en el norte.

En esa misiva le decía:

No se felicite con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta: no haré nada, y nada me gusta aquí. No conozco los hombres ni el país y todo está anarquizado; yo sé mejor que nadie lo poco o nada que puedo hacer... La patria no hará camino por este lado del Norte, que no sea una guerra defensiva y nada más: para esto bastan los valientes gauchos de Güemes con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar en otra cosa es empeñarse en echar al pozo de Ayrón hombres y dinero. Así es que yo no me moveré ni intentaré expedición alguna. Ya le he dicho a usted mi «secreto». Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina. Aliando fuerzas pasarnos por mar a tomar Lima: ése es el camino y no éste. Convéngase, hasta que no estemos sobre Lima la guerra no acabará^[81].

Le asiste la razón a Mitre cuando afirma que de haberse difundido este plan en 1814 su autor habría sido considerado un loco porque, repito, si no teníamos ejército, marinos, barcos, dinero, etc., ¿podía seriamente pensarse en bosquejar, siquiera, tamaña empresa?

Yo no termino de explicarme por qué los historiadores aceptan y sostienen unánime y pacíficamente que San Martín, solitariamente, sin ayuda de nadie, sin conocer el terreno ni a los hombres, las circunstancias —así lo confiesa él mismo en la carta transcrita—, sin recursos humanos y materiales a la vista, con muy escasa información, haya extraído de la nada —o, mejor dicho— de su sola imaginación o intelecto, tan solo observando mapas imperfectos o incompletos un plan como el llevado a cabo finalmente.

Por más talento que se quiera atribuir a San Martín, estoy convencido de que esa postura es inadmisibile. Las razones de peso que sucintamente apunté eran un escollo insalvable para elaborar un proyecto de esas características salvo, insisto, que se tuviera la plena seguridad de contar con apoyo naval, porque según las propias palabras del general, de nada servía conquistar Chile si el nudo de la cuestión estaba en Perú.

Ya veremos que el análisis de este aspecto de la campaña continental —el tramo marítimo—, nos proporciona datos y pormenores de extrema importancia que, unidos a los ya examinados en capítulos anteriores, permite conformar un cuadro probatorio indiciario lo suficientemente grave, preciso y concordante como para descubrir detrás de los movimientos de San Martín la consumación de la tercera invasión inglesa, escondida, oculta, disfrazada.

Y no podía ser de otro modo porque los británicos trataron en todo momento de no delatar su presencia en el escenario para evitar el repudio de los criollos patriotas que detestaban toda dominación o injerencia extranjera. Si San Martín hubiera revelado la identidad de sus mandantes y sus verdaderos planes, de seguro que habría sido fusilado o pasado a degüello. De ahí su extremo sigilo, su proceder misterioso y enigmático.

Es palpable que los ingleses delegaron en su hombre —elegido por sus cualidades de excepción pero también por haber nacido en tierra argentina— la organización y ejecución global de la empresa: la toma del poder en Buenos Aires, la infiltración de los hermanos de la logia en los cuadros superiores de la dirección del Estado y en los puestos claves del gobierno para asegurar de esa manera la obtención de los recursos

materiales y humanos que iba a demandar la conquista de Chile y Perú. Naturalmente, también confiaron a San Martín el manejo político del asunto y la dirección técnica de la guerra.

Pero así como es claro que San Martín tenía asegurado el aporte inglés para llevar las tropas por el Pacífico y tomar Perú, asimismo es evidente que contaba con el incondicional apoyo económico de Buenos Aires, cuyos habitantes junto con los de Cuyo —expoliados hasta quedar casi exhaustos «por las exacciones necesarias» que consumó aquél durante su gobierno^[82]—, proveyeron con su es fuerza, con su sacrificio, al equipamiento del Ejército de los Andes.

Para ilustrar esta idea viene bien transcribir aquí aquella famosa carta del director supremo Juan Martín de Pueyrredón —hermano de la logia, por supuesto— a San Martín, fechada el 2 de noviembre de 1816, donde le informa sobre las remesas que le hace para el ejército que estaba organizando en Cuyo:

A más de las cuatrocientas frazadas... van ahora quinientos ponchos, únicos que se han podido encontrar... Está dada la orden para que se remitan a V. las mil arrobas de charqui que me pide para mediados de Diciembre: se hará... Van todos los vestuarios pedidos y muchas más camisas...

Van cuatrocientos recados...

Van los doscientos sables de repuesto que me pidió...

Van doscientas tiendas de campaña o pavellones, y no hay más...

Va el Mundo, Va el Demonio. Va la carne...

Y no se yo como me irá con las trampas en que quedo, para pagarlo todo, a bien que en quebrando, cancelo cuentas con todos y me voy yo también para que V. me de algo de charqui que le mando y ¡carajo!, no me vuelva V. a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la Fortaleza^[83]...

Pero San Martín nunca dejaba cabos sueltos: a propósito de recursos para la expedición andina, para asegurárselos convocó a su cofrade Pueyrredón a una conferencia en Córdoba en julio de 1816. Allí trataron específicamente el punto y «a los dos días, el futuro Libertador de Chile y Perú partía hacia Mendoza, para activar los preparativos de la travesía de los Andes, *contando con la ayuda económica del Estado y la solidaridad absoluta del director Pueyrredón*»^[84].

Como lo anticipé en el capítulo 1, los ingleses iban a conseguir su objetivo, la conquista de América del Sur, sin necesidad de utilizar sus propios ejércitos y, lo que era muy importante para ellos, dejando intacto el tesoro de Su Majestad. Pero ¡qué digo!, ¡si por este camino no solamente no gastaron un chelín sino que ingresaron buena cantidad de libras por las armas, barcos, etc. que nos vendieron!

Los hermanos de la Logia Lautaro tenían la suma del poder para obtener los fondos y elementos necesarios para llevar adelante la campaña y también para reclutar hombres que integrarían los distintos cuerpos de combate, soldados que sacrificarían sus vidas por una causa en buena medida justa —en tanto nos sacaríamos de encima a los españoles—, pero que en el trasfondo escondía una finalidad espuria: ampliar a expensas nuestras el comercio inglés.

Como quedó dicho, en Buenos Aires fue el hermano Pueyrredón quien se ocupó

de la obtención de dinero y de vituallas a costa de sus habitantes y en Mendoza quedó en manos de San Martín tal faena, revelándose como genial e implacable recaudador^[85].

Examinemos, ahora, la etapa marítima del Plan Continental.

La complejidad del proyecto exigía imperativamente la participación de hombres capacitados en el arte naval, y como no pueden formarse marinos de un día para el otro, los británicos no tuvieron más remedio que proporcionar a San Martín la oficialidad necesaria para llevar a buen puerto a los combatientes.

Porque debemos reconocer que una cosa era instruir y capacitar soldados y oficiales de infantería, de caballería, de artillería, etc., para lo cual San Martín estaba altamente dotado, y otra, sin discusión, enseñar los secretos de la navegación por mar.

Por esa razón la nómina de ingleses, escoceses, irlandeses y norteamericanos era muy numerosa entre los marinos que integraban las tripulaciones de la escuadra «independiente» del Pacífico.

Y pruebas al canto: Mitre nos cuenta que el primer buque apresado a los españoles después de la batalla de Chacabuco, el *Águila*, rebautizado con el nombre *Pueyrredón*, en honor al director supremo de las Provincias Unidas que decretara la expedición a Chile, fue comandado por el teniente del ejército de los Andes, Raymundo Morris, irlandés de nacimiento.

La *Lautaro*, nombre con que se bautizó la fragata *Windham*, comprada a la Compañía de las Indias Orientales, empresa inglesa ocupada desde antiguo en emprendimientos colonialistas, fue asignada al capitán Jorge O'Brien, «que se había distinguido en servicio de la marina inglesa, y como segundo jefe, el teniente José Argent Turner». Por su parte, la infantería de marina era comandada por el capitán Guillermo Miller, del Ejército de los Andes, de nacionalidad inglesa. Y añade Mitre que los «oficiales eran en su totalidad ingleses o norteamericanos, que no hablaban una palabra en español...»^[86].

Más adelante el historiador alude a la compra del navío *Cumberland*, operación hecha por Álvarez Condareo en Londres, barco asignado al capitán inglés Guillermo Wilkinson, y al bergantín *Columbus*, mandado por «un distinguido oficial de marina norteamericano, Carlos Guillermo Wooster, quien ofreció en venta su buque a la par que sus servicios...»^[87].

En ese mismo capítulo, después de referirse a la actuación del comandante Tomás Cárter y de los capitanes Martín Jorge Guise y Juan Spry, «experimentados marinos de la armada inglesa», escribe Mitre lo que sigue:

Para coronar esta victoria, pocos días después (28 de noviembre de 1819), fondeaba en Valparaíso un buque que traía a su bordo a uno de los primeros marinos de la Gran Bretaña, destinados a acrecentar su fabulosa fama en el Nuevo Mundo con beneficio para la libertad humana. Llamábase Thomas Alejandro Cochrane. Su nombre había resonado en todos los mares, vinculado a extraordinarias hazañas. Natural de Escocia, con título de alta nobleza y miembro del Parlamento inglés complicado en operaciones bursátiles de carácter dudoso, fue enjuiciado y condenado a ser expuesto en la picota y expulsado de la Cámara de los Comunes a que pertenecía. No obstante que el pueblo cubriera por suscripción la multa que se le

impuso, y el condado que representaba lo reeligiase, el altivo prócer prefirió la expatriación y las aventuras heroicas, y decidióse a ofrecer sus servicios a la causa de la independencia sudamericana, aceptando las ofertas que le fueron hechas por Álvarez Condarco y Álvarez Jonte, agente de Chile y de San Martín en Londres^[88].

Si leemos detenidamente la obra de Mitre, advertiremos sin dificultad que a Cochrane solamente le interesaba cumplir con las órdenes que le habían impartido en Inglaterra, entre las que se encontraba la de «incendiar la escuadra española de Callao, de lo que “respondía con su cabeza”^[89] y, obviamente, transportar de Chile a Perú al “Ejército Expedicionario”». Otro interés primario del almirante escocés era la paga pactada y todo botín de guerra que cayera en sus manos. No creo que le importara mucho la independencia sudamericana, salvo que ello le trajera algún rédito a él o a su tierra, porque si algún sentimiento patriótico guardaba su corazón no era precisamente motivado por esta parte del mundo, desconocida para él, sino, naturalmente, por Escocia, su hogar de siempre.

¿No es acaso una ingenuidad admitir que Cochrane y toda esa oficialidad y marinería inglesa, escocesa, etc., vino a pelear o a ofrecer sus servicios porque simpatizaba con los patriotas, o que vinieron contratados por San Martín a través de sus agentes Álvarez Jonte y Álvarez Condarco, para alistarse a sus órdenes? De ser cierto ello, Cochrane no se habría comportado de la manera que lo hizo, oponiéndose a los planes de San Martín^[90] o suscitando fricciones y reyertas de todo orden que lo enfrentaron ásperamente con quien supuestamente lo había contratado y era su superior^[91].

En mi opinión, es incontrastable que tanto San Martín como Cochrane estaban al exclusivo servicio de Inglaterra para la ejecución de los planes trazados. Ambos, hombres de gran carácter y de méritos militares sobresalientes, eran pares, celosos el uno del otro del prestigio guerrero que habían ganado, se necesitaban recíprocamente para llevar adelante la destrucción de las fuerzas españolas de Perú. De ahí que, a pesar de sus diferencias y recelos, habida cuenta de que ambos tenían una misma finalidad e iguales superiores jerárquicos, pudieron concluir exitosamente la misión planificada en Gran Bretaña.

San Martín, miembro importantísimo de la logia, aunque tuvo algunas dificultades para ser aceptado por sus compatriotas que sospechaban de él, supo desempeñar su doble papel con extrema eficacia en todos los terrenos y nadie, aparentemente, pudo advertirlo.

Por su parte, Cochrane no disimuló ni podía disimular mayormente la representación que investía, puesto que por más que su escuadra fuera llamada «independiente», no tenía nada de tal porque de haber sido así no había razón alguna para que se preocupase por perder la cabeza si no terminaba con la flota española del Pacífico. Este hombre era un súbdito británico con todas las letras y hacía honor a esa condición: peleaba por su rey y por su bandera, pero sin olvidarse de su propio bolsillo y, naturalmente, invocando, como siempre, los infaltables principios.

Otro dato que también llamó poderosamente mi atención y contribuyó sensiblemente a que pusiera en duda la originalidad del Plan Continental fue el manifiesto interés que mostró San Martín por la zona cuyana desde su arribo a Buenos Aires. Analicemos cronológicamente sus movimientos y descubriremos ese interés sin inconvenientes:

9 de marzo de 1812: Llega a Buenos Aires.

17 de marzo de 1812: Es designado teniente coronel por el Triunvirato y se le encomienda la formación de un escuadrón.

8 de octubre de 1812: Con sus hermanos de la Logia Lautaro derroca por las armas al Triunvirato e impone otro adicto a su causa.

31 de enero de 1813: Se instala la Asamblea Constituyente integrada, como ya vimos, por amplia mayoría de logistas, y *a pedido de San Martín: se crea la intendencia de Cuyo con las provincias de San Luis, Mendoza y San Juan*^[92].

3 de febrero de 1813: Combate de San Lorenzo.

30 de enero de 1814: Recibe en Yatasto el comando del Ejército del Norte de manos de Belgrano y establece su cuartel en Ciudadela, donde se dedica por muy breve tiempo —menos de tres meses— a la obra de su organización y disciplina militar^[93].

27 de abril de 1814: Se retira del mando del Ejército del Norte para ir a Córdoba «para tratar sobre el estado de su salud»^[94].

10 de agosto de 1814: El director Posadas, hermano logista, *lo designa gobernador intendente de Cuyo*. Lo hace «a su instancia para atender su salud quebrantada, realizar el proyecto emancipador...»^[95].

Fácil es comprobar que, a poco de tomado incruentamente el poder el 8 de octubre de 1812, San Martín puso sus ojos en Mendoza, lugar que hasta ese momento carecía de valor estratégico o político dado que las embestidas realistas provenían del norte.

Esa actitud me pareció llamativa porque si San Martín estuvo ausente del país durante más de veinticinco años, si no tenía mayor idea de su geografía, si —como dice Mitre— vino a cooperar en la lucha armada contra el opresor español portando solamente su espada, si no conocía a los hombres ni el territorio —según él mismo lo confiesa a Rodríguez Peña en la recordada carta de abril de 1814— ¿qué razones lo movieron a crear la intendencia de Cuyo con tres provincias a los pocos meses de llegar al Río de la Plata?

Esa reforma o reacomodamiento de la jurisdicción territorial cuyana propiciado por el general y decretado por la Asamblea General Constituyente en 1813 aparece como intrascendente a la vista de los historiadores. A mi juicio, por las razones apuntadas, se trataba de un hecho significativo aunque no alcanzaba a comprender exactamente dónde estaba el meollo del asunto.

Cuando leí que en agosto de 1814 fue designado intendente gobernador de Cuyo «a su instancia», para «atender su salud quebrantada, *realizar el proyecto emancipador...*», que dé aún más intrigado porque ello traslucía un plan, un

programa preparado antes, mucho antes, de que escribiera a su amigo y cofrade Nicolás Rodríguez Peña la famosa misiva en la que le anticipa su «secreto», deja el Ejército del Norte y se retira a Córdoba.

Aquí resulta muy interesante citar la opinión de José M. Rosa sobre esa actitud de San Martín, Dice que su presencia en Tucumán era indispensable a pesar de la confianza que tenía en Güemes y sus gauchos y «no debió ser por su voluntad que se retiró; debió mediar una orden secretísima y de cumplimiento obligado»^[96].

¿Orden de quién? De sus mandantes ingleses, naturalmente.

Rosa lo sabe, no puede dejar de saberlo, pero no profundiza demasiado en el análisis.

A lo dicho añade: «De ser libre su voluntad se habría quedado en Tucumán, en una posición defensiva hasta que el avance español fuese detenido; entonces hubiera tomado el camino de Chile con el ejército que mandaba, dejando la custodia del norte a los gauchos de Güemes... Retirarse con pretextos y en el momento difícil que lo hizo muestra que no tuvo libertad de acción».

La obra de este autor contiene apreciaciones muy sugerentes sobre la conexión de San Martín con la masonería escocesa, encaramada en el gobierno británico, circunstancia que explica la conducta de San Martín subordinada siempre a las directivas de Inglaterra. Sin embargo, al igual que los demás historiadores, cierra los ojos, y vaya a saber uno por qué, solamente se limita a reseñar los actos cumplidos por el general sin hacer ninguna alusión a los móviles de dominación inglesa que encerraba el llamado Plan Continental.

Y ya que hablamos de subordinación, o de la falta de libertad de acción, según palabras de Rosa, la famosa desobediencia de San Martín ocurrida en 1819 ¿no es otra muestra clarísima de que sus superiores jerárquicos no estaban en Buenos Aires sino en Londres?

Ese hecho producido por San Martín merece un capítulo aparte porque constituye otro eslabón que debe agregarse a los otros tanto o más sospechosos que alimentaron mis dudas sobre su gestión en América.

Por ello, antes de abordar el trabajo de Terragno, vamos a ver por qué San Martín no hizo caso al gobierno argentino y decidió emprender la campaña peruana. Fácilmente comprobará el lector con cuánta sencillez se enlazan los movimientos y las decisiones de San Martín para llevarnos de la mano a la hipótesis que sostengo.

Para concluir este capítulo debo decir que es indiscutible que la zona de Cuyo no fue elegida por San Martín al azar; también lo es que alguien —ya veremos luego que fueron los ingleses— había hecho con anticipación un estudio, una exploración del terreno. El tiempo de los pasos dados por San Martín, su cronología —que ya expuse — así lo indican, porque es inaceptable que a ciegas haya hecho la elección o que ella fuera producto de una genialidad.

Lo que sí fue una genialidad de San Martín —y ello nadie lo puede poner en tela de juicio— fue la concreción del plan inglés. Pero aquí no interesa tanto establecer de

quién fue la idea de instalarse en Cuyo, pasar a Chile, etc., para intentar una mayor o menor calificación del talento estratégico de San Martín. Lo que importa es determinar la procedencia y finalidad de ese plan. Determinado esto, atar cabos es simple.

En ese sentido la publicación de Terragno constituye un documento lapidario y por esta razón en el capítulo IX haré una síntesis de ella, que mostrará los puntos de contacto existentes entre su trabajo, basado en fuentes inglesas, y el mío, extraído de las obras locales que vengo citando.

CAPÍTULO VIII

LA DESOBEDIENCIA DE SAN MARTÍN

Antes de tratar el Plan Maitland y demás indagaciones de Terragno, me parece apropiado terminar de exponer mis propias lucubraciones acerca de la gestión de San Martín. Me resta analizar un hecho que reviste singular importancia no solamente por su trascendencia histórica y por la exaltación que de él hacen los historiadores — exaltación que es producto de una interpretación a todas luces errónea—, sino fundamentalmente porque encaja a la perfección con el punto de vista que anticipé en el capítulo introductorio, dado que esa «desobediencia» de San Martín es otra evidencia más, importantísima, por cierto, de la sujeción de su accionar al programa inglés.

Como es sabido, en 1819 las Provincias Unidas del Río de la Plata estaban al borde de la anarquía y, además, en Buenos Aires se tenía la certidumbre del alistamiento en España de una poderosa expedición militar para reprimir a los criollos recientemente independizados.

Mientras tanto, San Martín y el Ejército de los Andes se encontraban en plena preparación para emprender la campaña peruana junto con la «escuadra independiente» de Cochrane.

Fue en esas circunstancias cuando se produjo la conocida rebeldía de San Martín que desacató sucesivas órdenes de los directores Pueyrredón y Rondeau de volver con las tropas a Buenos Aires para hacer frente a la peligrosa situación que sufría el país por partida doble: la posible disolución nacional por el permanente enfrentamiento entre las provincias y la no menos candente y amenazante posibilidad de tener que repeler a una flota española que intentaría recuperar la colonia rioplatense.

Es historia conocida que San Martín optó por hacer caso omiso de las órdenes que se le impartieron desde Buenos Aires y que decidió continuar con la ejecución del Plan Continental cuya última etapa, el desalojo de los españoles de Perú, estaba prácticamente organizada.

Desde mi punto de vista, los historiadores se equivocan de medio a medio cuando al referirse a esa decisión de San Martín la califican como una desobediencia histórica. En realidad se trató de todo lo contrario —de una obediencia estricta—, porque, como se verá, esa actitud guarda total coherencia con todo lo que hizo en tierra americana: acatar a pie juntillas todas las órdenes de sus mandantes, los ingleses.

Convengamos que la calificación de su conducta en la ocasión, si obedeció o no, depende de cómo se mire o se encare el estudio de la cuestión. Si analizamos desde la perspectiva tradicional, si ubicamos a San Martín dentro de una relación jerárquica vinculada con el gobierno de Buenos Aires, sería correcto hablar de desobediencia, pero si aceptamos su sometimiento a las órdenes británicas debemos concluir que nunca se apartó de la primera de las reglas militares, cual es la subordinación.

Esta disquisiciones que aparentemente no tienen importancia constituyen, ya lo comprobaremos, otra prueba de la vinculación estrechísima de San Martín con la masonería inglesa y ponen al desnudo que el intendente de Cuyo y general del Ejército de los Andes solamente tenía con Buenos Aires una relación de grado de pura apariencia, de mera fórmula, porque es indiscutible que, a partir del golpe de Estado de octubre de 1812, San Martín y sus hermanos de la logia hicieron desde el poder todo lo que quisieron. Obviamente, en orden a los fines delineados en Inglaterra.

No debemos olvidar que dentro de la logia San Martín ostentaba el grado superior y por ello era uno de los pocos o el único, quizá, que conocía los planes británicos^[97], y estaba en condiciones de remover todo escollo que pudiera entorpecerlos o frustrarlos.

Al respecto bueno es recordar aquí un párrafo de la obra de Mitre:

La famosa Logia de Lautaro, fundada por San Martín y Alvear en 1812 [...] habíase disuelto en 1815 [...] A principio de 1816, San Martín, comprendiendo que era un medio poderoso de influencia que podía usar para hacer aceptar sus planes militares [trazados por los ingleses, agrego yo], púsose en comunicación con el presidente de la logia matriz de Buenos Aires, cuya dignidad era perpetua y llevaba el título de «marquetero mayor». Usando de la facultad que daba su constitución a todo miembro de la asociación para fundar una sucursal cuando fueran nombrados generales de ejército, o gobernadores, con este triple título organizó la Logia de Mendoza, en la cual ingresaron los principales jefes del ejército, los emigrados chilenos partidarios de O'Higgins, con éste a la cabeza, y los más notables vecinos de Cuyo. Era otra máquina de zapa política, cuya acción empezó muy luego a hacerse sentir en las regiones oficiales. Todos sus corresponsales eran miembros de la logia, y así, llevando de frente una triple correspondencia reservada con los agentes de Chile, el gobierno y sus amigos íntimos, extendían por todas partes sus misteriosos ramales subterráneos. Luego le veremos abrir un cuarto ramal para influir sobre las decisiones del Congreso Nacional a reunirse. Estas confidencias tienen un gran valor histórico, y completan las pruebas que establecen la prioridad de *la idea del paso de los Andes en todos sus detalles y consecuencias previstas*^[98].

¿Quién sería ese «marquetero mayor» cuya dignidad era perpetua?

En fin, sigamos. Más adelante veremos cómo se entronca este sustancioso fragmento del libro de Mitre con algunas aseveraciones realizadas por Enrique de Gandía en un artículo que escribió sobre el Acta de Rancagua.

Volviendo al tema central del capítulo, debo decir que ningún historiador ha arribado a las conclusiones que expuse. Enrique de Gandía tiene su propia interpretación y sobre ella hablaremos más adelante. En general todos coinciden en que San Martín desobedeció a Buenos Aires, de cuya autoridad emanaba la suya. Nadie habla de la existencia del titiritero inglés que manejaba el asunto aunque sí lo

hacen de órdenes de la logia secreta^[99]. Concuerdan también los autores en que en la emergencia hizo lo correcto, pues de nada hubiera servido —sostienen— que volviera a Buenos Aires, pues en definitiva la expedición española no se llevó a cabo y la anarquía imperante no podía ser solucionada por la vía de la fuerza^[100].

Los apologistas de San Martín están igualmente contestes en afirmar que entre los rasgos salientes de la conducta del prócer se encuentran su permanente desapego a intervenir en las luchas intestinas y su vocación, su inclinación permanente por la campaña emancipadora de la que se ocupó sin desmayo. Ello es cierto, inobjetablemente cierto; nunca desatendió el plan que le habían confiado y jamás se ocupó ni manifestó interés por los enfrentamientos domésticos, salvo en dos ocasiones: en octubre de 1812 y en enero de 1815.

Dice Mitre al comentar el episodio del 8 de octubre de 1812:

Ésta fue la primera vez que se vio a San Martín tomar parte directa en un movimiento revolucionario, y sólo por accidente otra vez más tomó parte indirecta en la caída de un gobierno. Encaminada la *revolución y establecida la disciplina de la logia creada por él*, se alejó para siempre de los partidos militantes en la política doméstica, consagrándose exclusivamente a la realización de sus planes militares contra el enemigo común^[101].

La otra ocasión a que se refiere Mitre, cuando «por accidente» tomó parte indirecta en la caída de un gobierno, es la que tuvo lugar en enero y febrero de 1815 cuando Alvear, ungido director supremo, pretendió desplazarlo de Cuyo enviando al coronel Gregorio Perdriel para cubrir su lugar.

San Martín, a sus grandes dotes militares y organizativas, sumaba una gran habilidad para complotar entre las sombras y obtener los resultados que se proponía. Así ocurrió en 1812 cuando destituyó al primer triunvirato y lo reemplazó con hombres afiliados a su causa (véase el capítulo v).

Lo propio, con diferencia de matices, aconteció en Mendoza en febrero de 1815. Después de parodiar una licencia por su mal estado de salud, armó un simulacro de revuelta popular —acompañada por un escuadrón de milicias, sin armas (?)— y el Cabildo, por él presidido, lo instó a continuar en el gobierno. San Martín, dice Mitre, «guardó un silencio que fue interpretado como asentimiento al voto público, y enseguida firmó el acta en medio de grandes aclamaciones»^[102].

No solamente defendió elegante e inteligentemente el cargo de gobernador intendente de Cuyo que venía ejerciendo —importantísimo hito en el plan inglés— mandando de vuelta al coronel Perdriel, sino que consiguió sacarse de encima a Alvear con la colaboración de su suegro, don Manuel Antonio Escalada, quien presidía el Cabildo de Buenos Aires.

Como sabemos, Alvear fue destituido y en su lugar nombrado Rondeau que, por estar al frente del Ejército del Norte, no asumió el cargo, haciéndolo interinamente el coronel Álvarez Thomas.

Es obvio, es clarísimo, que San Martín participó en esos conflictos internos por

una razón muy sencilla: tanto Buenos Aires como Mendoza eran puntos claves del Plan Continental de cuya ejecución era responsable ante sus mandantes, y de ninguna manera podía permitir que persona alguna —aun miembro o hermano de la logia, como en el caso de Alvear— pusiera obstáculos en el camino trazado.

Fácil es advertir la notable coherencia del comportamiento de San Martín; en función del Plan Continental participó directamente en dos insurrecciones domésticas, mas cuando fue convocado para evitar la anarquía del país y para organizar la eventual defensa de Buenos Aires de un ataque militar español, como ello afectaba la concreción del proyecto inglés, se excusó aduciendo males de salud y la inutilidad de su intervención para terminar con el caos y poner orden en la nación.

Ese modo de actuar de San Martín en las dos zonas estratégicas mencionada tiene su explicación natural. Sobre Buenos Aires y Cuyo debía mantener un estrecho control para preservar o aumentar su influencia con una única finalidad: obtener los recursos materiales y humanos que necesitaba para la formación del Ejército de los Andes.

Otra gran cualidad de San Martín fue ésa: la de conseguir apoyo tanto en Buenos Aires como en Cuyo para proveerse de medios, se tratara de dinero, caballos, mulas, hombres, armas, víveres, etc., fuera mediante contribuciones voluntarias y exacciones o confiscaciones.

Sobre ello bueno es leer a Mitre, quien describe minuciosamente las distintas modalidades que utilizó el gobernador intendente de Cuyo para procurarse todo lo que era menester, especialmente de dinero.

Ya en 1819 San Martín tenía preparado el ejército que debía ir al Perú, contaba con la «marina independiente» de Cochrane y estaba aprestado para llevar adelante el último tramo de la campaña que le fuera encomendada. Ya había dejado casi agotadas tanto a Buenos Aires como a Cuyo y se encontraba en condiciones de prescindir de su ayuda. A tal punto sacó ventajas de la coyuntura y de su relación con Pueyrredón y Rondeau —que sucedió a aquél en el cargo de director supremo— que a fin de proveerse de más recursos simuló acatar la orden de volver a Buenos Aires para «aumentar los elementos de que necesitaba para su gran empresa»^[103].

Escribe Mitre:

... todo estaba listo en Chile para emprender la expedición al Perú, en prosecución de lo acordado por la logia [...] Contestó oficialmente a los de Chile que aceptaba gustoso la dirección de una empresa de que dependía la suerte decisiva de la América, y se pondría inmediatamente en marcha, si la renovación de la guerra civil no se lo impedía. En su correspondencia confidencial con O'Higgins se expresaba en el mismo sentido; pero anunciábale que en vista de estas novedades suspendía su proyectado viaje al litoral^[104].

Esto indica, insisto, que San Martín no obedeció las órdenes de Pueyrredón y de Rondeau —ambos hermanos de la logia pero por su grado seguramente no estaban al tanto de las instrucciones londinenses—, no ya por su repugnancia por enfrentarse con la montonera sino, esencialmente, porque ese movimiento de tropas y de su

persona estaba fuera del programa y no solamente podía retardar la campaña peruana sino frustrarla.

Y en ese juego político-militar no estaba exclusivamente en el tapete el interés americano de terminar con el dominio español. San Martín estaba comprometido hasta la médula con los ingleses: debía cumplir el plan que le habían encargado y de ninguna manera podía apartarse de las instrucciones que le daban. No debemos olvidar la rigidez y la severidad de la estructura logista que establecía gravísimas sanciones a quienes se apartaran de su disciplina y de las órdenes que enviaban los «venerables», de otro modo no se explica ni puede explicarse su desobediencia.

Enrique de Gandía lo dice expresamente: «... muchos historiadores han creído que San Martín fue llamado para combatir a los caudillos. El llamado no tenía este fin. Era para oponerse a los veinte mil hombres que iba a enviar España. *La logia secreta que gobernaba en Chile* propuso destinar el ejército a la liberación de Perú... San Martín no desobedeció a la orden de traer el Ejército de los Andes. La obedeció y dio otras órdenes para que se cumpliera, pero la *logia secreta dispuso lo contrario...*»^[105].

Más claro y terminante que ese párrafo es aún el que sigue: «... no sabían que combatían con un general [San Martín] que no *obedecía a ningún país, salvo a la logia secreta* que tenía el nombre de 0-0: la Cadena de la Amistad»^[106].

Para juzgar adecuadamente este hecho —la desobediencia— es también muy importante tener en cuenta que en Chile estaban Cochrane y la marinería inglesa prestos para realizar la campaña peruana. Los movimientos de ambos militares estaba sincronizados desde Londres porque tanto el uno como el otro, como ya lo dije antes, respondían a los mismos mandos ingleses, cada uno con cierta autonomía en su acción pero siempre dentro del mismo plan.

Prueba de que Cochrane no estaba subordinado a San Martín sino al gobierno inglés es la postura que adoptó al desechar de plano y sin discusión una idea de aquél sobre el envío de barcos de la «escuadra independiente» para interceptar a la flota española en el Atlántico; otra es la expresión, citada por Mitre, del almirante escocés acerca de la misión que tenía que cumplir —terminar con los barcos hispanos en el Pacífico—, en la que le «iba la cabeza»^[107].

Comenta Mitre que a partir de la desobediencia de 1819 «la posición del Ejército de los Andes y la de San Martín era doblemente anómala. El ejército, con la bandera nacional, no tenía gobierno al que obedecer, y sólo dependía de un general que había desobedecido al gobierno que acababa de desaparecer. El general [...] se encontraba sin patria en cuyo nombre obrar, y sin gobierno ante quien justificarse o que diera sanción a sus actos. Para regularizar esta situación, como él lo entendía, o para habilitarse con nuevos poderes, entregó a la deliberación de sus subordinados su autoridad militar y la prosecución de sus designios»^[108].

Este episodio de marzo y abril de 1820 es conocido como el «Acta de Rancagua», erigido también por los historiadores como hecho plausible y trascendente cuando a

todas luces se advierte que se trató de otra grosera parodia.

Es bueno que refresquemos esa historia porque está íntimamente vinculada a la recordada desobediencia. Nos cuenta De Gandía al respecto: «... San Martín comprendió que todo estaba perdido. No tenía una autoridad que lo respaldase y *pensó que su deber era renunciar*. Estaba en Santiago de Chile. El 26 de marzo de 1820 escribió una carta al coronel Juan Gregorio de Las Heras, jefe del Estado Mayor del Ejército de los Andes. “Este pliego”, le decía, “no se abrirá hasta que se hallen reunidos todos los señores oficiales del Ejército de los Andes y sólo a su presencia se verificará”»^[109].

El 2 de abril se abrió la carta frente a todos los oficiales. En ella decía: «El Congreso y director supremo de las Provincias Unidas ya no existen: de estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del Ejército de los Andes y de consiguiente creo que mi deber y obligación es manifestarlo al cuerpo de oficiales del Ejército de los Andes para que ellos por sí y por su espontánea voluntad nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos y salvar de ese modo los riesgos que amenazan la libertad de América...»^[110].

Comenta Enrique de Gandía que «los oficiales allí presentes estaban dispuestos a obedecer lo que había ordenado San Martín. Sólo faltaba una simple votación». Fue en esas circunstancias en que tomó la palabra el coronel Enrique Martínez, comandante del Regimiento 8, quien dijo que «no debía procederse a la votación por ser nulo el fundamento que para ello se daba, de haber caducado la autoridad del señor general»^[111].

Señala el historiador que Martínez «sostuvo un principio que rechazaba el pedido de San Martín de aceptar su renuncia y nombrar otro jefe. Esto significaba hacer del Ejército de los Andes una fuerza militar imponente que no pertenecía a ninguna nación... Los oficiales que escucharon al coronel Martínez reflexionaron. La historia de Europa no conocía un caso semejante. Un ejército sin patria, compuesto por argentinos, que actuaba en otro país y se lanzaba a la conquista y liberación de Perú. No se conocía nada comparable. Y era, precisamente, la mayor fuerza que la Europa absolutista tenía que vencer en América. El príncipe de Metternich, el zar de Rusia, los reyes de Francia y de España, no sabían que combatían con un general que no *obedecía a ningún país, salvo a la logia secreta* que tenía el nombre de 0-0: la Cadena de la Amistad. La decisión de Rancagua lograría la independencia de América y cambiaría los destinos del mundo. La historia de Occidente sería otra».

Y continúa De Gandía:

Los oficiales consideraron «esta objeción». El primero en hablar fue el coronel don Mariano Necochea. Declaró que estaba de acuerdo con lo que había dicho el coronel Martínez. Lo mismo repitieron los coroneles Conde y Alvarado. Entonces se procedió a votar. Todos los votos unánimemente convinieron en lo mismo. El coronel Enrique Martínez redactó el acta inmortal. Quedó «sentado» como base y principio «que la autoridad que recibió el señor general para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país no ha caducado, ni puede caducar, porque su origen “que es la salud del pueblo”, es inmutable»^[112].

Y culmina el párrafo diciendo:

Era la autodeterminación de los pueblos. Los derechos naturales del hombre imponían su voluntad, Martínez había transformado el Ejército de los Andes en una nación que elegía a su gobernante y resolvía su futuro...

El lector coincidirá conmigo que esta invocación del principio de autodeterminación no resiste el menor análisis pues no guarda en absoluto ninguna relación con lo que conceptualmente se conoce y se estudia como tal en la ciencia política. La disonancia que existe entre el episodio de Rancagua y esa idea, que emana de otra de igual jerarquía, la soberanía popular, es tan abismal, tan absurda, que su simple mención produce estupor.

Pero dejemos en paz los principios y analicemos el hecho sencillamente, sin pretender hacer un encuadramiento político-filosófico. Una pregunta simple me viene a la mente: si poco tiempo antes San Martín desoyó reiterada y abiertamente al gobierno al que formalmente le debía acatamiento, ¿es creíble, es posible creer que por la caída de esa misma autoridad el general de los Andes se haya visto compelido u obligado a renunciar? ¿Acaso la logia que le había ordenado marchar a Perú se lo hubiera permitido? ¿Qué sentido tenía hacerlo si oficial y confidencialmente había «aceptado gustoso» la dirección de la campaña de Perú?

Todas estas preguntas no tienen respuesta lógica. Ello habla a las claras que el Acta de Rancagua fue una simple escena teatral montada con el objeto de investir de autoridad formal al jefe del Ejército de los Andes frente a los oficiales, suboficiales, tropa, civiles, etc., que seguramente no tenían la menor idea de quiénes eran los que manejaban la guerra y la política entre bambalinas.

En el próximo capítulo sabremos nombre y apellido de esos personajes.

CAPÍTULO IX

LAS FUENTES SECRETAS DEL PLAN DE SAN MARTÍN

Al cruzar los Andes para derrotar a los españoles en Chile (1817-1818) el libertador José de San Martín puso en práctica un plan que guarda asombrosas coincidencias con otro, concebido en Inglaterra a principios de 1800. El plan británico fue presentado por el mayor general *sir* Thomas Maitland a Henry Dundas (más tarde primer vizconde Melville), secretario de Guerra en el gobierno de William Pitt, El Joven. El documento ha permanecido inédito desde entonces. No hay ninguna referencia al Plan Maitland en la bibliografía sobre la independencia de Hispanoamérica.

Así comienza Rodolfo H. Terragno su artículo titulado «Las fuentes secretas del Plan Libertador de San Martín» publicado en *Todo es Historia* (231, agosto de 1986).

En este capítulo voy a reproducir las partes sustanciales de esa publicación. En razón de su extensión en algunos casos acomodaré mínimamente las palabras o los párrafos, pero cuidando de no alterar en absoluto su sentido. Para una mejor exposición no voy a realizar comentario u observación alguna hasta concluir el extracto.

Yo tuve la suerte de encontrar una copia original del Plan Maitland en Edimburgo, a principios de 1981, mientras realizaba una investigación en archivos escoceses. El objetivo de esa investigación era obtener datos sobre James Duff, cuarto conde de Fife, y otros posibles contactos de San Martín.

Muchos oficiales escoceses estuvieron envueltos durante el siglo XIX en planes para atacar a España en América o ayudar a las colonias en su lucha por la independencia. La Compañía de las Indias Orientales (East India Company), encabezada por el propio Dundas, tenía su propio ejército y estaba preparada para cumplir un papel protagónico en cualquier intento británico de realizar operaciones militares en Hispanoamérica.

Con gran sorpresa, entre los papeles de *sir* Thomas encontré 47 hojas manuscritas, sin fecha, que un empleado del Archivo General de Escocia había registrado bajo el siguiente título: «Plan para capturar a Buenos Aires y Chile y luego “emancipar” Perú y Quito». La posible fecha del documento, según ficha del Archivo General de Escocia, era entre 1800 y 1803. No había indicación alguna de que ese plan hubiera sido presentado al gobierno británico.

La reconstrucción de la historia me llevó más de un año... El resultado de mi investigación muestra que al despuntar el siglo XIX, cuando el poder colonial de España aún estaba intacto, Maitland previó que el dominio español en Sudamérica sólo llegaría a su fin cuando Perú fuera independiente. Su profecía comenzaría a cumplirse veintiún años más tarde, cuando San Martín entró en Lima, proclamó la independencia de Perú y se convirtió en su primer gobernante.

En las páginas que siguen mostraré, primero, la extraordinaria similitud entre el plan concebido por Maitland en 1800 y la campaña llevada a cabo por San Martín entre 1817 y 1821. Luego examinaré la historia del Plan Maitland y la posibilidad de que San Martín lo haya conocido.

En la traducción del Plan Maitland, escrito en inglés de hace casi dos siglos, he procurado ser lo más literal posible, absteniéndome de toda modernización o simplificación de estilo.

Seguidamente, bajo el subtítulo «El plan Maitland», Terragno aborda el tema y transcribe la traducción del original. Dice:

A diferencia del venezolano Francisco de Miranda y de otros militares británicos, Maitland no creía que un ataque sobre Caracas y Buenos Aires pudiera —aun siendo exitoso— quebrar el dominio español en América: Maitland sostenía que «una Expedición a Caracas desde las Indias Occidentales, y una fuerza enviada a Buenos Aires podrían en verdad tender a la emancipación de los Colonos Españoles en las posesiones orientales, pero el efecto de tal emancipación, aunque considerable, no podría jamás ser tenido por seguro en las más ricas posesiones hacia el occidente, y es menester observar que la única utilidad y principio por el cual los Españoles han asignado consecuencia a sus posesiones orientales es que, reteniéndolas, ellas actúan como una defensa para sus más valiosas posesiones al occidente».

A fin de tomar esas «más valiosas posesiones», Maitland propuso:

1. Ganar el control de Buenos Aires. «Debería realizarse un ataque sobre Buenos Aires». Para eso, Maitland calculó que harían falta cuatro mil soldados de infantería y mil quinientos de caballería, «con una proporción de artillería».
2. Tomar posiciones en Mendoza. «Subsecuentemente a la captura de Buenos Aires el objeto debería ser enviar a un cuerpo a tomar posiciones al pie de la ladera oriental de los Andes, propósito para el que la ciudad de Mendoza es indudablemente la más indicada.»
3. Coordinar acciones con un ejército en Chile. Este otro ejército debía consistir de tres mil soldados de infantería y cuatrocientos de caballería «con una proporción de artillería». La mitad de la infantería debía «proceder de Inglaterra al Cabo de Buena Esperanza en barcos destinados últimamente a Sudamérica». La otra mitad debía ser «dotada por India, y proceder, cuando esté lista, directamente a la Bahía Botany», en Australia, a los efectos de navegar luego a Sudamérica. El objetivo de tal ejército debía ser «indudablemente el Reino de Chili» [sic]. Debía atacar Valparaíso y Santiago o, «si encontrara que los Españoles se hallan en fuerza tal como para hacer que un inmediato ataque sobre Valparese [sic] o St. Iago [sic] sea imposible en el primer momento, actuar sobre el Río Biobio y fortificarse mediante una inmediata conexión con los Indios».
4. Cruzar los Andes. «El cruce de los Andes desde Mendoza a las partes bajas de Chili es una operación de cierta dificultad... Aun en verano el frío es intenso; pero con tropas sobre cada lado cuesta suponer que nuestros soldados no pudieran seguir una ruta que ha sido adoptada desde hace mucho como el más deseable canal para importar negro al Reino de Chili».
5. Derrotar a los españoles y controlar Chile. El objetivo en esta etapa era «aniquilar el gobierno (español) del Reino de Chili» y convertir a ese reino en «un punto desde el cual podríamos dirigir nuestros esfuerzos contra las provincias más ricas». Ésta era la tarea a cumplir por las fuerzas unificadas del ejército que debía cruzar los Andes y el que llegaría por mar.
6. Proceder por mar a Perú. «Si este plan tuviera éxito en toda su extensión, la Provincia de Perú debería quedar pronto expuesta a una captura segura» y «últimamente nosotros podríamos extender nuestras operaciones hasta tener certeza de deponer por completo el sistema colonial, usando la fuerza si fuere necesario». Lo indicado era evitar toda violencia innecesaria: «*Un coup de main* [en francés en el original] sobre el puerto del Calao [sic] y la ciudad de Lima podría en verdad probablemente ser exitoso y mucha riqueza sería ganada por los captores, pero este mero éxito, a menos que fuera asistido por nuestra capacidad de mantenernos en el Reino de Perú, podría terminar últimamente excitando la aversión de los habitantes contra cualquier futura conexión, de cualquier clase, con Gran Bretaña».
7. Emancipar Perú. «El fin de nuestra empresa debía ser indudablemente la emancipación de Perú y Quito.»

POR QUÉ Y CÓMO MAITLAND DESCRIBIÓ SU PLAN

En este capítulo Terragno hace un minucioso relato de los antecedentes del plan. Señala que Maitland (1759-1824) fue un oficial naval escocés, miembro del

Parlamento, integrante de la Junta de Contralor (poderoso organismo del ente paraestatal llamado «Compañía de las Indias Orientales» cuartel general de la mayoría de quienes planeaban nuevas conquistas, no sólo en India sino también en el Caribe y en Sudamérica) y consejero privado de la Corona (desde el 8 de abril de 1807).

Vinculado al secretario de Guerra Henry Dundas, «el más firme promotor de acciones británicas en Hispanoamérica», y a *sir* John Coxe Hippisley, otro miembro del Parlamento y oficial del ejército de la Compañía de Indias Orientales. Este último participó en discusiones que Dundas había mantenido acerca de una posible acción militar sobre los asentamientos españoles en América.

Hippisley vivió varios años en Roma, donde desempeñó tareas secretas para el gobierno británico y fue allí donde obtuvo «información sobre los modos de atacar las colonias españolas» proporcionada por jesuitas expulsados de España y otras posesiones de ultramar y confinados en territorio vaticano.

Entre los jesuitas exiliados, los más conspicuos conspiradores contra España (y allegados a los británicos) eran Juan José Godoy y Juan Pablo Viscardo. El primero era mendocino y había partido al exilio junto con otros jesuitas —Miguel, Javier y Bernardo Allende—, todos ellos de Mendoza.

Apunta Terragno que Hippisley «debió recibir de ellos información muy precisa acerca de Cuyo, incluyendo detalles sobre los pasos cordilleranos que unían Mendoza con Chile». Esto explicaría que Maitland escogiera con tanta confianza Mendoza como «indudablemente indicada».

A comienzos de 1800 Hippisley escribió un memorial para Dundas sugiriéndole una rápida acción sobre las colonias españolas. Una copia de ese memorial le fue entregada por Hippisley a Maitland junto con el encargo de elaborar un plan militar que sería elevado al secretario de Guerra.

Maitland trazó un plan preliminar sobre la base de la información que le proveyó Hippisley. Ese plan preliminar consistía de un ataque sobre la Rivière de la Plate [*sic*]. A ese fin, Maitland sugirió la formación de un ejército de diez mil hombres cuyo esqueleto debía estar formado por regimiento de India. Una flota de la Compañía de las Indias Orientales, comandada por *sir* Richard Husey Bickerton debía reforzar la expedición, cuyo objetivo era —según Maitland— asegurarle a Gran Bretaña «nuevos y extensos mercados para nuestras manufacturas».

Dundas recibió el plan y decidió discutirlo con el propio Maitland. El secretario de Guerra estaba de acuerdo en la importancia de asegurar mercados pero, «con independencia de un beneficio parcial». Quería adoptar «una visión general de la cuestión» y considerar un plan para tomar «toda Hispanoamérica».

Fue entonces cuando Maitland concibió su plan definitivo.

Dundas creía que un ataque sobre Caracas debía complementar el ataque sobre el Río de la Plata, pero Maitland no estaba de acuerdo. Él creía que la clave del poder español en América era la costa occidental. Tomar control del Río de la Plata y luego, de la costa occidental, aseguraría —era su tesis— la derrota de España. Por lo tanto, Maitland agregó «una fuerza que actúe en la costa occidental» a su idea original, y propuso que a esa fuerza se uniera el ejército que debía tomar el control de Buenos Aires. Eso requería el cruce de los Andes. Era —en opinión de Maitland— el único modo de ocupar la parte austral de Sudamérica y proceder a Perú.

El plan fue presentado al gobierno de Su Majestad. No hay registro de su aprobación o rechazo. El gobierno de Pitt El Joven cayó enseguida, en febrero de 1801.

El Plan Maitland no fue el único de esa clase, ni la contribución de Maitland fue un hecho casual. La idea de extender el domino británico a Sudamérica fue recurrente en Londres, antes y después de 1800.

Terragno considera que Maitland era miembro de un grupo político consagrado a la expansión mercantil y militar británica, con especial interés en Sudamérica.

El Plan Maitland no fue una mera ocurrencia y aun cuando no fue puesto en práctica, no pudo caer en el olvido fácilmente.

En realidad, la idea central del Plan Maitland —tomar control de un punto de la costa atlántica de Hispanoamérica para, luego, iniciar desde allí un ataque sobre Perú— había sido considerada por el gobierno británico con anterioridad.

Ya en setiembre de 1796. Dundas —conocido en Escocia como el «rey sin corona» por su extraordinario poder— había recibido un plan, precursor del Plan Maitland. Su autor era Nicholas Vansittart, un colega de Maitland en el Parlamento, que más tarde se hizo amigo de Miranda.

Aquel plan pionero se titulaba «Proposiciones para una expedición contra Hispanoamérica por el Océano Pacífico». El objetivo de esa expedición (naval) era tomar Buenos Aires y, luego, cuando fuera «la estación adecuada para rodear el Cabo de Hornos», establecer «un asentamiento permanente en Chile a fin de interceptar cualquier fuerza que pudiera ser despachada desde Europa», y más tarde «confluir hacia El Callao». Vansittart destacaba que, «habiéndose adueñado de Chile los ingleses, que podían constituir una buena base naval, deberían atacar Callao y Lima con fuerzas combinadas», esto es, un escuadrón naval procedente de India y otro de Inglaterra. Dundas escribió al dorso del documento que le presentó Vansittart: «Nota relativa a nuestros presentes modos de atacar Hispanoamérica en el Océano Pacífico».

El Plan Vansittart fue aprobado pero luego se lo canceló, no de buena gana, en febrero de 1797: los crecientes problemas de Europa obligaron a Gran Bretaña a concentrar esfuerzos en el Viejo Mundo. Según expresión del propio Dundas, «tanto Trinidad como Buenos Aires» debían considerarse «pobres adquisiciones si fueran a obtenerse con sacrificio del Mediterráneo».

Es probable que Maitland haya tomado en cuenta el Plan Vansittart, que él modificó al sugerir que, en vez de una mera expedición naval al Pacífico, se previera el desembarco de un ejército que se apoderase de Buenos Aires y luego cruzara los Andes.

Maitland recibió abundante información de Dundas e Hippisley. Así, entre sus papeles aparecen algunos documentos dirigidos a Dundas, tales como informes sobre el clima de Sudamérica...

Maitland sacó provecho, asimismo, de la información que Hippisley obtuvo de los jesuitas en Roma, y tuvo acceso a un memorial escrito por el ingeniero jefe de la expedición comandada por Jean Francisque de la Perouse a Sudamérica, en 1788. La Perouse había sido enviado a esta parte del mundo por Luis XVI «para examinar qué puertos o estaciones de Hispanoamérica serían más convenientes para Francia y más deseables para ocupar».

Desde principios de 1806, Hippisley presionó al secretario de Guerra William

Windham para que llevara a cabo los planes de una expedición para atacar Hispanoamérica y establecer su independencia, «reservando sólo el Puerto a Inglaterra».

Al año siguiente, el general Robert Craufurd fue nombrado para ejecutar un plan con notorias reminiscencias del Plan Maitland. Tenía que tomar control de Chile y Perú en coordinación con otras fuerzas que se encargarían de ocupar Buenos Aires. Este plan fue abortado por la expulsión de los ingleses de Buenos Aires, pero es claro que la idea de atacar a los españoles simultáneamente en el Río de la Plata y Chile, y luego en Perú, se había afirmado entre los estrategas británicos en 1807.

Aquel fracaso cambió el rumbo de la estrategia británica. Hasta entonces se había discutido en Londres si Inglaterra debía procurar la conquista o la emancipación de Hispanoamérica. Después de ser expulsados de Buenos Aires, los ingleses sintieron que la cooperación de los pueblos de las colonias era indispensable. Como el líder de la fallida expedición al Río de la Plata (Beresford) lo diría más tarde (a lord Castlereagh), conquistar Hispanoamérica era una «ilusión»; la única idea sensata era «una oferta de independencia». Eso era lo que había previsto Maitland en 1800. En el documento que le presentó a Dundas subrayó la necesidad de «la emancipación de esas inmensas y valiosas posesiones y la apertura de fuentes de [...] beneficio para nosotros por vía de inducir a los habitantes a abrir sus puertos para la recepción de nuestras manufacturas y de las materias primas de la India». Si el propósito era simplemente reemplazar a España en el dominio de estos territorios —advirtió Maitland al secretario de Guerra— eso derivaría en «la aversión de los habitantes». Inglaterra necesitó un desastre en el Río de la Plata para advertir que la política sugerida por Maitland era la más atinada.

Aun después de aquel desastre una expedición a Hispanoamérica no quedó completamente descartada. Empezó a especularse que conquista y emancipación podían combinarse. Tomar control de una sola colonia podía ofrecer una base de operaciones desde la cual brindar apoyo efectivo a los movimientos independentistas de otras colonias. El general *sir* Arthur Wellesley, luego duque de Wellington —que años más tarde derrotaría a Napoleón en Waterloo— fue designado al frente de un ejército de diez mil hombres, estacionado en Cork, Irlanda. La intención era que esa fuerza se uniera a la del general Brent Spencer —cinco mil hombres estacionados en Cádiz— y que ambas partieran rumbo a Hispanoamérica. La expedición había sido planeada por lord Castlereagh (expresidente de la Junta de Contralor) con la ayuda de Dundas. El objetivo era invadir México, enviar un escuadrón a controlar el Río de la Plata y luego promover en toda Hispanoamérica la constitución de gobiernos independientes «bajo nuestra protección y en conexión con nosotros». Dundas prefería una expedición a Buenos Aires pero luego de dos fracasos era imposible convencer al gobierno británico, y a los propios militares, de intentar otra vez la captura de Buenos Aires. El propio Dundas sugirió la acción contra México, sintiéndose «en la obligación de abandonar» la expedición al Río de la Plata, muy a

su pesar.

En el verano de 1808, después de la invasión napoleónica a España y Portugal, Inglaterra cesó las hostilidades contra España, terminando así una larga confrontación. El ejército que debía venir a invadir Hispanoamérica fue derivado a la península para ayudar a la resistencia portuguesa y española.

Seguidamente, Terragno pasa a examinar la posibilidad de que San Martín haya conocido el Plan Maitland, teína que desarrolla en cuatro capítulos. En el primero, «La conexión peninsular», detalla las relaciones británicas de San Martín en España. Haré una breve reseña de los antecedentes de cada una de las personalidades que menciona.

JAMES DUFF (más tarde, cuarto conde de Fife). Este escocés jugó un papel de gran importancia en la decisión de San Martín de venir a Sudamérica a pelear por la independencia. Aunque británico, Duff estaba incorporado al ejército español, donde conoció a San Martín. Los dos hombres pelearon hombro a hombro y desarrollaron una «profunda y duradera amistad». [...] Se ha sugerido que fue Duff quien urgió a San Martín a abandonar España, ir a Londres y de allí embarcarse para Buenos Aires a fin de iniciar la lucha por la independencia sudamericana. El historiador británico J. C. J. Metford especula: «Una explicación para este asombroso abandono de lealtad de parte de un soldado que había jurado fidelidad a España es que San Martín fue impulsado al movimiento independentista hispanoamericano por simpatizantes británicos, y que fue reclutado merced a James Duff...».

Es una hipótesis demasiado atrevida: en diversas oportunidades, San Martín dio prueba de su independencia de Gran Bretaña, y se opuso decididamente a todo proyecto colonial de los ingleses en Sudamérica.

El mismo Metford reconoce que en 1845, cuando la escuadra anglo-francesa bloqueó el Río de la Plata:

San Martín tomó desde el principio partido por Rosas y escribió cartas llenas de admiración y consejos para el dictador argentino. San Martín admiraba a Rosas por su firme actitud frente a la intervención extranjera en los asuntos argentinos y en su testamento dejó a Rosas el sable que lo había acompañado en sus campañas, como testimonio de la satisfacción que, como argentino, sintiera al ver la firmeza con la que Rosas había mantenido «el honor de la República contra los injustos reclamos de extranjeros que trataron de humillarla». Una Sudamérica independiente, libre de toda atadura a Europa, fue el ideal de San Martín hasta el fin de sus días.

Continúa Terragno:

No obstante, es un hecho que Duff ayudó a San Martín a salir de España: merced a aquel escocés, el futuro Libertador obtuvo un pasaporte para Londres y un pasaje en un barco inglés. Duff le dio, asimismo, cartas de presentación y letras de crédito (que San Martín no usó).

Años más tarde, cuando San Martín regresó a Gran Bretaña tras su campaña sudamericana, en 1824, Duff |...J lo recibió, lo alojó por unos días en Duff House, Banff (Escocia), e hizo que se lo nombrara ciudadano honorable de Banff.

Duff estaba relacionado con el príncipe regente, el futuro rey Jorge IV. Tenía, además, numerosas amistades en el gobierno británico. En la península, Duff había trabado óptimas relaciones con Wellesley, militar que «había sido consultado en diversas oportunidades por los ministros de Su Majestad, sobre todo por lord Castlereagh, acerca de modos de atacar las posesiones coloniales de España. Hay más de un memorial de Wellesley sobre la materia».

Duff tenía una estrecha relación con oficiales británicos que habían participado activamente en planes para separar a Hispanoamérica de España. Su propio hermano, el general *sir* Alexander Duff, había comandado el 88° Regimiento durante la ocupación de Buenos Aires en 1806. *Sir* Samuel Ford Whittingham, un amigo de toda la vida de Duff, había tomado parte en el segundo intento de tomar Buenos Aires, en 1807.

SIR SAMUEL FORD WHITTINGHAM. Tanto éste como San Martín participaron en la batalla de Bailén (18 de julio de 1808), después de lo cual Whittingham fue promovido a coronel de caballería y San Martín a teniente coronel de caballería.

En 1806 integró la fuerza comandada por Craufurd que llegó a Montevideo en junio de 1807, ciudad que había sido capturada por Samuel Auchmuty. Como ayudante de campo de Whitelocke intervino en la tentativa de recapturar Buenos Aires; tras el fracaso volvió a Inglaterra y luego pasó a España.

WILLIAM CARR BERESFORD. El 15 de mayo de 1811, tanto San Martín como Duff tomaron parte en la batalla de Albuera a las órdenes de Beresford. Un mes más tarde, Beresford condujo el segundo sitio de Badajoz y, otra vez, ambos sirvieron a sus órdenes. Ésta fue la última acción de San Martín en la península: enseguida se retiró y el 14 de setiembre de 1811 se embarcó en el buque inglés que lo llevó a Londres.

Prisionero de los criollos después de la reconquista de Buenos Aires, escapó con la ayuda de Saturnino Rodríguez Peña cuyo hermano Nicolás se convertiría en amigo de San Martín. Saturnino era masón y recibía «una asignación del general Whitelocke y una pensión del gobierno británico».

ROBERT CRAUFURD. Colega de Maitland en el Parlamento, peleó en España entre 1809 y 1812. Antes había participado en la frustrada invasión a Buenos Aires.

SIR DAVID BAIRD. Peleó en la India al mismo tiempo que Maitland participó como jefe de una brigada en la primera invasión a Buenos Aires y luego integró el ejército inglés que luchó contra Napoleón en España.

SIR CHARLES STUART. Diplomático británico amigo de Duff, que servía en España. Le otorgó a San Martín el pasaporte a Londres en 1811. Era, junto con Beresford, miembro de la regencia portuguesa.

Terragno termina el capítulo señalando que «San Martín tuvo innumerables oportunidades de conocer los objetivos británicos en Hispanoamérica. Había estado rodeado de personajes que jugaron papeles centrales en la formulación de proyectos y estaban familiarizados con todas las alternativas que durante más de veinte años se habían analizado en Londres».

En «La conexión londinense» el autor apunta que San Martín desde que llegó de España hasta que zarpó para el Río de la Plata pasó casi cuatro meses en Inglaterra. En ese lapso, aparte de sus relaciones con revolucionarios hispanoamericanos (Andrés Bello, Miranda), «pudo tomar contacto en Londres con algunos notables británicos a quienes Duff lo había referido».

En aquel momento, como aliada a España, Inglaterra no podía entrar en tratos formales con revolucionarios hispanoamericanos. Por otra parte, San Martín era un personaje desconocido, nadie podía sospechar su futura importancia, y la misión que se había propuesto debía ser mantenida en el más estricto secreto. No es sorprendente, por todo eso, que no haya registro de las conversaciones que el Libertador pudo haber tenido en Londres durante los meses que pasó allí antes de zarpar para Sudamérica.

Sin embargo, es posible construir una lista de personalidades con las cuales, verosímelmente, San Martín pudo tener contacto directo o indirecto:

GEORGE CANNING. «El heredero de Dundas» había jugado un papel protagónico en todo proyecto oficial relativo a Hispanoamérica y Duff estaba vinculado con él. Poco después de que San Martín dejara Inglaterra, en 1812, Canning recibió el mismo honor que San Martín recibiría a su regreso de Gran Bretaña, doce años más tarde: el título de ciudadano honorario de Banff, la pequeña ciudad escocesa que era, en realidad, un leudo de los Duff.

En 1811 Canning era miembro del Parlamento (desde 1794) y consejero privado de la Corona, junto con Maitland. Once años antes, cuando Maitland escribió su plan, Canning —amigo de Dundas— era comisionado de la Junta de Contralor. Uno de los más fervorosos partidarios de la independencia de

Hispanoamérica —considerada para él esencial al interés británico—. Canning fue canciller entre 1807 y 1809, por recomendación de Wellesley.

LORD CASTLEREAGH. Expresidente de la Junta de Contralor (1802-1806) y secretario de Estado de Guerra y Colonias (1807-1809), Castlereagh compartía con Dundas algunas ideas sobre el modo de llevar a cabo un ataque sobre Sudamérica. En una carta al propio Dundas (para entonces lord Melville), Castlereagh confesó en 1808: «... la cuestión de separar a las Provincias Hispanoamericanas de España, que por tanto tiempo ha ocupado vuestra mente [...] nunca ha cesado de ser el objeto de mi más ferviente atención». En otra ocasión, Castlereagh escribió: «La liberación de Hispanoamérica debe ser alcanzada a través del deseo y los esfuerzos de sus habitantes, pero el cambio sólo podrá operarse bajo la protección y con el apoyo de una fuerza auxiliar británica».

ROBERT SAUNDERS DUNDAS, segundo vizconde Melville. Dundas (su padre) murió el 28 de mayo de 1811, pocos meses antes de la llegada de San Martín a Londres. Su único hijo, Robert Saunders, había sido secretario privado de su padre entre 1794 y 1801, incluyendo el período cuando Maitland le presentó su plan a Dundas. Por otra parte, en ese mismo período Robert Saunders había sido colega de su padre y del propio Maitland en el Parlamento. Los tres eran escoceses. Robert era masón al igual que Duff.

En 1811, Robert Saunders Dundas era presidente de la Junta de Contralor: un puesto para el cual había sido nombrado el 6 de abril de 1807 y, otra vez, el 13 de noviembre de 1809.

SIR HOME RIGGS POPHAM. Él y Beresford —superior de San Martín en la península— habían lanzado el ataque sobre el Río de la Plata en 1806. Popham estaba en Londres en 1811 [...] había asesorado al gobierno británico más estrechamente vinculado a Miranda.

THOMAS A. COCHRANE (más tarde conde de Dundonald). En 1806 ayudó a Miranda en las Indias Occidentales, cuando el venezolano (consultor del gobierno británico) planeaba su fallido desembarco en Venezuela. Como Maitland, Cochrane era escocés, marino, miembro del Parlamento (desde 1806) y hombre interesado en la expansión de Inglaterra. Un pariente de Maitland, *sir* Frederick Lewis Maitland, fue enviado en 1809 en auxilio de Cochrane que libraba una batalla decisiva contra la flota napoleónica en Aix. El mismo Maitland había servido previamente bajo George Duff, pariente del amigo de San Martín.

En 1817, después de tomar control de Chile, San Martín envió a José Álvarez Condarco a Londres, a fin de contratar un jefe para la flota que debía llevar al ejército libertador a Perú. Álvarez contrató a Cochrane.

SIR JOHN COXE HIPPISEY. El hombre que le pidió a Maitland que elaborase un plan para tomar Sudamérica. En 1811, Hippisley era miembro del Parlamento.

SIR THOMAS MAITLAND. Cuando San Martín llegó a Londres [...] Maitland acababa de regresar a Inglaterra, iras cinco años de servicio como teniente general y comandante en jefe de Ceilán. Retenía el cargo de consejero privado de la Corona, para el cual había sido designado el 8 de abril de 1807.

En el capítulo «La conexión masónica» dice Terragno: «Al tiempo de la guerra de la península, Inglaterra se debatía entre dos objetivos contradictorios. El principal era, por supuesto, detener a Napoleón, y a estos fines España y Portugal eran los únicos aliados que Inglaterra tenía en Europa. Por otro lado, un clamor público demandaba en Inglaterra que la Corona extendiera “sus conquistas al Nuevo Mundo de modo de mantener un equilibrio”, lo cual era importante tanto desde el punto de vista militar como comercial».

Napoleón había impuesto un bloqueo del continente e Inglaterra se sentía en la necesidad de encontrar nuevos mercados cuanto antes. Hispanoamérica ofrecía la oportunidad más promisorio pero los españoles se aferraban a su monopolio [...] Revolucionarios como Miranda [...] prometían libre comercio, y aun facilidades territoriales, a cambio de la ayuda militar que Inglaterra pudiera prestar a los movimientos independentistas. La oferta tentaba a Inglaterra, pero la necesidad de no irritar a sus aliados europeos frenaba toda acción práctica.

Como asociación consagrada a la libertad, igualdad y fraternidad, portadora de ideas supranacionales y amparada por el más estricto secreto, la moderna masonería (fundada en Londres en 1717) era ideal para prestar asistencia indirecta a los revolucionarios hispanoamericanos. Esto no pudo pasar inadvertido a los masones británicos, entre los cuales había figuras de tanta prominencia como el príncipe regente, opuesto a la idea de que Gran Bretaña diera apoyo formal a movimientos subversivos en Hispanoamérica. El futuro Jorge IV había sido iniciado en 1787 [...] en la Logia Príncipe de Gales. En 1811 era gran maestro de la Moderna Masonería Constitucional Inglesa.

Duff había sido admitido a la masonería en 1802. A su regreso de la península sería nombrado maestro de culto [...] en 1814 sería electo gran maestro encargado de la Gran Logia de Escocia, Edimburgo, cuyo gran maestro era el príncipe regente.

Pitt también era masón, y la masonería pudo ser el canal que Miranda utilizó para llegar a él...

En 1807, Miranda fue a Cádiz para establecer una logia en ese puerto español [...] De acuerdo con Mitre, a principios del siglo XIX la Sociedad de Lautaro, o de los Caballeros Racionales, tenía ramificaciones por toda España y estaba afiliada a la Gran Reunión Americana, establecida en Londres por Miranda [...] Fue en Cádiz [...] que San Martín decidió retirarse del ejército español en 1811. Un autor masónico sostiene que todos los miembros de la logia mirandina «tenían que ser masones».

El agente de Miranda en el Río de la Plata era Saturnino Rodríguez Peña, el hombre que liberó a Beresford después de la capitulación de los invasores británicos, en 1807. Rodríguez Peña recibía «una asignación del general Whitelocke y una pensión del gobierno británico».

En Londres, San Martín participó en reuniones de la Gran Reunión Americana, organizadas por Bello y López Méndez [...] Allí, el futuro Libertador fue promovido al quinto grado...

No hay prueba de que Maitland fuera masón. El único indicio es que era parroquiano de la Taberna de los Masones [...] punto de reunión de los Amigos del Pueblo [...] un grupo parlamentario del cual el propio Maitland era un miembro prominente. El líder del grupo era *sir* James Mackintosh, un famoso masón y abogado de la independencia sudamericana. Mackintosh otro escocés, era íntimo amigo de Cochrane.

[...] Fue la masonería escocesa, más que la inglesa, la que se vinculó a los revolucionarios hispanoamericanos. Es posible que Duff haya puesto a San Martín en contacto con los miembros de la orden escocesa.

La confirmación de las vinculaciones de San Martín con la masonería parece emerger de sus actos posteriores. Apenas llegado a Buenos Aires fundó junto con Alvear y Zapiola la Logia Lautaro, donde los «neófitos eran iniciados de acuerdo con el ritual de las logias masónicas». En los grados superiores «eran iniciados en los más elevados propósitos de la sociedad» y tras esta logia se «escondía la Logia Matriz» en la cual residía el poder supremo. La Logia Matriz estaba en Londres.

O'Higgins, discípulo de Miranda en Londres [...] formó una logia similar en Chile. Luego de que San Martín y O'Higgins cruzaran los Andes y tomaran control de Chile, el Libertador envió a José Antonio Álvarez Condarco, un masón, a Londres, donde Álvarez Condarco contrató a Cochrane.

Una vez convertido en Protector de Perú, en 1822 San Martín envió a Juan García del Río y James Paroissien como enviados personales a Londres. El objetivo de la misión era persuadir al príncipe de Saxe-Coburg, casado con la princesa Carlota, o en su defecto al duque de Sussex, de que aceptara la Corona de Perú. Leopoldo, futuro rey de Bélgica, sería proclamado Protector de la Masonería Nacional por los masones belgas, una de cuyas logias, La Perfecta Amistad, acuñó en 1825 una medalla con la imagen de San Martín. El duque de Sussex era, a la época en que San Martín pensó en él con relación a sus planes monárquicos para Perú, gran maestro de la Gran Logia Unida de Inglaterra, en reemplazo de su hermano, el príncipe regente, quien en 1813 había expresado su deseo de no ser reelecto, a fin de asumir como gran maestro de la Gran Logia de Escocia, con Duff como segundo.

Es obvio que, aun cuando no haya hecho requerimiento alguno, San Martín tuvo que tomar conocimiento en Inglaterra de todas las posibilidades de asistencia británica a sus esfuerzos por promover lo que la Logia Lautaro llamaba «la independencia y felicidad de América». Sus lazos con la masonería le facilitaban el acceso a gente como Robert Dundas. Las recomendaciones de Duff, así como los vínculos de Miranda y Bello, pueden haberlo puesto en contacto con los distintos planes británicos para «hacer una impresión» (atacar) en Sudamérica.

En el capítulo siguiente, «Los británicos en Sudamérica», escribe Terragno:

Aun después de dejar Inglaterra, pero antes de iniciar su campaña continental, es probable que San

Martín haya recibido información sobre planes británicos relativos a Sudamérica. En Córdoba conoció a otro inglés. James Paroissien quien más tarde sería su ayudante de campo y a quien el Libertador haría general peruano.

[...] En el Ejército de los Andes, San Martín contó además con los servicios del general William Miller, un masón que había peleado en la península, bajo Wellesley, desde poco después que San Martín abandonara España hasta 1814. Miller sirvió como comandante de la infantería naval, a las órdenes de Cochrane.

Todos los comandantes de la escuadra sanmartiniana eran súbditos británicos: Willinson, que había estado al servicio del ejército de la Compañía de las Indias Orientales, era el capitán del San Martín.

El comandante Robert Foster estaba a cargo del *Independencia*.

El comandante Guise era capitán del Valdivia; el subteniente J. Topoker Spry, del *Galvarino*; el subteniente T. Sackville Crosbie del *O'Higgins*; Casey, del *Chacabuco*; el subteniente Cáster, del Araucano; Young, del *Montezuma*; Cobbet, del *Potrillo*; el subteniente James Esmonde, del *Valdivia*. El comisario y juez de la flota era el sobrecargo Henry Dean.

En Buenos Aires, San Martín se mantuvo en contacto con el comodoro William Bowles, comandante en jefe de la estación sudamericana de la Armada Real, a quien el Libertador confió sus planes y problemas. En una conversación, San Martín sugirió a Bowles que Gran Bretaña enviara buques de guerra a la costa peruana —para ejercer una oportuna intimidación, al tiempo que el ejército libertador avanzara por tierra— y prometió la ulterior apertura de los puertos peruanos al comercio británico.

En 1818, San Martín gestionó a través de Bowles la mediación de Gran Bretaña en la lucha de las antiguas colonias contra España. Con ese fin, convenció a O'Higgins de dirigir, en su condición de jefe del Estado chileno, una carta al príncipe regente. El propio San Martín, por su parte, envió una carta similar a Castlereagh (12 de enero de 1818). Por lo demás, San Martín informó a Bowles que el agente del gobierno chileno en Londres, Antonio José de Irisarri, estaba facultado para ofrecer a Gran Bretaña la cesión de la isla Chiloé y el puerto de Valdivia, así como una reducción de derechos para todos los buques británicos durante treinta años, a cambio de asistencia militar. San Martín agregó que un príncipe de la familia real británica sería bien venido como monarca sudamericano, a condición de que la monarquía a establecer fuera de orden constitucional.

San Martín mantuvo, también, contactos con John Parish Robertson, un escocés que llegó al Río de la Plata en la época de las invasiones inglesas y, años más tarde, sería representante de Perú en Londres. Por invitación del Libertador. Robertson asistió en 1813, como testigo, al combate de San Lorenzo.

Es indudable que San Martín tuvo estrechas relaciones con los ingleses, primero en España, luego en Gran Bretaña y por último en Sudamérica. Algunos años después de su gesta, el Libertador confió a su hermano Justo que «de no haber sido por los esfuerzos del gobierno británico él no habría podido hacer lo que hizo en Sudamérica». San Martín anticipó sus planes a los ingleses, solicitó ayuda y, hasta cierto punto, la recibió. Estaba en contacto con militares, hombres de gobierno y diplomáticos británicos. Tuvo, por lo tanto, innumerables oportunidades de conocer un plan como el de Maitland que —como hemos visto— no fue fruto de una idea espontánea y aislada de un aficionado, sino la obra de un destacado estratega, ubicado en el riñón del imperio británico, que actuó a pedido de su gobierno.

Hasta aquí he copiado casi íntegramente la enjundiosa y prácticamente desconocida investigación de Terragno. Obvié el capítulo titulado «La discusión sobre la originalidad del Plan Continental» porque carece de todo interés discurrir acerca de un tema que está definitivamente cerrado y esclarecido. El documento hallado por Terragno —el Plan Maitland— es, ya lo dije e insisto, lapidario.

También omití transcribir o extractar el último tramo de la obra en donde el autor se esfuerza por explicar que San Martín no fue un agente inglés. Como ello será objeto de tratamiento en el próximo capítulo, solamente voy a anticipar mi discrepancia total con el punto de vista del articulista, toda vez que sus argumentos sobre el particular no avanzan sobre ninguno de los aspectos medulares del asunto. Por el contrario, al igual que otros autores, para hallar respuestas a su íntima relación con los ingleses, insinúa una alianza entre éstos y aquél, vínculo inimaginable, de

imposible concreción si tenemos en cuenta los antecedentes que precedieron a la gestión del general —los diversos planes de conquista de Sudamérica que meditaron los británicos, las dos invasiones al Río de la Plata, el cambio de la estrategia a seguir según el memorial del 1 de mayo de 1807, etc.— y lo ocurrido durante y después de ella. Pero, además, para desechar de raíz esa hipotética alianza, cabe preguntarse: ¿quién era San Martín en ese entonces para que los ingleses se «aliaran» con él?

Una alianza, un acuerdo político de alto nivel, supone la existencia de dos partes de igual o parecida importancia. ¿Acaso puede pensarse, siquiera, en un entendimiento de esas características entre el poderoso imperio británico y San Martín, un teniente coronel que había desertado recientemente de ejército español? Parecería ocioso intentar una respuesta que no sea en sentido negativo.

En lo que concierne al cuerpo principal de la labor de Terragno, el lector convendrá conmigo que existe una gran correspondencia entre mis aseveraciones —sostenidas en textos argentinos— y las que realiza aquél sobre la base de documentos británicos. El artículo es tan explícito y elocuente por sí mismo que no necesita ser interpretado o glosado. Basta con leerlo con detenimiento y cotejarlo con las fuentes históricas que cité en capítulos anteriores para sacar conclusiones inapelables.

CAPÍTULO X

SÍNTESIS

Durante el desarrollo de los diversos temas tratados en los capítulos precedentes anticipé mi opinión sobre el significado y las consecuencias de la «misión sanmartiniana» en América del Sur. Sostuve, y los elementos de juicio expuestos lo demuestran cabalmente, que San Martín fue el sucesor de Beresford y de Whitelocke, o, para ser más preciso, el jefe de la tercera invasión inglesa al Río de la Plata. Disfrazada, naturalmente, escondida dentro de la llamada «Logia de Lautaro», especie de envase hermético con etiqueta criolla que contenía la salsa inglesa que supimos digerir.

Para consumo de nosotros y del mundo sería exaltado la labor de San Martín y la de esa organización secreta como si hubiesen sido los gestores y mentores de nuestra independencia, cuando en realidad solamente fueron los que torcieron o enderezaron la lucha emprendida por los criollos patriotas hacia fines premeditados y queridos por los ingleses: la división política de América del Sur y su dominación «indirecta».

Su intromisión en las filas revolucionarias sólo precipitó los acontecimientos porque debemos convenir que tarde o temprano nuestra liberación de España la hubiésemos conseguido sin tener que recurrir al «auxilio» o a la «protección» que los ingleses se encargaron de enviarnos a bordo de la fragata *George Canning*.

Y es en la estructura y el funcionamiento de esas organizaciones secretas donde podemos descubrir fácilmente la verdadera finalidad de la misión llevada a cabo por el general.

Sobre este aspecto —los objetivos de la campaña— viene bien citar a Mitre, cuyo pensamiento coincide en lo fundamental con el de Canning, Pitt, Popham, Castlereagh y otros importantes dirigentes ingleses, acerca de la conveniencia —para ellos— de crear Estados nuevos en el extenso territorio colonial español, en oposición al criterio de Bolívar que aspiraba a la unidad de toda la América libre. Dice Mitre:

... por último, [San Martín] abdica en medio de su poderío, cuando comprende que su misión ha terminado... y se condena deliberadamente al ostracismo por necesidad y por virtud [...] Como complemento [...] de esta misión histórica, puede contemplar su obra desde el ostracismo, al ver que en definitiva la América meridional se organiza autónomamente según la constitución geográfica que derivaba de suplan de división política, formando una constelación de Estados independientes, tal como él la concibió por instinto en observancia de sus leyes naturales... Mientras se disipa el sueño delirante de la ambición de Bolívar, al pretender fundar un imperio de repúblicas independientes con una constitución monocrática bajo los auspicios militares de la hegemonía colombiana, y su fundador cae repudiado políticamente por ellas, aunque glorificado más tarde como libertador, prevaleció el plan de la hegemonía argentina, del que San Martín fue el heraldo, como fundador de repúblicas independientes, según sus

Claramente se advierte en este párrafo que los objetivos perseguidos y declarados por los políticos británicos coinciden en un todo con los logros obtenidos por San Martín.

Con respecto al papel que realmente desempeñó el vencedor de Maipú en todo esto, también podemos desentrañarlo sin mayor esfuerzo, examinando las características y modalidades de la logia que le dio acogida en su seno.

La severa regulación de la conducta de sus miembros limitaba enormemente la autonomía de la voluntad de cada uno de ellos —también, lógicamente, la de San Martín, porque «era un adepto de la Logia de Lautaro... a cuyas reglas estaba subordinado»^[114]—, de modo tal que todas las decisiones importantes que adoptaba no eran tomadas por él sino por sus mandantes. Porque no cabe duda alguna de que al ingresar en la Gran Reunión Americana, por la jerarquía que ocupaba —por su grado era el que recibía las órdenes de las matrices extranjeras— San Martín se convirtió, de hecho, en un agente inglés, en un instrumento de los británicos, toda vez que eran éstos quienes controlaban esa organización.

Para explicar mejor este punto tan importante haré una breve recapitulación. Veamos:

Es indiscutible que Inglaterra había decidido la conquista de Sudamérica ya antes de iniciarse el siglo XIX y que las frustradas intentonas de 1806 y 1807 de ocupar Buenos Aires no mermaron su interés de apoderarse de la economía de estos territorios e influir sobre el destino político de la zona. Esos fracasos provocaron solamente un cambio de la estrategia: los británicos desecharon la vía directa para dar respuesta al «clamor público» que demandaba a la Corona «que extendiera sus conquistas al Nuevo Mundo, de modo de mantener un equilibrio»^[115], y eligieron «dar energía a los impulsos locales» y presentarse como «auxiliares y protectores». Así se desprende del memorial elaborado por el secretario de Guerra, Castlereagh, el 1 de mayo de 1807, documento importantísimo, «base de una centuria y media de política británica en Sudamérica» y «piedra fundamental del imperialismo comercial e indirecto», según Ferns y Rosa, respectivamente.

La incorporación de San Martín a la lucha que habían iniciado los criollos no puede sino vincularse a la «energía» a que se refiere ese memorial. Quienquiera que sostenga lo contrario tropezará con muy serios escollos para basar su posición. Digo esto porque a partir de un análisis global de su conducta, del marco en que llevó a cabo su trabajo, de las circunstancias que lo rodearon, se extrae un cúmulo abrumador de pruebas en ese sentido.

Empecemos, por de pronto, con su extraña deserción del ejército español. Me parece descabellado admitir que de buenas a primeras sintiera la necesidad de dejar la península, de abandonar todo, su carrera, su familia, sus relaciones, para contribuir generosa y desinteresadamente a la liquidación del colonialismo español en América.

Vimos que el patriotismo como motor de su acción es un argumento que casi roza lo pueril. La explicación más lógica, más atinada, hay que buscarla, necesariamente, en su relación con Duff. Lo más probable es que el ascendiente de este masón escocés sobre San Martín haya sido el factor decisivo que propició «ese asombroso abandono de lealtad», como lo apunta el historiador británico J. C. J. Metford.

También es razonable pensar que su determinación de acoplar se a las huestes logistas pudo muy bien estar influida por los ideales que formalmente presidían los actos de esa organización siniestra —libertad, igualdad y fraternidad—, y, además, por supuesto, por las favorables perspectivas personales que ello representaba: en lo militar, se le ofrecía una oportunidad única de encarar una aventura grandiosa que podía llenarlo de gloria; en lo económico, la «protección» que los masones ofrecían —a la que alude Rosa— seguramente no era nada despreciable.

Terragno sostiene que la afirmación de Metford —a la que adhiero— sobre el reclutamiento de San Martín por James Duff es una hipótesis demasiado atrevida porque en diversas oportunidades —que no precisa— el general «dio pruebas de su independencia respecto de Gran Bretaña, y se opuso decididamente a todo proyecto colonial de los ingleses en Sudamérica».

Yo disiento profundamente con esa opinión. En primera lugar, no veo cómo podía oponerse a todo proyecto colonialista de los ingleses en Sudamérica si ellos mismos, los británicos, renunciaron a esa política por las derrotas sufridas en 1806 y 1807. En segundo término, me parece muy importante precisar cuándo San Martín «dio pruebas de su independencia de Gran Bretaña».

Sobre el particular no cabe duda de que entre 1812 y 1821, es decir, durante el tiempo que le demandó su campaña sudamericana, esa independencia hay que descartarla de plano porque debemos admitir que ser independiente no significa otra cosa que tener el poder de imponer una idea propia, de opinar y decidir por sí mismo sobre cuestiones trascendentes, y San Martín, al ingresar a la Gran Reunión Americana no tuvo más remedio que tirar al canasto esa facultad porque el solo hecho de integrar tal organización secreta traía consigo la sujeción estricta a la disciplina en ella establecida, la cual desechara de raíz toda posible discrepancia con las instrucciones que daban los superiores.

La subordinación, propia de las estructuras verticales, es incompatible con la noción de independencia y ya vimos que los «hermanos» estaban ligados de por vida a los votos de fraternidad, silencio y obediencia; ésta, se sabe, es hermana de la subordinación y la dependencia. En tal orden de ideas, fácil es deducir que San Martín no pudo ni podía actuar sobre la base de su propia iniciativa o inspiración.

Éste es un argumento decisivo para arrojar por la borda la independencia que alega Terragno porque su voluntad, su poder decisorio, estaban restringidos grandemente, a punto tal que para nombrar jefes militares, gobernadores de provincia, diplomáticos, jueces, dignidades eclesiásticas, firmar ascensos en el ejército y la marina, necesitaba la previa anuencia de los «venerables» del último

grado.

Está fehacientemente demostrado —y Terragno colaboró muchísimo para ello con su investigación— que durante todo el desarrollo de su gestión en Sudamérica San Martín acató y siguió estricta y sumisamente todas las instrucciones provenientes de Inglaterra. Pruebas al canto: además de las extraordinarias coincidencias existentes entre el Plan Continental ejecutado por San Martín y el elaborado por *sir* Thomas Maitland entre 1800 y 1803 —circunstancia que indica con toda evidencia que al desembarcar en Buenos Aires en marzo de 1812 traía en su equipaje ese proyecto para llevarlo a la práctica—, hay otros elementos de juicio que abonan lo que digo. Así, por ejemplo, cuando Rosa señala que San Martín «no tuvo libertad de acción», es manifiesto que está afirmando que debía obediencia a alguien y ya sabemos quién era ese alguien. Mitre, por su parte, se refiere elípticamente al tema cuando expresa que detrás de la Logia Lautaro «estaba la Logia Matriz... en la cual residía la potestad suprema». Y todos los autores aceptan que la Logia Matriz estaba en Londres.

Todo indica que en esa época San Martín no se distinguió por su independencia de Inglaterra sino todo lo contrario. La subordinación a sus superiores, los británicos, fue total y absoluta.

En lo que respecta al período comprendido entre 1824 y 1830, es palpable que siguió ligado a las logias y, según vimos, habría trabajado con ellas en favor de la independencia de Bélgica en la cual estaba muy interesada Inglaterra. En consecuencia, tampoco esta etapa se caracterizó por trabajar con criterio propio, ya que siguió haciéndolo dentro de la organización que lo había acogido en 1811. Recordemos que Pérez Amuchástegui afirmó que San Martín llegó a ser uno de los «grandes dirigentes de las logias hispanoamericanas [...] relacionadas estrechamente con los intereses económicos de Gran Bretaña».

Que desde Francia San Martín haya escrito a Rosas en 1845 condenando el bloqueo anglo-francés al Río de la Plata —a treinta y cuatro años de su ingreso a la masonería y a veinticuatro de su retiro de Perú— no es gran cosa como prueba o demostración de pretendida independencia.

El lector estará de acuerdo conmigo que, para juzgar la conducta de un hombre público como San Martín, es menester examinar toda su trayectoria y de ella extraer lo sustancial. En nuestro caso nadie puede discutir que fue su campaña militar —y las consecuencias políticas que derivaron de ella— lo que le significó ocupar un lugar en la historia, no su correspondencia con Rosas.

Por lo demás, esa actitud no es difícil de explicar. Quizá, cuando joven, su adhesión a la masonería y su entusiasmo por los ingleses haya sido total, seducido por esos habilísimos personajes como Duff (recordemos que lo consideraba «sereno, frío y valiente, simpático, osado y romántico»), pero luego, varios lustros después, con una visión retrospectiva de la historia, con un mayor conocimiento de los intereses espurios que movilizaban a las naciones como Inglaterra y Francia —especialmente

en esos tiempos aunque ahora no han cambiado demasiado—, por lo ocurrido políticamente en esos treinta y cinco años en el mundo, haya comprobado que sus antiguos amigos eran tan sólo unos grandes depredadores internacionales.

No es excepcional que los hombres cambien de opinión, y menos aún en materia política. ¿No es acaso frecuente ver hoy esas mudanzas en importantes dirigentes políticos? ¿Cuántos acérrimos comunistas leales a Moscú durante tanto tiempo levantan ahora banderas liberales y condenan lo que antes aprobaban o consentían? Pero ello no modifica ni puede modificar un ápice su conducta anterior.

Esta digresión me apartó de otra faceta de la cuestión también enlazada con la autonomía o independencia de San Martín, que los estudiosos del tema no han profundizado mayormente a pesar de la extraordinaria importancia que tiene para llegar a la verdad histórica. Me estoy refiriendo a la relación entre la Logia Lautaro, filial de la Gran Reunión Americana, establecida por San Martín en Buenos Aires, y la matriz londinense.

Si de Londres provenían las «comunicaciones» —como dice Aramburu—, sería interesante averiguar el texto de alguna de ellas. Ninguno de los libros que he leído hace referencia precisa a esa correspondencia. Quizá, porque era secreta, fue destruida en su momento. Sin embargo, no es difícil recrearla a la luz de antecedentes documentales por todos reconocidos. Por ejemplo, sobre la base de las constituciones de la organización, que disponían que «las resoluciones de gravedad» no podían ser tomadas «sin previa anuencia de los “venerables”», es dable colegir la sustancia de esas «comunicaciones», porque si para nombrar a un juez o a un eclesiástico era necesario contar con la conformidad de Londres, obviamente los logistas de menor grado —entre ellos San Martín— debían recabar autorización para tomar decisiones de mayor trascendencia.

A partir de este razonamiento elemental podemos descubrir los hilos ocultos que dirigían los pasos del general de los Andes. Sus resoluciones políticas, sus desplazamientos en apariencia inexplicables —como el de Tucumán a Córdoba en 1814 y su asentamiento en Cuyo—, sus actitudes de franca desobediencia hacia el gobierno de Buenos Aires del cual teóricamente dependía, etc., que los historiadores atribuyen a diversas causas —tales como su inspiración, su salud, su repugnancia hacia las reyertas domésticas—, no pueden sino adjudicarse a las directivas que recibía de los «venerables», el «motor oculto» del que habla Mitre, que gobernaba la situación.

El «motor oculto», el «poder supremo», o como quiera llamarse a la Logia Matriz, no era un ente abstracto sino un directorio, por así decir, integrado por personas de carne y hueso provenientes de la más alta nobleza inglesa o escocesa, como lord Duff, el íntimo amigo de San Martín, el príncipe regente, etcétera.

En consecuencia, eran ellos los que dictaban las «comunicaciones» —léase órdenes o instrucciones— que no podían discutirse porque así lo determinaban las constituciones a las que debían ajustar sus acciones todos los hermanos logistas, so

pena de sufrir gravísimas sanciones, entre las que se encontraba la de muerte «por cualquier medio que se pudiera disponer». Ser logista no era un juego de niños ni mucho menos. Nadie podía darse el lujo de ser independiente, y por ello San Martín jamás se apartó ni podía apartarse un centímetro de las directivas que recibía.

Entre las «resoluciones de gravedad» tomadas en Londres están, de seguro, las que dieron lugar a los siguientes hechos importantes:

1. El golpe de Estado del 8 de octubre de 1812 por el cual la logia se encaramó en el poder colocando en los puestos claves del gobierno a sus hombres. Así, por ejemplo, los triunviros Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte, ambos miembros de la Lautaro. Recordemos que el hermano de aquél, Saturnino, fue innegablemente un agente inglés, pues no solamente ayudó a escapar a Beresford sino que también percibía una pensión del gobierno británico y una «asignación» del general Whitelocke^[116]. No hay que olvidar también que la Asamblea General Constituyente convocada por el nuevo triunvirato estaba integrada mayoritariamente por logistas, según lo afirman Mitre y Rosa.

2. El abandono que hizo San Martín del Ejército del Norte en abril de 1814, invocando razones de salud, para dirigirse a Córdoba y de allí a Mendoza. Rosa no se explica esa actitud pero la justifica diciendo «que no tuvo libertad de acción». Curiosamente en Córdoba estaba Paroissien; sobre éste Terragno nos cuenta algunas cosas muy interesantes y sugerentes. Nos dice que «había sido auxiliar de cirugía, con rango de subteniente, en el ejército de Whitelocke que no pudo tomar Buenos Aires en 1807. En 1808 Paroissien había conocido a Saturnino Rodríguez Peña en Río de Janeiro, donde ambos se convirtieron en “agentes confidenciales” del almirante *sir* Sidney Smith, comandante en jefe de la estación sudamericana de la Armada Real. Smith había sido colega de Maitland en el Parlamento británico después de 1802. El almirante recibió a Paroissien y Rodríguez Peña “como un hermano recibe a otro hermano”». «En 1814, San Martín y Pueyrredón se reunieron en Córdoba, donde Paroissien —en esa época comisionado en el ejército criollo, después de haber sido el primer extranjero que solicitó la naturalización en nuestro país— dirigía una fábrica militar de pólvora». En el Ejército de los Andes Paroissien «actuaría como cirujano jefe [...] cruzó los Andes, peleó en Chacabuco [...] Cancha Rayada y Maipú, y en 1820 se embarcó en la expedición a Perú como ayudante de campo del propio Libertador. Una vez proclamada la independencia de Perú, Paroissien fue nombrado consejero de Estado y brigadier general [...] y pronto fue enviado junto con García del Río a Londres en aquella misión secreta en busca de un rey. Cuando San Martín dejó Sudamérica y volvió a Londres a iniciar su ostracismo en 1824 fue recibido por Paroissien y Duff.»^[117]

Por su parte, Pérez Amuchástegui vincula a Paroissien a un «plan urdido por entonces —1824— entre García del Río, San Martín [...] Thomas Kinder (contratista

para el empréstito peruano), Manuel Hurtado (enviado de Colombia), John Parish Robertson para comprar, con fondos del empréstito peruano emitido en Londres, dos barcos de guerra para ser enviados en ayuda de los patriotas peruanos»^[118].

3. Su designación como gobernador intendente de Cuyo para organizar el ejército que necesitaba para «emancipar» Chile y Perú.

4. La declaración de nuestra independencia. En 1813 la Asamblea Constituyente no dio ese paso porque Inglaterra se opuso, según lo sostiene Rosa. En 1816 San Martín presionó para ello —lo dice Terragno—, lo que significa que Londres dio la directiva en ese sentido.

5. La independencia de Chile. San Martín tenía muy distintas instrucciones de Buenos Aires: debía enviar un diputado al Congreso General de las Provincias Unidas «a fin de que se constituya una forma de gobierno general, que de toda la América, unida en identidad de causa, intereses y objeto, *constituya una sola nación...*» (art. 14 de las instrucciones reservadas del director supremo Pueyrredón). No debemos olvidar que después de Maipú San Martín escribió al ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, lord Castlereagh, manifestándole que la emancipación estaba «asentada sobre bases sólidas y con las libertades aseguradas». Es obvio que por alguna razón daba cuenta de ello al dirigente político más importante en ese momento en Gran Bretaña. Cabe decir también que esa decisión política, la independencia de Chile, se corresponde en un todo con el pensamiento de lord Castlereagh que siempre tuvo en mente controlar el Río de la Plata y luego promover en toda Hispanoamérica la constitución de gobiernos independientes «bajo nuestra protección y en conexión con nosotros»^[119].

San Martín no se apartó de esa línea de pensamiento: tomó primero el control de Buenos Aires en octubre de 1812, luego, de acuerdo con la estrategia del general Maitland se instaló en Mendoza, etcétera.

6. La orden de partir hacia Perú, que dio paso a la famosa «desobediencia» de San Martín al gobierno de Buenos Aires que demandaba reiteradamente el retorno de las tropas.

7. La independencia de Perú; al respecto viene bien recordar que San Martín solicitó «alguna comunicación del gobierno de Su Majestad que pueda guiar su conducta si los eventos de la guerra ponen al Perú del todo en su poder, para estar en condiciones de adoptar de una vez los pasos apropiados y no hallarse en la necesidad de volver sobre los erróneos»^[120].

8. Su partida de Perú. De Gandía lo dice claramente: la logia había decidido que San Martín gobernaría un año Perú y luego se retiraría^[121]. Por su parte Mitre transcribe

una carta confidencial de San Martín a O'Higgins en la que le dice: «Los Amigos [la logia], me han obligado terminantemente a encargarme de este gobierno... Espero que mi permanencia no pasará de un año...»^[122].

Este incompleto listado de hechos ejecutados por San Martín pone de manifiesto que la todopoderosa Inglaterra no dejó nada librado al azar o a la inspiración o iniciativa de aquél. Es absurdo pensar otra cosa ante la importancia estratégica que tenía para Gran Bretaña conseguir lo que se había propuesto firmemente.

Pero también revela el doble papel representado por el general de los Andes: a la vista de todos era un patriota al que solamente le interesaba la libertad de estos territorios y la felicidad de sus habitantes; en secreto, con la complicidad de unos pocos, fue un excelente realizador de los planes ingleses.

En su aspecto formal, en su epidermis, su misión no ofrece matices espurios. Empero, detrás de ella se advierte nítidamente, entre bambalinas, la actuación del titiritero inglés. Duff, Castlereagh, Paroissien, Robertson, etc. dirigían o vigilaban sus pasos estrechamente para la consecución de las metas fijadas.

De Gandía señala que San Martín fue un hombre al servicio de la O-O y que no obedecía a nadie más. Ello confirma que no fue un libertador en el acabado sentido de la palabra, sino tan sólo un instrumento, un agente ejecutor de una política «emancipadora» de América según el gusto y el interés inglés.

Ahora bien: nadie puede quitarle su gloria militar. Fue su gran mérito. Y fue por eso, por sus condiciones guerreras, organizativas, etc., por lo que los ingleses lo reclutaron, pero su obra política trascendente —la independencia de Chile y de Perú— no fue suya sino de Inglaterra, que aprovechó el talento y la eficacia de San Martín para llevar a buen puerto su plan divisionista.

Sobre la elección del general para esta misión hay un párrafo muy jugoso en el trabajo de Terragno. Dice así: «En 1806, cuando Hippisley aún pugnaba por lograr que su gobierno ayudara a los criollos a liberarse de España y formar Estados nuevos —dispuestos al comercio con Inglaterra—, Thomas Douglas, quinto conde Selkirk, observó que no había hombre capaz de llevar adelante esa empresa: “Nuestro ejército no tiene abundancia de oficiales que tengan, siquiera, talento militar. ¿Cómo podemos esperar encontrar un hombre que una ese talento a los que se necesitan para ser estadista y legislador?”». Terragno remata el párrafo apuntando algo muy cierto: «San Martín demostró ser un líder con esas virtudes»^[123].

Para terminar, si San Martín desertó del ejército español sin explicación conocida y gracias a la ayuda del masón escocés James Duff (cf. Mitre, Rosa, Terragno), si antes de venir a Buenos Aires en marzo de 1812 estuvo cuatro meses en Inglaterra (cf. Pérez Amuchástegui), si en la batalla de San Lorenzo estuvo presente «por accidente» un agente inglés, Guillermo Robertson, amigo del general (cf. Rosa, Mitre), si el plan que cumplió coincide en todos sus lineamientos con el meditado y trazado en Inglaterra por el general Maitland (cf. Terragno), si entre sus amigos y más

íntimos colaboradores estaban Duff, Paroissien, Robertson, Miller, todos británicos que ciertamente estaban al servicio de su país (cf. Mitre, Pérez Amuchástegui, Rosa, Terragno), si todos los comandantes de la «escuadra independiente del Pacífico» eran súbditos británicos (cf. Mitre, Terragno), si gobernó secretamente la política de la Argentina y de Chile a través de la logia controlada por los ingleses^[124], si de regreso a Londres en 1824 fue agasajado por su poderoso amigo lord Duff, segundo del gran maestro de la Gran Logia de Escocia (cf. Pérez Amuchástegui, Terragno), si habría sido gestor del Tratado de Amistad, Comercio y Navegación suscripto con Inglaterra en 1825, que favorecía exclusivamente a los insulares (cf. Pérez Amuchástegui), si fue homenajado por los comerciantes escoceses que lo designaron miembro del burgo de Bunff (cf. Pérez Amuchástegui, Terragno), si no podía abrigar sentimientos patrióticos hacia la Argentina por el escaso tiempo que vivió en Corrientes, si actuó en pro de la independencia belga en la cual estaba interesada Inglaterra, si su hermano Justo Rufino afirmó —ante la negativa de José de volver a pelear en América en 1824— que no sería extraño que Inglaterra «buscara el primer diablo que se le presente para conmover de nuevo si es preciso la América» (cf. Pérez Amuchástegui), si sumamos estos antecedentes a los ya expuestos me parece difícil, muy difícil, poder afirmar que San Martín no fue un agente inglés.

Los hechos consignados conforman un cuadro probatorio que acredita una constante relación de San Martín con los británicos, teñida siempre de subordinación, de obediencia, de sumiso acatamiento a sus instrucciones, y ello es justamente lo que caracteriza a los agentes o mandatarios.

Debo confesar que esta conclusión no me llena de satisfacción sino todo lo contrario. Me hubiera gustado encontrar en los libros que consulté pruebas irrefutables de un San Martín con independencia de criterio, con vocación para servir y ayudar a la organización de los territorios liberados, en fin, un San Martín que hubiera atendido con desinterés personal, con patriotismo, la causa sudamericana. Pero en razón de lo expuesto estoy convencido de que no fue así.

Y sobre este último aspecto, que tanto exaltan sus apologistas —su desinterés y desprendimiento reflejado en el constante rechazo de halagos y distinciones—, debo hacer una reflexión porque está a la vista que ese comportamiento llamativamente generoso no respondía a gestos espontáneos de San Martín, o a su natural forma de ser, sino a una exigencia de la logia. Los «hermanos» tenían un código de conducta reglado inclusive en las constituciones, cuyo artículo 13 disponía: «Partiendo del principio que la O-O, para consultar los primeros empleos, ha de pesar y estimar *la opinión pública*, los H-H [hermanos], como que están próximos a ocuparlos, *deberán trabajar en adquirirla*^[125]».

Naturalmente, los ingleses no dejaban flanco alguno sin cubrir. Los «hermanos» tenían que ganarse la buena voluntad de la población para poder imponer determinadas políticas o cursos de acción sin mayor oposición o resistencia. No era fácil conseguir la adhesión de la gente, su apoyo, para el reclutamiento obligatorio,

por ejemplo, de «todo individuo que se halle en disposición de poder llevar armas», so pena de ser condenado por traición a la patria, expoliar Cuyo y exprimir Mendoza, como lo expresa Pérez Amuchástegui. Este autor agrega que «la opinión pública era guiada políticamente por obra de una Misión Patriótica...»^[126]. Todo ello exigía ejemplos de los gobernantes y San Martín se encargó de darlos con prodigalidad.

Es allí donde hay que buscar la raíz o la causa de su sobresaliente conducta pública, su excepcional sencillez, su marcado desprecio por los homenajes, etc. Se trataba, sin duda, de un procedimiento para granjearse la simpatía y el favor de los cuyanos a quienes necesitaba para nutrir las filas de su ejército y equiparlo. No olvidemos que San Martín era totalmente desconocido tanto en Buenos Aires como en Mendoza y que estaba en la mira de muchos que sospechaban de él.

Pero, también, esa manera de ser que exhibió durante su campaña sudamericana no condice en absoluto con la personalidad que mostró en Europa después de 1824 según el relato de Pérez Amuchástegui. Tampoco se compadece, por supuesto, con el envío de fondos públicos a su cuenta privada en Londres, como nos cuenta Mitre en su obra.

Por ello me entristece profundamente que entre tantos argentinos patriotas, civiles o militares, que ofrendaron sus vidas por el país, se haya elegido como padre de la patria a un hombre cuyo mérito fue haber cumplido con extrema eficacia el plan «emancipador» británico, dejándonos como legado una división política torpe que sirvió únicamente para separar pueblos hermanos, enfrentarlos por previsibles conflictos limítrofes desgastantes, fomentando el armamentismo y las guerras —lo que permitió hacer cuantiosos negocios a los países (como Inglaterra) traficantes de elementos bélicos—, impedir la integración social, cultural y económica, frustrar la formación de un Estado poderoso bañado por dos océanos, y, naturalmente, facilitar la penetración económica británica.

Los ingleses consiguieron todo lo que habían programado. Dividieron y luego reinaron. San Martín contribuyó sensiblemente para lo primero. Seguramente nunca pasó por su cabeza que con su acción iba a sentar las bases de un largo período de coloniaje británico en esta parte del mundo.

CAPÍTULO XI

LA INTEGRACIÓN POLÍTICA DE AMÉRICA LATINA

Cuando en el capítulo inicial adjudiqué a San Martín alguna responsabilidad en el estado de cosas que impera actualmente en Sudamérica, no estaba haciendo una apreciación infundada ni mucho menos. Pienso —más aún, estoy convencido plenamente— que la más importante causa del atraso económico, social y político que sufre hoy América latina hay que buscarla en el desmembramiento territorial de las colonias españolas. De ahí mi imputación toda vez que el general de los Andes fue, precisamente, uno de los artífices de ese trágico hecho.

Sin embargo, en rigor de verdad debo insistir en afirmar que no fue San Martín quien decidió esa política de segregación. La madre de la criatura —como lo vengo sosteniendo desde el primer capítulo— fue Gran Bretaña, porque el general, como «hermano de la logia que gobernaba la situación», no hacía ni podía hacer nada sin la conformidad de los «venerables» que desde Londres enviaban las «comunicaciones». Esta «obediencia debida» explica la desobediencia del prócer a las instrucciones del director supremo Pueyrredón, las cuales no solamente no hablaban para nada de independizar Chile, sino que, por el contrario, tendían a consolidar la unidad de ambos pueblos y la organización política bajo la misma bandera, pues la orden de enviar un diputado chileno al Congreso Nacional tenía —es obvio— un clarísimo sentido integracionista. Estas dos caras de la misma moneda —sumisa aceptación de las órdenes inglesas, por un lado, y reiterados desacatamientos a las directivas de Buenos Aires, por el otro— señalan con nombre y apellido a los mentores de la «misión sanmartiniana» en América del Sur. El objetivo, la finalidad de ella, era, a no dudar, atomizar políticamente las colonias españolas, porque «casualmente» los actos cumplidos por San Martín estaban en un todo de acuerdo con el pensamiento de los más importantes dirigentes británicos y, particularmente, con la política propiciada en 1807 por lord Castlereagh —con quien se carteaba—, que no era otra que la de «promover en toda Hispanoamérica la constitución de gobiernos independientes bajo nuestra protección y en conexión con nosotros».

El 12 de febrero de 1818, fecha en la que decretó la independencia de Chile, San Martín puso la piedra basal de la discordia, del enfrentamiento, muchas veces sangriento, entre chilenos, bolivianos, peruanos y argentinos. Y llevamos más de ciento setenta años de penosa convivencia entre hermanos gracias a esa desdichada imposición británica.

No puedo menos que asombrarme al ver que nadie, que yo sepa, ha condenado

esa absurda decisión que solamente encuentra explicación racional a partir del análisis de la estrategia inglesa, del estudio de su política exterior —aplicada en todo el orbe o en todos los lugares donde metieron sus narices—, enderezada a separar naciones, a crear pequeños Estados o enclaves económicos, a dividir pueblos que por su historia, por su tradición, por su nacionalidad, estaban naturalmente destinados a vivir dentro de las mismas fronteras.

Lo cierto es que esos planes «emancipadores» fueron concretados totalmente, puesto que hoy existen diecinueve Estados independientes en los territorios que conformaban las antiguas colonias españolas en América. Es claro que ese fenómeno político no puede atribuirse exclusivamente a la acción disociadora de Inglaterra y de Estados Unidos, país éste que aprendió rápidamente las lecciones de su madre. Ello sería una simplificación objetable porque también otras causas se dieron cita para impedir la unidad continental a la que aspiraba Bolívar cuando convocó a todos los Estados americanos al Congreso de Panamá en 1826: las enormes distancias que separaban los pueblos, la falta de experiencia y de visión política de los hombres que hacían sus primeras armas en el manejo de la cosa pública, el egoísmo o la ambición de muchos de ellos, el sentimiento localista, mal llamado nacionalismo, que se extendió con prisa en todos lados, la carencia de medios ágiles de comunicación, etc., fueron en esos momentos barreras difíciles de salvar.

Sin embargo, si bien esas circunstancias incidieron para hacer trizas el sueño de Bolívar, lo cierto es que fueron los ingleses y también los estadounidenses —ambos unificaron su política— los que influyeron decididamente para provocar la desunión y consolidarla a fin de poder inmiscuirse más fácilmente en los asuntos domésticos de América latina con el objeto de llevar agua para sus respectivos molinos.

Obsérvese que en el caso particular de Chile es a todas luces palpable la arbitrariedad de la declaración de su independencia por parte de San Martín porque, desde el punto de vista del interés americano, tal medida no tenía base racional alguna: todo era propicio para la unidad, no para la división.

A tal punto esto es exacto que el propio Mitre, tan proclive a condenar enfáticamente a Bolívar por su deseo de «unificar artificialmente las colonias emancipadas» y a elogiar con fervor el «plan de división política de San Martín», nos ofrece en su libro pruebas de peso que ponen al desnudo la falta de razonabilidad de esa decisión política, y que denuncian el propósito patente de los británicos de desintegrar a dos pueblos unidos por lazos profundos de nacionalidad, con el objeto de crear y fomentar condiciones favorables para la pobreza, la miseria, la guerra fratricida e impedir el progreso continental.

Nos dice Mitre, al referirse a las características de Cuyo, que «cultivábase allí la viña y el olivo, los cereales y todos los árboles de la región templada. Sus *productos alimentaban un comercio activo con Chile y el litoral argentino*, en vinos aguardientes, frutas secas, tejidos, conservas, dulces, salazones y harinas, en cuyo transporte se empleaban numerosas carretas de bueyes y arreas de mulas, *que*

cruzaban la pampa y la cordillera en busca de sus mercados. Esto, a la vez que difundía el bienestar local, dilataba los horizontes de los cuyanos, que en sus frecuentes y lejanos viajes adquirían nuevas nociones de la vida exterior, que despertaba su inteligencia avisada [...] Tenían operarios hábiles [...] todas las artes mecánicas [...] no faltándole mineros que tenían nociones de metalurgia, servidos por una raza de zapadores, completada por otra de arrieros, *conductores expertos de cargas en las montañas...*»^[127].

Como podemos ver, la cordillera de los Andes no era un obstáculo para el ir y venir fluido de argentinos y chilenos que convivían próspera y pacíficamente como hermanos que eran. Por ello, ese párrafo de Mitre, tan interesante por lo ilustrativo, destruye de plano el falso argumento según el cual el cordón andino constituía un escollo natural que separaba ambos pueblos y tornaba imperativa la formación de dos Estados independientes.

Según Mitre, San Martín obró por «instinto en observancia de sus leyes naturales» para ejecutar su plan de división política^[128]. Mas, ciertamente, lo que hizo no fue otra cosa que violar groseramente las leyes y principios que gobiernan o que debieran gobernar la constitución de los Estados: unidad territorial, de origen, de historia, de lengua, de religión, de cultura, elementos esenciales de la nacionalidad que estaban —y están— presentes en la sociedad argentino-chilena. Prevaleció, sin embargo, muy a pesar nuestro, el «instinto» de San Martín moldeado por los ingleses.

A este dato de la realidad tan importante debemos sumar otro, también sustancial, y del cual derivaron consecuencias gravísimas para chilenos, bolivianos, peruanos y argentinos. Veamos.

No hace falta examinar demasiado el mapa de Chile para advertir su exigua extensión territorial, nada adecuada, indudablemente, para alcanzar un desarrollo económico de gran magnitud. Sobre el particular escribe Mitre: «La estrecha y prolongada faja que forma el territorio chileno al pie de los Andes, con su cordillera bañada por las olas del mar, da la idea de un gran malecón continental dibujado por la naturaleza. Un escritor humorístico ha descrito gráficamente esta configuración, diciendo que sus habitantes tienen que asirse a las montañas para no caer en el mar»^[129].

La superficie actual de Chile es relativamente pequeña, pero aún más lo era en el tiempo de su independencia. Y he aquí el quid de la cuestión: la escasez de su territorio obró como factor desestabilizador en toda la zona porque la necesidad de ampliar el espacio vital dio lugar a reiterados conflictos fronterizos con la Argentina, Bolivia y Perú. Ésa y no otra fue la causa que desencadenó la llamada guerra del Pacífico entre Chile, por un lado, y Bolivia y Perú, por el otro (1879-1883), y también la misma razón dio sustento a pleitos limítrofes permanentes entre Chile y nuestro país. Recordemos nada más que en 1978 estuvimos a un paso de la guerra, cuyas consecuencias para ambos pueblos iban a ser catastróficas. Gracias a Dios y al cardenal Samoré, el enfrentamiento pudo evitarse.

Pero sigamos, porque largo y triste sería hacer la historia de los desencuentros entre países latinoamericanos por cuestiones de límites. Desde la guerra entre la Argentina y Brasil de 1825-1827 hasta hoy se cuentan decenas de litigios por esa causa, por esas líneas divisorias, por esas fronteras que nunca debieron trazarse. Mas lo llamativo es que muchos de esos enfrentamientos fueron «resueltos» por la Corona británica. Así, por ejemplo, a raíz del mencionado conflicto armado con Brasil, la diplomacia inglesa, con su mediación, obtuvo otro triunfo que benefició enormemente sus intereses económicos: la independencia del Uruguay. Con ella se aseguró la libre navegación de los ríos de la cuenca del Plata.

Los diplomáticos del Reino Unido también estuvieron presentes en la «solución» de las diferencias sobre límites entre nuestro país y Chile. Está fresca en la memoria de argentinos y chilenos la guerra que no estalló en 1978, alimentada en dos sentidos por los británicos: el arbitraje a su cargo falló la cuestión en términos claramente perjudiciales para la Argentina. Su decisión, inaceptable para nosotros, saboteara la salida pacífica: al mismo tiempo, en el terreno militar, junto con Estados Unidos y otras potencias traficantes de armas, equipaba a discreción los ejércitos de ambos Estados. Su juego político permitió la concreción de jugosísimos negocios para los proveedores de pertrechos bélicos con el consiguiente empobrecimiento de los países compradores: buena parte de la actual deuda externa de Chile y de la Argentina proviene, seguramente, de la recepción de esa «ayuda militar», como eufemísticamente se designa a la venta de armamentos que nos hacen los que gobiernan el mundo.

¿No hubiese sido mucho más conveniente para Chile y la Argentina que esos miles, muchos miles de millones de dólares gastados en armas, se hubiesen destinado a la educación, a la salud, al crecimiento económico de sus pueblos empobrecidos? ¿O a explotar en común las riquezas existentes en la zona de conflicto?

¿Por qué no imitamos a los europeos? ¿Acaso Alemania, Francia y sus aliados de la comunidad no explotan asociados el carbón, el acero y la energía atómica desde la década del 50? Si esos países que vivieron enemistados entre sí durante siglos, que fueron protagonistas de largas y crueles guerras que necesaria mente dejaron huellas de odio, de resentimiento, que tienen caracteres nacionales bien diferenciados, pudieron superar esos abismos y hoy están muy próximos a lograr la Europa Unida, antiguo sueño del Viejo Continente, cómo no vamos a poder hacer lo mismo nosotros, los pueblos de la América latina, a los que todo nos une: la historia común, la lengua española, el catolicismo, las tradiciones, la misma madre patria. Brasil, aunque hijo de Portugal, integra, sin discusión, el mismo tronco familiar y es también un pueblo hermanado a toda la América hispana no solamente por su vecindad sino también porque comparte la misma identidad nacional. Hasta su idioma, también latino, es una suerte de dulce castellano derretido por el calor de su clima.

Otro ejemplo para emular, para tener en cuenta, es el de Estados Unidos de América. Cuando en 1826 Bolívar concibió la idea de unir a los repúblicas

sudamericanas es claro que se inspiró en el pujante país del norte que incesantemente iba extendiendo sus fronteras hacia el oeste. Recordemos que en 1803 Estados Unidos compró Louisiana a Francia y poco más tarde hizo lo propio con Florida, cedida por España, llegando en 1820 a conformar la unión de veintitrés Estados. Años después llegaron al Océano Pacífico, tras usurpar a México la Alta California, Texas y Nuevo México.

El extraordinario desarrollo económico alcanzado rápidamente por la potencia del norte fue producto, naturalmente, del esfuerzo mancomunado y solidario de sus habitantes, pero también fue muy importante la visión y la decisión de su clase dirigente que además de organizar y consolidar las instituciones políticas no dudó en ampliar y en extender los límites de la unión a cualquier precio y por todos los medios a su alcance, lícitos o no. Hoy Estados Unidos no sería lo que es si la federación hubiese quedado reducida a las trece colonias fundadoras de la nación.

El proceso inverso —que hoy debemos revertir— se dio en la América española. Como reacción en cadena, aparte de las segregaciones que ya vimos, se produjeron las de Venezuela y Colombia, la de Panamá —provocada por intrigas estadounidenses para construir el canal—, la de Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Honduras y Costa Rica, cuando en 1839 se disolvió la federación que habían constituido bajo el nombre de Provincias Unidas de Centro América, dando nacimiento a cinco pequeñas repúblicas independientes.

El panorama desolador que exhibe actualmente nuestra América latina en materia sanitaria, educacional, de desarrollo económico, tecnológico, etc., sería sensiblemente distinta, mucho menos grave, sin duda, si tales separaciones y amputaciones territoriales no hubiesen ocurrido.

En nuestro caso, ¿qué destino diferente viviríamos hoy argentinos y chilenos si San Martín hubiese hecho caso a las instrucciones de director supremo Pueyrredón!

Me imagino todo el cono sur unido, los pueblos y puertos del Atlántico conectados por caminos y ferrocarriles con los del Pacífico, la Patagonia poblada por argentinos y chilenos, las ciudades de ambos lados de los Andes enlazadas por un constante ir y venir de gente, por un tráfico incesante de bienes —como era antes de la independencia chilena decretada por los ingleses—, un crecimiento demográfico y económico equilibrado de toda la región; en fin, un país desarrollado plenamente.

Pero dejemos de soñar y analicemos los hechos. ¿No es una gran tontería que dos pueblos que hablan el mismo idioma, que adoran en su mayoría al mismo Dios, que tienen la misma madre —insisto sobre estos puntos porque son esenciales para la integración política—, sigan alimentando sentimientos de desconfianza recíproca sin razón sustancial alguna?

¿No es acaso motivo de risa —o de llanto, según como se mire— ver a funcionarios argentinos o chilenos, henchidos de patriotismo —que no es tal—, corriendo mojoneros en remotos lugares andinos para ganar unos metros de «soberanía»? ¿El hombre llegó a la Luna, a Marte, y nosotros, como chicos,

peleándonos o discutiendo por un pedazo de tierra o de mar que ninguno de los dos trabaja o explota!

Es hora de que dejemos atrás los mitos patrioterros que tanto daño nos han hecho durante años. Es tiempo de que vayamos en busca de soluciones para los problemas comunes, que no son otros que la miseria, la pobreza, el atraso.

Chile, a pesar de su escaso territorio, se las ha ingeniado para crecer dentro de sus posibilidades, pero su futuro no es promisorio si continúa aislado. La Argentina, por la extensión y características de su geografía, debería haber crecido muchísimo más de lo que lo hizo. Sin embargo, estamos estancados, casi paralizados por una inercia incomprensible.

Largo sería historiar las causas que provocaron este estado de cosas en nuestro país, pero no puedo dejar de comentar brevemente una de ellas —quizá la más importante— porque se trata de la última etapa del plan inglés bosquejado en el recordado «memorial» del 1 de mayo de 1807. En efecto, me estoy refiriendo al modelo económico agroexportador que el Reino Unido programó y estableció en la Argentina sin ninguna oposición, con toda libertad, como si este territorio nuestro fuera una colonia más de su vasto imperio.

Los ingleses se encargaron de todo lo necesario para que las cosas funcionaran según sus ideas y sus intereses. Así hicieron de Buenos Aires la base de operaciones del comercio exterior argén tino que, obviamente, fue controlado discrecionalmente por ellos durante muchos años. Construyeron el puerto, instalaron frigoríficos, tendieron líneas ferroviarias desde las zonas de producción hasta nuestra ciudad, etc., de modo tal que el país se convirtió en una suerte de plano inclinado sobre el Río de la Plata, adonde convergía, ineludiblemente, toda la riqueza del país, y también la mayor parte de la población. Ello ocasionó un desarrollo enormemente desigual, desproporcionado, entre Buenos Aires y las provincias que, salvo excepciones, sufrieron y sufren un deterioro considerable en sus economías debido a esa estructura establecida por los ingleses —que aún perdura— y a la política de devastación que éstos aplicaron como sistema.

Para llevar adelante sus planes los británicos hicieron inversiones muy importantes —tan grandes como las realizadas en la India colonial—; de tal magnitud eran sus intereses aquí y tanto cuidaban de ellos que en enero de 1945, cuando en Yalta se reunieron Stalin, Roosevelt y Churchill para decidir el destino del mundo después de la guerra, este último no consintió que se aplicaran sanciones a nuestro país por su actitud durante la contienda, como lo solicitaba la URSS. Naturalmente, Inglaterra no podía aceptar que se castigara a uno de sus dominios predilectos.

Ahora bien, los ingleses, los estadounidenses, hicieron lo suyo en toda América latina, pero no sería equitativo adjudicarles todas las culpas del subdesarrollo en el que estamos inmersos.

Los argentinos no somos ajenos a lo ocurrido; creo que hemos contribuido mucho para facilitarles las cosas. Fuimos y somos nuestros propios victimarios al no querer o

no saber cambiar o siquiera corregir inteligentemente la realidad económica que nos impusieron y nos imponen. Porque debemos convenir que las relaciones entre los Estados rara vez son presididas por principios de solidaridad o de amistad. El principio general es que prive el interés, el interés económico. Y los argentinos no hemos podido o sabido cuidar debidamente del nuestro.

Es cierto que el imperio británico era demasiado poderoso como para oponerse eficazmente a su dominación, pero no lo es menos que fue la torpeza, la venalidad, la desidia, la complacencia de nuestra clase dirigente, las que permitieron a los ingleses reinar libremente en todo el país. Hubieron, por cierto, voces valientes que se alzaron en contra del atropello británico, pero no fueron suficientes.

Los ingleses, los estadounidenses, los europeos, a diferencia de nosotros, cuidaron y cuidan con uñas y dientes sus intereses nacionales, y no tiene mucho sentido decir que lo que hicieron o lo que hacen fue o es injusto. Para ellos fue o es conveniente y punto.

Otro modo de examinar los hechos sería apartarse de la experiencia histórica, porque en todos los tiempos, los hombres, los pueblos, en sus relaciones con los demás, se comportaron así, buscando como primera prioridad la defensa de su propio interés.

Y allí está el meollo del asunto. En América latina ese interés nacional —el interés continental, que es lo mismo— está disperso, dividido entre muchos Estados, y por esa razón el interés común está mal atendido y peor defendido por la falta de un órgano gubernamental único en el que se concentren las facultades de administración y de decisión en los asuntos que conciernen a todos.

Los países que integran el continente —la Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, etc.— constituyen simples parcelas o porciones de una misma nacionalidad. Ellas individualmente consideradas carecen de fuerza, de significación política y económica frente a las potencias que manejan discrecionalmente el mundo.

Por ello, cualesquiera que hayan sido las causas que ocasionaron el trágico desmembramiento de las colonias españolas, pienso que es imperativo resucitar las ideas de Bolívar y trabajar sin descanso hasta lograr una América latina unida políticamente, una confederación de todas las repúblicas del continente.

Ése es el camino que hizo de Estados Unidos la primera potencia del mundo. Algo parecido ocurrió con la URSS —conformada por quince repúblicas— que a pesar del comunismo —hoy en franca disolución— se desarrolló muchísimo. También los europeos se preparan para lo mismo: no en vano quieren convertir su floreciente comunidad económica en los Estados Unidos de Europa.

Actualmente, por fortuna, soplan nuevos y mejores vientos en nuestra América. Desde hace algunos años son muchos los políticos y gobernantes de toda ella que trabajan, con tropiezos pero sin pausa, por la integración económica, antesala de la alianza política.

Las circunstancias presentes no pueden ser más adecuadas porque en casi todos

los Estados del continente existen gobiernos elegidos por el voto libre de sus ciudadanos —lo que facilita el entendimiento y el diálogo entre las distintas repúblicas por la afinidad ideológica que caracteriza a las democracias—, y además, porque los obstáculos —puntualizados antes— que frustraron los planes de Bolívar en 1826 han desaparecido casi totalmente.

Subsisten, empero, dos de esos escollos que debemos remover o enfrentar. En primer término, la oposición de algunos americanos que por error, por ignorancia, o porque defienden intereses espurios, invocan como argumento de su intransigencia a la integración un inexistente nacionalismo, porque en rigor de verdad no se trata sino de puros localismos, sentimientos respetables pero que nada tienen que ver en sustancia con el concepto de nación que ya recordáramos. En segundo término, otro fuerte impedimento será la natural resistencia de las potencias dominantes que no verán con buenos ojos una América latina unida, fuerte, dinámica, desarrollada, capaz de hacerse respetar y valer en los foros internacionales donde se negocia el destino de la humanidad.

Seguramente no será tarea fácil llevar a buen destino semejante iniciativa, pero obra en favor de ella, además del sólido sustento de una nacionalidad común, la existencia de una importante corriente de opinión que ve en la integración la vía de solución de los problemas más acuciantes de América latina, y la evidente toma de conciencia de muchos políticos de la necesidad de ella.

El sueño de Bolívar es viable. Hagamos votos y sumemos esfuerzos para hacerlo realidad.

Notas

[1] Carlos A. Pueyrredón. *La campaña de los Andes y cartas secretase instrucciones reservadas de Pueyrredón a San Martín*. Buenos Aires. Peuser. 1942. <<

[2] Antonio José Pérez Amuchástegui, *Ideología y acción de San Martín*, Buenos Aires, Eudeba. 1966, p. 9. <<

[3] Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación americana*. Buenos Aires, Peuser, 1950, p. 77. <<

[4] ídem, p. 66. <<

[5] José María Rosa, Historia argentina. Buenos Aires. Juan C. Oranda. 1967. t. II. pp. 366-367. <<

[6] B. Mitre, ob. cit., p. 87. <<

[7] ídem. p. 77. <<

[8] ídem, p. 423. <<

[9] ídem, p. 1236. <<

[10] J. M. Rosa, ob. cit, t. II, p. 363. <<

[11] Ibidem. <<

[12] A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 12. <<

[13] B. Mitre, ob. cit., pp. 1144-1145. <<

[14] Ídem, p. 1141. <<

[15] ídem, 1143. <<

[16] *La Nación*, Buenos Aires, 18 de junio de 1989. <<

[17] B. Mitre, ob. cit., p. 1140. <<

[18] *La Nación*. Buenos Aires, 16 de agosto de 1987. <<

[19] B. Mitre, ob. cit., p. 1236. <<

[20] A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., pp. 72-73 <<

[21] ídem, p. 104. <<

[22] ídem, p. 64. <<

[23] Cf. B. Mitre, ob. cit., p. 1236. <<

[24] A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 96. <<

[25] B. Mitre, ob. cit., p. 584. <<

[26] Cf. A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., pp. 93-94. <<

[27] ídem, p. 84. <<

[28] ídem, pp. 87-88. <<

[29] ídem, pp. 88. <<

[30] ídem. p. 87. <<

[31] Esta deducción parece correcta, puesto que la historia oficial ha incorporado al repertorio de hechos dignos de elogio su actuación al lado de los belfas. Digo esto porque en agosto de 1990, en ocasión del aniversario de la muerte del general, la televisión estatal emitió una reseña de su vida y en ella se hacía fugaz mención a la participación que había tenido en los sucesos que refiero. <<

[32] Cf. A. J. Pérez Amuchástegui. ob. cit., p. 84. <<

[33] Julio César Chávez, ob. cit., cit., p. 92 <<

[34] A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., pp. 12-71. <<

[35] Rodolfo Terragno, «Las fuentes secretas del plan libertador de San Martín», en *Todo es Historia*, 231, Buenos Aires, agosto de 1986. p. 26. <<

[36] J. M. Rosa. ob. cit., t. m, p. 376. <<

[37] J. M. Rosa. ob. cit., t. m, p. 358. <<

[38] Citado en B. Mitre, ob. cit., p. 14. <<

[39] Cuando escribí estas líneas, en concordancia con lo que expuse en la introducción, todo ello basado exclusivamente en el encadenamiento ordenado y natural de sucesos históricos cuya cronología conduce necesariamente a tales conclusiones (independencia de Estados Unidos de América, bloqueo napoleónico al comercio británico, invasiones inglesas al Río de la Plata. extraña deserción de San Martín del ejército español para incorporarse a la lucha por la independencia sudamericana, previo paso por Londres donde estuvo varios meses antes de viajar a Buenos Aires, la Logia Lautaro y su matriz londinense, lord Cochrane y la marinería inglesa, el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación de 1825, el empréstito de la Baring Brothers & Co., la penetración y dominación económica inglesa en nuestro país durante tantos años, sus inversiones, más importantes que las hechas en su colonia principal, la India, el intercambio comercial con nuestro país, estructurado sobre la base del interés británico en desmedro de nuestras riquezas y economías provinciales o regionales, la paulatina transformación de Buenos Aires en un enclave inglés, etc.). yo tenía la certeza de que los ingleses habían pensado un plan de esas características, que lo habían ideado, meditado y llevado a la práctica, pero nunca imaginé que estuviera plasmado en un documento y, menos aún, que constara en libros de historia argentina. Grande fue mi sorpresa cuando en la obra de José M. Rosa leí lo que sigue:

Sin tener noticias de la expedición mandada a Buenos Aires. Castlereagh, ministro de Guerra, redactó el 1 de mayo de 1807 un memorial dirigido al gabinete sobre su manera de entender las relaciones con Sudamérica. Este documento puede considerarse como la piedra fundamental del imperialismo comercial e indirecto que en adelante habría de regir la política inglesa en el Plata. Fue confirmado al saberse el desastre de Whitelocke. A Castlereagh no le interesaba [...] sino la eficacia de una política exterior. Su objetivo debería consistir en ganar mercados de consumo y de producción de materias primas, que podía lograrse y mantenerse por un control indirecto sin requerirse un dominio directo. «Yo estoy fuertemente persuadido», dice, «que la política que ahora estamos desarrollando [en el Río de la Plata] no nos va a producir mayores beneficios comerciales o políticos, y liamos a necesitar gastar grandes recursos militares» «... Debemos actuar de manera acorde con los sentimientos y los intereses del pueblo sudamericano (...) debemos abandonar la esperanza de conquistar esta extensa región contra el temperamento de su población [...] si nosotros nos acercamos a ellos como comerciantes y no como enemigos, podríamos dar energía a sus impulsos locales y conseguiríamos abrogar las prohibiciones contra nuestro comercio. Que es

nuestro gran interés». «... es absolutamente indispensable que nosotros no nos presentemos bajo otro aspecto que el de auxiliares y protectores» (J. M. Rosa, ob. cit., t. n. pp. 69-70).

H. S. Ferns, citado por Rosa, señala que ese memorial de Castlereagh fue «la base de una centuria y media de política británica en Sudamérica».

Me pregunto: San Martín, su campaña militar, su acción política, ¿no tuvo nada que ver con el contenido de ese memorial? ¿No fue acaso quien proporcionó «energía al impulso local»? <<

[40] Julio Aramburu, *Historia argentina*, Buenos Aires, El Ateneo, 1949, pp. 262-263.

<<

[41] Cf. B. Mitre, ob. cit., p. 520. <<

[42] A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., pp. 9-13. <<

[43] Ídem, p. 12. <<

[44] Ídem, p. 15. <<

[45] Ídem, pp. 14-17. <<

[46] Ídem, p. 15. <<

[47] J. M. Rosa, ob. cit., t. II, p. 364. <<

[48] Ídem, t. II. p. 367. <<

[49] B. Mitre, ob. cit., p. 92. <<

[50] *Ibíd.* <<

[51] J. M. Rosa, ob. cit., p. 363. <<

[52] *Ibíd.* <<

[53] A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 12. <<

[54] B. Mitre, ob. cit., p. 92. <<

[55] CA. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 12. <<

[56] B. Mitre, ob. cit., p. 99. <<

[57] ídem, p. 100. <<

[58] Ídem, p. 93. <<

[59] J. Aramburu, ob. cit., pp. 262-263. <<

[60] Cf. J. M. Rosa, ob. cit., pp., t. II, pp. 389-394. <<

[61] B. Mitre, ob. cit., pp. 100-101. <<

[62] Ídem, pp. 255-257. <<

[63] B. Mitre, ob. cit., p. 104. <<

[64] J. M. Rosa, ob. cit., t. II, pp. 391-394. <<

[65] R. Terragno, ob. cit., p. 12. <<

[66] Cf. B. Mitre, ob. cit., pp. 108-109. <<

[67] Cf. J. M. Rosa. ob. cit., t. III, p. 46. <<

[68] Cf. A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 74. <<

[69] Gustavo Gabriel Levene, *Breve historiada la independencia argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1966, p. 120. <<

[70] J. M. Rosa, ob. cit., t. II, p. 22. <<

[71] Cf. A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., pp. 39-40. <<

[72] Ídem, p. 40. <<

[73] R. Terragno, ob. cit., p. 26. <<

[74] B. Mitre, ob. cit., pp. 14-15. <<

[75] A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., pp. 78-79. <<

[76] Ídem, pp. 78-81. <<

[77] R. Terragno, ob. cit., p. 22. <<

[78] Citado en Ídem, p. 21. <<

[79] B. Mitre, ob. cit., p. 172. <<

[80] Cf. J. M. Rosa, ob. cit., p. 76. <<

[81] Citada en B. Mitre, ob. cit., p. 172. <<

[82] Ídem. p. 618. <<

[83] Citado en C. A. Pueyrredón. ob. cit., p. 28. <<

[84] J. Aramburu, ob. cit., t. I, pp. 334-335. <<

[85] Cf. B. Mitre, ob. cit., p. 248. <<

[86] Ídem. p. 521. <<

[87] Ídem, p. 523. <<

[88] Ídem. p. 529. <<

[89] Ídem, p. 592. <<

[90] Ídem, p. 591. <<

[91] Ídem. pp. 624-629, 835 y 838-855. <<

[92] Cf. J. Aramburu, ob. cit., p. 293. <<

[93] Ídem. pp. 304-305. <<

[94] J. M. Rosa, ob. cit., t. III, p. 80. <<

[95] J. Aramburu, ob. cit., p. 347, y B. Mitre, ob. cit., p. 174. <<

[96] J. M. Rosa. ob. cit., t. I, p. 80. <<

[97] Ídem, t. II, p. 363. <<

[98] B. Mitre, ob. cit., p. 301. <<

[99] Cf. Enrique de Gandía, «El Acta de Rancagua», en *La Nación*, Buenos Aires. 18 de junio de 1989. <<

[100] Cf. B. Mitre, ob. cit., pp. 608-609. <<

[101] Ídem, p. 101. <<

[102] Ídem, pp. 255-257. <<

[103] Ídem, p. 595. <<

[104] *Ibídem.* <<

[105] E. de Gandía, ob. cit. <<

[106] *Ibíd.* <<

[107] B. Mitre, ob. cit., pp. 591-592. <<

[108] Ídem, p. 620. <<

[109] Citado en E. de Gandía, ob. cit. <<

[110] B. Mitre, ob. cit., p. 621. <<

[111] E. de Gandía, ob. cit. <<

[112] *Ibíd.* <<

[113] B. Mitre, ob. cit., pp. 10-11. <<

[114] Ídem, p. 792. <<

[115] R. Terragno, ob. cit., p. 26. <<

[116] Ídem. p. 28. <<

[117] Ídem, p. 30. <<

[118] A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 74. <<

[119] Citado en R. Terragno, ob. cit., p. 18. <<

[120] A. J. Pérez Amuchástegui, ob. cit., p. 40. <<

[121] E. de Gandía, ob. cit. <<

[122] B. Mitre, ob. cit., p. 794. <<

[123] R. Terragno, ob. cit., p. 38. <<

[124] Cf. B. Mitre, ob. cit., p. 520. <<

[125] A. J. Pérez Amuchástegui. ob. cit., p. 16. <<

[126] Ídem. pp. 26-33. <<

[127] B. Mitre, ob. cit., p. 246. <<

[128] Ídem. p. 10. <<

[129] Ídem. p. 518. <<